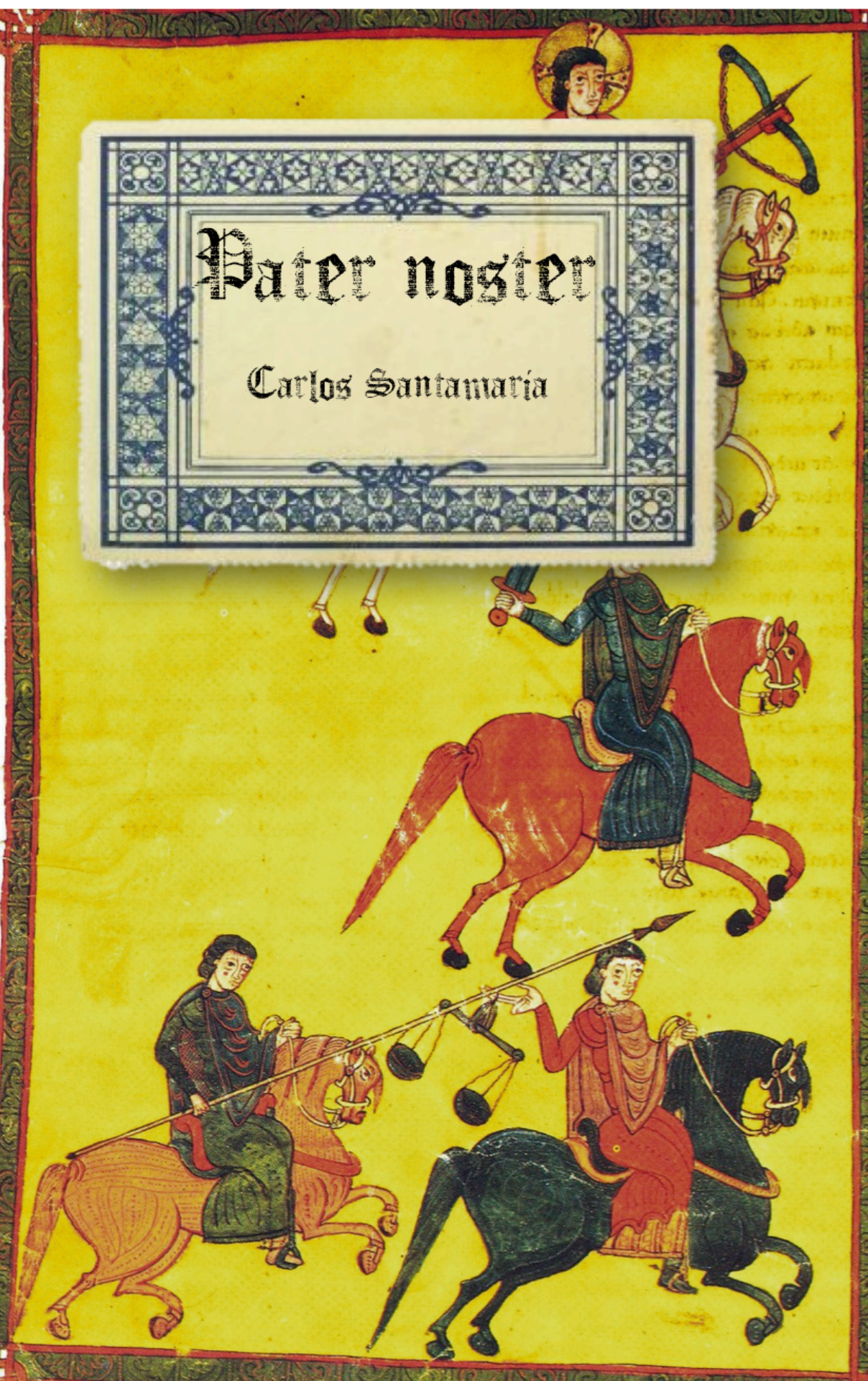


Pater noster

Carlos Santamaria



# Pater noster

CARLOS SANTAMARÍA

NOVELAGRATIS.COM

**(TAMBIÉN DISPONIBLE COMO LIBRO IMPRESO EN NOVELAGRATIS.COM)**

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA: BEATO DEL BURGO DE OSMA (SORIA).  
REALIZADAS POR EL CLÉRIGO MARTINO EN EL AÑO 1086.

Primera edición impresa: julio de 2012  
© 2010, Carlos Santamaría  
versión electrónica: [www.novelagratis.com](http://www.novelagratis.com)

Printed in Spain. Impreso en España

ISBN: 84-615-9598-X  
Depósito legal: TF. 777-2012

Impreso en Gráficas Sabater  
C/ Isaac Peral, 5  
Polígono Industrial San Isidro  
El Rosario; Tenerife 38108, España



El día en que la vida de Marta podría haber cambiado para siempre, en aquella nevera quedaban dos latas de cerveza y un trozo de queso, y un coche gris no muy viejo llevaba una semana aparcado en la puerta sin que nadie le hiciese caso.

—“De parte de su señor padre, que en gloria esté”.

Con unas letras como de marca de fardo, una mano poco hecha a la escritura había rotulado ese aviso en el recio papel del sobre.

Lo abrió con mucho cuidado, como si aquel montón de fotocopias renegridas tuviesen realmente algún valor material. Casi con reverencia, como había visto al abad de Santa María acariciar aquellos rollos no menos oscurecidos aunque mucho más nobles, un tiempo atrás.

Al texto le faltaba la portada, o cualquier identificación sobre el autor o el destinatario original; cualquier reverencia de las que se ponen por delante en los textos de ese tipo. Si alguna vez las tuvo, a ella le constaba que sus últimos propietarios nunca las habían conocido.

—¿Algo como: “*S C. C. M. —Gracia i misericordia é paz à Deo patre nostro et Dño. Jesu-Xpo*”?

Pues no sé. Empezaba así:

«Ahora siento en mi corazón que acaso esta carta nunca debiera haberse escrito, y es la principal cosa que me mueve a mandárosla el haber llegado con la ayuda de Dios a convenir que en ninguna parte habrán de guarecerse las razones que en ella se contienen mejor que en el entendimiento de Vuestra Sacra y Cesárea Majestad Imperial. Esto me ha dado atrevimiento para pedir por amor de Dios a Vuestra Majestad que la destruya nada mas conocerla; que no conviene desayunar al pueblo común, y mucho menos a los enemigos de Vuestra Majestad y a los siglos futuros de los asuntos que aquí se tratan, los cuales pudieran ser torcidos y maltraídos por quienes sólo buscan verter ponzoña sobre vuestro muy alto linaje y la toda estirpe cristiana. Y por esto dice San Pedro “*Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus tamquam leo, rugiens circuit, querens quem devoret*”. Y quiere decir “Guardad medida y velad, pues ese vuestro adversario el Diablo, así como león rugiente, os acecha buscando a quién tragar”.»

Nadie supo identificar al remitente, pero el destinatario no podía ser más que el emperador Carlos V. El texto ocupaba unos cuantos folios. Muy extenso para lo que hoy llamaríamos una carta. Quien lo escribió le daba una importancia tremenda a lo que pensaba contar.

—A lo mejor la tenía.

Yo creo que sí. Yo creo que tenía una importancia fabulosa. De momento era sólo algo que se unía de una forma postiza, como las chinches en los viejos jergones, al triste destino de un hombre: a la repentina muerte del padre de Marta. Pero diré que aunque aquella carta podía parecer sólo una más de las incógnitas de sus últimos meses de vida, tal vez fuese la clave para resolver las demás dudas.

—Tu padre está loco de remate.

Así de simple. Así lo resolvió su madre meses atrás. Porque curiosamente muchos le empezaron a dar vueltas al asunto cuando el hombre aún vivía y no tenían más que preguntarle para salir de dudas. Pasa a veces que la gente especula sin necesidad.

—Pero, ¿Por qué se ha vuelto loco Papá?

—Siempre lo estuvo, ¡si yo te contara...!

Conformarse con las respuestas simples le permite a uno aprovechar el tiempo mejor para otras cosas.

El padre de Marta (conviene decirlo ya) era el profesor Pascual Morebro. Mejor dicho: “*Prof. Pasqual Morebro; Jacob Sloman Professor of Molecular Biology.*” Y eso debería explicar muchas cosas.

—¡Si usted lo dice!

Marta recordaba aquella expresión como una letanía que marcó ciertos años de su vida: “*Jacob Sloman Professor of Molecular Biology.*” Ahora volvía a verla escrita entre los papeles de su padre, en aquel piso lúgubre, impersonal y medio vacío, como los pisos de estudiantes. La prueba más evidente de locura entre las que el Profesor Morebro anduvo esparciendo en los últimos años.

—Yo, señorita, siento mucho lo de su padre, y bien sabe Dios que me sabe “malo” tener que decirle esto, pero cuando él entró, el piso estaba como una patena. Y una ya no está para tirarse al suelo a limpiar, que a mí el médico lo que me recomienda es reposo. Yo aquí voy a tener que meter a una mujer para que lo deje en condiciones. Y ya sabe usted que...

La vida de Marta hubiese sido bien distinta si su padre no hubiera recibido aquella invitación para ocupar la prestigiosa Cátedra Sloman de Biología Molecular. Tenía ella entonces diez años, y su madre aguantó algo más de tres en aquella universidad de la Costa. Este antes de volverse con su hija a España y dejar al titular de la “*Sloman Professorship*” con sus prestigiosos colegas, sus brillantes discípulos y sus jornadas de catorce horas en el laboratorio. Fue una tarde, después del curso de cocina que organizaba la asociación de esposas de profesores de la universidad. Tu padre se empeñaba en que fuese a esas cosas, con aquellos loros, a aprender cocina polaca o japonesa, y a enseñarles a hacer paella.

—¡Si yo no sé hacer paella!

—Bueno mujer, pues le pides la receta a tu madre; si es para que te entretengas.

—¡Mira! Yo en España, para entretenerme daba clases de Literatura en la universidad.

La madre de Marta dio clases de Literatura en la universidad. Es verdad que sólo hizo algunas sustituciones...

—Pero algunos de mis compañeros de entonces son ahora catedráticos. A lo mejor no son “*catedráticos Sloman*” pero son catedráticos, y además llevan una vida normal, y sus mujeres o sus maridos no tienen que aprender a preparar “*goulash*” o “*Beef Stroganoff*”, o tomar el té con una manada de cretinas angloparlantes y unas pastas.

Unas pastas horneadas amorosamente por Mrs. Robson o compradas apresuradamente en el super por “Mrs. Morebrou”.

Seguramente, que la llamasen “Mrs. Morebrou” era de lo que peor llevaba la madre de Marta.

—En España seremos unos cazurros, pero las mujeres tienen su propio apellido. A veces me llamaban hasta “Mrs. Pascual Morlebrou”.

—¿Y no te llamaban “Mrs. Sloman Professor”?

—No, eso no, ¡sólo hubiese faltado! Pero vamos, que yo en España me llamaba Ana Fernández.

Desde su adolescencia, Marta había mantenido largas conversaciones con su madre en las que había aprendido a despreciar dos conceptos generales y dos elementos particulares: la universidad americana, y en general todo lo americano por un lado, y el machismo y en particular a su padre por otro.

Machista no sé si sería o no; lo cierto es que el padre de Marta (Sloman Professor) hubiera seguido a la Biología Molecular allá donde ésta le hubiese llevado. Podría decirse que todo lo que ocurriera fuera de su laboratorio le importaba bien poco.

—¡Si yo creo que nunca tuvo más de tres camisas de verano y tres de invierno!

Además eran todas casi iguales. Unas camisas de cuadros pasadísimas de moda. Cuadros del color que fuera sobre fondo blanco. Algo gastadas a veces por el cuello.

—Y pantalones beige, con pelotillas por las partes de más roce.

En verano, la diferencia era que le asomaban sus bracillos lechosos con sus pelitos rizados por las mangas de la camisa. Se peinaba regular. Se ve que nunca perdió mucho tiempo con eso, y la longitud de sus cabellos variaba bastante porque tardaba en cortárselo. Un día aparecía pelón y a los dos meses era casi un melonado, entonces se reiniciaba el proceso.

—¿Como quiere el corte Don Pascual?

—Pues ya sabe, bien rapado, que si no tiene uno que estar viniendo a cada rato.

Bueno, aparte de lo que pasaba dentro de sus frascos, sí que le interesaba, aunque de forma más taimada, lo que ocurría en la fundación Nobel. Porque Pascual Morebro había albergado siempre el oscuro deseo de obtener el premio Nobel.

—Papá, ¿y a ti qué premio Nobel te van a dar, el de Química o el de Medicina?

—A mí, mientras no me den el de la Paz que no vale un pimiento, me conformaba hasta con el de Literatura, ¡fíjate!

Se ve que exageraba. Para Pascual Morebro la Literatura era una actividad despreciable: “Dijeron más Watson y Crick en una página sobre el origen de la vida, que la Biblia y todos los escritores que han venido después en millones de folios”

—Pues al padre de Mary-Joe le van a dar el de Física.

Eso era verdad, el padre de Mary—Joe (“*McEwan Professor*”) había sido nominado para el Nobel de Física y lo obtuvo unos años más tarde. En aquel colegio pasaban estas cosas, los niños hablaban sobre los premios Nobel a que aspiraban sus padres, y este tipo de conversaciones estimulaba a éstos para permanecer más horas en el laboratorio. Allí todos eran como niños. ¡Daba gloria verlos!

—Yo creo que la niña tiene aquí la oportunidad de recibir una educación decente. En España habría que llevarla con las monjas, para que le llenaran la cabeza de supersticiones y le enseñaran a hacer punto de cruz y torrijas.

—O sea, que la cocina popular vale para mí pero no para tu niña.

—No es eso Ana. Pero fíjate que hay gente que compra casas carísimas alrededor del campus sólo para que sus hijos puedan ir a ese colegio y juntarse con los de los profesores del *CAoS* (*Center for the Advancement of Science*), que muchos de ellos son verdaderas eminencias.

A lo mejor los dos tenían algo de razón. Suele pasar en estas cosas que los dos tengan algo de razón. En cualquier caso, la paella se llevaba bien con la Biología Molecular y las torrijas no.

Marta había llegado en tren desde Madrid. Se esperaba otra cosa. Aunque, la verdad, venía dispuesta a esperarse cualquier cosa. En realidad, lo que se esperaba era otra casa. Una casa antigua, de piedra, con mucha yedra. Su padre idolatraba la yedra. Ella misma había aprendido desde niña a adorar la yedra. El profesor Morebro le había dicho que las universidades de prestigio en América eran las que tenían yedra en las fachadas (*"The Ivy League"*) edificios de piedra con mucha yedra.

—Si no estudias, acabarás en una universidad de California, rodeada de profesores barbudos, de estudiantes barbudos... leyendo a Sartre, tocando la guitarra... ¡Dios mío, incluso el banyo!

—¿Tirada en el césped con una pandilla de culturistas?

¡Hombre no!, esas cosas no se las decía, aunque las pensara.

El profesor Morebro se había retirado prematuramente a los sesenta y pocos años cuando una de las ventajas que él encontraba en la universidad americana era que uno se podía quedar trabajando hasta caerse de viejo.

—En España te jubilan a los setenta, como si fueras un picapedrero.

La única explicación aparte de que estuviese loco, "tu padre está loco", y demás, era que se hubiera hartado del laboratorio y quisiera vivir su retiro en una casa de piedra con las paredes llenas de yedra en un pueblecito medieval.

—Yo veo varias opciones: Medinaceli, Pedraza... No sé. Yo creo que si buscas bien, la vida te ofrece muchas posibilidades. Yo creo, además en el amor, y...

Sí, pero en Santa María de Huerta no hay gran cosa. Por no haber, ya no hay ni truchas en el Jalón. Está el Monasterio, pero, en fin, ¿qué quiere que le diga?... Además, la casa no era ni casa. Era un pisito más bien viejo y totalmente desangelado. Vaya, que era una mierda de piso. Ni siquiera estaba en algún paraje de aquellos que recorriera el Cid o el Moro Almanzor.

—O por lo menos Antonio Machado o Gerardo Diego.

El padre de Marta había dejado el "Centro para el Avance de la Ciencia" de su prestigiosa universidad de la Costa Este, con sus muros de piedra cuajaditos de yedra, para ir a parar a un pisito pegado a la Nacional Dos.

—Pues casi que yo también estoy en que seguramente se volvió loco y ya está, ¿para qué darle más vueltas?

Precisamente eso fue lo primero que pensó Marta al entrar al piso, y la cara del curita joven que la acompañaba no hacía más que confirmarlo. Era un curita pulcro, de piel muy blanca y pelo negro prematuramente entrecano. Cruzaba las manos encima de una inexistente barriga en un gesto probablemente mimetizado de alguna persona con la corpulencia necesaria para darle a la postura mayor utilidad. Los dedos de ambas manos se entretrejían dibujando un paralelismo perfecto, lo que no parece muy natural para unos dedos. Este fenómeno ha de explicarse asu-

miendo que la separación entre ellos es igual a su grosor, lo que no es habitual pero sí posible. Ante todo, las manos de que hablo eran extraordinariamente blancas, lo que hacía destacar en exceso un vello negrísimo que las poblaba más de lo estrictamente requerido por la condición masculina. Debajo de las gafas de baquelita surgía una nariz más bien larga que su propietario utilizaba para señalar a sus feligreses cuando quería referirse individualmente a ellos desde el altar. En situación de reposo la nariz ascendía unos grados para ceder protagonismo a un labio inferior prominente y capaz de erguirse hacia adelante con gran efecto de solemnidad. Como elementos menos llamativos completaban la definición del curita, un jersey gris de pico que dejaba asomar el cuello de una camisa azul marino con una pequeña cruz de plata prendida en el último ojal, un pantalón azul marino, y zapatos negros de estilo inglés.

—Soy el padre Gutiérrez, siento mucho lo de su padre, puede usted llamarme Ernesto.

El padre Gutiérrez consideró adecuado, de buena educación y hasta piadoso, permanecer en el recibidor alineando su labio inferior con una de las floripondias del papel pintado mientras Marta recorría el piso. Contra lo que se pudiera pensar, la marcialidad de su postura no recordaba a los guardias del palacio de Buckingham sino más bien a alguna de las efigies de asesinos del museo de cera de Madame Tussaud. Antes de adoptar dicha postura, el padre Gutiérrez había propuesto como primera opción una retirada temporal de la escena.

—Tómese su tiempo y no se preocupe por mí. Yo la esperaré en la parroquia.

—No, si yo aquí no tengo nada que hacer. Espere un momento que ya voy con usted.

Marta pensaba volver en el tren de la tarde. Recogería algunas cosas y el resto se lo daría al padre Gutiérrez para los pobres.

—¡Bien pensado!, los curas siempre tienen mano para esto de los pobres.

Su padre nunca tuvo gran cosa. Puede decirse que su vida discurrió por un austero cauce. Puede decirse, lo que pasa es que no se dice porque nadie habla con frases tan campanudas. Tampoco es verdad del todo. Más que de austeridad, lo que tenía el Doctor Morebro era vocación de nómada. Si uno buscaba con interés, siempre podía encontrar en su casa un par de cajas precintadas con cosas inútiles que un día fueron necesarias, y que tal vez aún seguirían siéndolo si a su propietario le hubiese dado por abrir las cajas.

—Esas cajas me llamaban mucho la atención cuando era pequeña, como todo lo que estuviese cerrado y nadie pudiese abrir. Una vez me dijo mi padre que había encontrado algunos juguetes míos de aquella época en una de ellas.

Él se cambiaba de piso. Lo hacía mucho. Empezaba a abrir cajas y de pronto se hartaba, “yo aquí abriendo cajas, ¡con lo que hay que hacer!” Así que algunas quedaban para siempre con su precinto.

—Tu padre se tenía que haber quedado a vivir en la residencia aquella, que le quedaba al lado del laboratorio, o en el mismísimo laboratorio, como el Doctor Frankenstein.

Pero Pascual Morebro se fue de la residencia para que su hija tuviese su propia habitación cuando fuese a verle. Esto es algo que nadie sabe, que Pascual Morebro era un hombre muy sacrificado; un padrazo no es que fuera, pero era muy sufrido a su manera, porque a él esas cosas le sacrificaban mucho.

—¿Y usted por qué sabe lo que nadie sabe?

Bueno, hay que tener en cuenta que yo soy un narrador omnisciente, y eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Es como ser rey de España o cardenal primado. Es como ser premio Nobel de Física... Bueno, o hasta de la Paz.

Marta quería irse corriendo de aquel pisito y de aquel pueblucho. Con esto no quiero que se interprete que quería huir de allí. En realidad, Marta no estaba asustada, sino aburrida. Por lo general Marta tendía a aburrirse más que a asustarse.

—Mira Pascual, yo creo que la niña se aburre aquí tanto como yo.

—Si yo no digo que esto de *Halloween* no sea una estupidez, Ana, pero aquí los niños se lo pasan bomba con eso. ¿O es que en España los niños no hacen el tonto para divertirse? A mi hermano los reyes le trajeron una vez una ropilla de torero...

El caso es que Marta pensaba que ponerse a mirar las cosas de su padre iba a ser aburrido. Marta fue al pueblo aquel con el claro propósito de aburrirse. A esto hay que unir la siguiente circunstancia: a ella, eso de la vida rural le parecía un asco. Durante años había ocultado esa opinión porque estaba mal vista. Qué mal hubiese quedado cuando tomaba té de jazmín sentada en aquellos cojines de cuero marroquíes que tan mal olían, con todos aquellos jipis, si hubiese llegado a reconocer que a ella le gustaba vivir en Madrid.

— No es que me guste Madrid, pero hay sitios peores.

Bueno, a lo mejor no es que le gustase especialmente Madrid. Lo que le pasaba es que los demás sitios le parecían peor.

—Señor narrador, eso es lo mismo.

Es y no es. Si los demás sitios le hubiesen gustado menos, Marta hubiese sido una persona divertida. Como le parecían peor, se aburría mucho. Quiero decir, que Madrid le parecía mal, y los puebluchos y las ciudades universitarias americanas, peor. A Marta, la pobre, todo había terminado por parecerle un aburrimiento. Ella volvería en el tren de la tarde porque el pueblo aquel era insoportable, y no digamos el curita Gutiérrez.

—Y si a mi padre le dio por los curas al hacerse viejo, pues sería para ver si iba al cielo.

—Ya, los viejos no tienen otro sitio adonde ir.

Alguien, posiblemente el propio Abad, había pasado a máquina el manuscrito, y seguramente había adaptado un poco el lenguaje. Como su padre no tenía nada por allí de interés ella leyó otro poco del texto mientras hacía esperar al curita.

«Sepa Vuestra Majestad que siendo rey de Castilla Don Alfonso Fernández, el oncenno, recorrió los reinos cristianos una tamaña pestilencia que nadie avisado y discreto dudara ser obra del Diablo, pues tanto interesaba a las gentes rectas y justas como a los más grandes pecadores. Y sepa también que en esos tiempos los hombres padecían muy crueles muertes, y las ovejas y las vacas, y todo el ganado que con tanto esfuerzo se había reunido en Castilla y en Aragón, y en todos los reinos de la cristiandad, quedaba disperso por los caminos y por los campos y era más lo que aprovechaban de ellos los gusanos y las alimañas que los buenos cristianos. Y la gente moría en tan grande número y con tanta prisa que no se encontraba quien quisiera enterrarlos ni por dineros ni por caridad. Siendo así que no era raro ver los cadáveres amontonados en las calles, y a los perros cebarse de ellos, y lugares hubo donde no quedó un solo vecino que contara lo que allí había pasado. Y sepa también Vuestra Sacra Majestad que el Diablo fue entonces muy servido con toda clase de conjuros y brujerías, porque nunca hace Lucifer mejor cosecha de ánimas que cuando el miedo ciega el entendimiento y anula la caridad. Fue por eso que a los apesados les rehuían hasta los leprosos, y algunos clérigos les llegaron a negar la bendición,

no por pensar que fueran gentes endemoniadas, sino por simple prevención de acercarse a ellos.

Y tanto mal hicieron los que se ayuntaban para hacer ofrendas y conjuros a muy diversos demonios, como los que vieron en la mortandad un castigo de Dios contra Su Santa Iglesia, y tornaron la Santa Penitencia en un pecado de soberbia, que practicaban con grandes flagelaciones, las cuales hacían en público y sin el necesario recato, por los pueblos y por los caminos. Y bautizaban a los suyos, no con agua bendita, sino con su propia sangre, haciendo así grande desprecio a la Santa Iglesia Católica. Pues si la penitencia es mandada por Dios Nuestro Señor a todos los hombres para alcanzar el reino de los cielos, según está escrito: *“Penitentiam agite: apropinquabit enim regnum celorum”*; no así ha de ser hecha ésta que llegue a ofender a Dios por pecado interpuesto de soberbia.»

En fin, que su padre estaba loco, y ella se iba en el tren de la tarde. Tal vez Marta podría haber dado mayor importancia a la carta en un principio. Si le dio alguna fue porque su propio padre se la llegó a enseñar cuando lo visitó en el pueblo. De esto hacía más de un año. ¡Claro que sí!, fue antes del accidente de Nando. Bueno, Nando era el marido de Marta, y antes del accidente era un hombre con mucha curiosidad natural, que se interesaba por todo, aunque tampoco entendía gran cosa. La madre de Marta siempre le tuvo por tonto:

—Nando es cortito, hija mía, será muy buen chico, pero es cortito.

El caso es que Nando se había interesado mucho por el manuscrito, y estuvo un rato mirándolo como si él entendiera algo de eso. Allí estuvo mirándolo y remirándolo, entre Don Pascual y el abad de Santa María.

—A mí es que estas cosas antiguas me encantan. Vamos, que me encantan.

No puede decirse que sus comentarios fuesen muy eruditos, pero era un hombre curioso y apasionado casi indiscriminadamente.

—Vaya letra ¿Eh?, y con lo sucio que está, ¡cualquiera lo entiende! ¡Je, Je! ¡Seguro que vale un pastón!

Don Pascual sonreía con amabilidad, en realidad estaba muy contento de volver a ver a Marta. El abad hacía acopio de caridad cristiana.

—¿Esto qué es? Castellano antiguo ¿no?

—No, señor, esto es latín. El texto hace citas en latín, pero su autor las traduce, o las explica, sabedor de la ignorancia del Emperador sobre la lengua de Virgilio.

—Ya decía yo que esta frase no se entendía nada, ¡Je, Je! Yo es que para los idiomas... Lo mío es más bien la Economía.

Nando era bastante alto y se ve que había cogido costumbre de andar agachado. También era muy delgado y tenía el pelo negro y liso, aunque algo rebelde; de forma que el flequillo torcido hacia la derecha parecía una ceja enorme de las que se pintan a veces los payasos. A este efecto contribuía que su frente era exageradamente estrecha, y que llevaba, supongo que por necesidad, unas de esas gafas que agrandan los ojos más allá de lo anatómicamente razonable.

—Debería usted añadir que ni llevaba barba ni leía a Sartre.

Era hombre de grandes proyectos. Cuando Marta lo conoció, regentaba una tetería en el centro de Madrid que le había montado su padre, un conocido cardiólogo que había hecho unos ahorrillos. No era mal negocio; con un saco de aquellas hierbas y un par de galones de agua del Canal, daba de beber a una caterva de estudiantes de yoga, a duro el sorbo. Cuando el té era mo-

runo, con hierbabuena, los sorbetones se volvían sonoros y muy aparentes; casi tintineaban en la caja registradora. Sólo había que tener cuidado con el de Túnez (el té, digo), que llevaba piñones, y al sorber se podían ir por mal sitio.

—¿Has advertido a los de aquella mesa de que lleven cuidado al sorber?

—Sí, Nando, ya se lo he dicho.

—Tú búrlate pero esto puede hundirle a uno. Mal llevado, esto de los piñones puede ser la ruina.

La tetería convenció a Nando de que estaba llamado por el camino de los negocios.

—Martela (a la pobre, la llamaba Martela), esto de la tetería es para mí sólo el principio. Aquí se conoce mucha gente, y ya verás como surge algo.

Por más que Marta miraba a su alrededor, no podía concebir un lugar donde se conociera gente menos indicada para que le lanzaran a uno al mundo de los negocios; allí todos parecían deber un par de meses de alquiler. Sin embargo, Nando inició varios negocios. Su fuente de inspiración eran los proveedores. Él se interesaba mucho por todo (esto ya está dicho) y tenía la virtud de ser capaz de creerse cualquier cosa que alguien tuviera a bien contarle.

—Debería usted aclarar un poco eso. Yo lo encuentro problemático. Yo lo encuentro paradójico. Yo, en definitiva, no me lo puedo creer.

Ya sé por dónde va. Y no le falta parte de razón. Uno no puede creer a todo el mundo porque la gente tiene opiniones contrarias, pero el método de Nando es muy simple. Seguramente es el más utilizado para resolver lo que podríamos llamar la “paradoja crédula”: nadie puede creer todo porque a veces unos y otros dicen lo contrario. El método clásico, podríamos llamarle. Uno se cree lo que le dice el primero que llega, eso sí, a pies juntillas, sea lo que sea, y luego no cree a nadie que diga otra cosa.

—No, mire usted, eso que usted me dice no puede ser, con todo el respeto, pero es del todo imposible; porque a mí su vecino del entresuelo me dijo que primero se ponía el huevo y luego el aceite.

Así llegó a ser importador de té de Marruecos, de fruta congelada de Centroamérica, y hasta constructor de chalets, aunque en realidad no llegó a construir ninguno.

—Hoy en día la gente invierte en ladrillos. La gente no es tonta. Yo ya he hablado con un chico que viene por aquí y que es fontanero. Ahora se ha quedado en paro pero es un buen fontanero. Hoy en día cualquiera dice que es fontanero. Ya me ha explicado que hay mucho intrusismo en esto de la fontanería. La culpa es del PVC; la gente aprende a pegar tubos de PVC y ya creen que son fontaneros; cuando había que andar con el soplete era otra cosa. Yo no tenía ni idea, pero pensándolo bien, ¿quién sabe hoy en día hacer una instalación de fontanería como Dios manda? ¿Eh? ¿Quién? Y la gente no es tonta, y el primo de este chaval es albañil, y de los buenos. Y aquí está lo mejor: te acuerdas de este electricista argentino que montó las luces nuevas de la tetería, que ahora se pueden regular en intensidad, y que era capaz de crear “ambientes sugestivos”, pues he hablado con él y está de acuerdo. Yo pongo el anuncio, y cuando llama el pavo, yo le “oferto” un chalet construido a su gusto, buena calidad, nada de chapuzas. Yo busco las licencias, y hasta el terreno si hace falta, y la gente lo paga con gusto, porque la gente no es tonta.

—La gente, hija mía, no será tonta, pero el Nando este es cortito, será buena persona, pero es cortito. Te lo digo yo.

Tengo que añadir, que en todo esto le fue muy mal. Igual, si no hubiese tenido el accidente habría llegado a encontrar un negocio próspero, pero eso, ni siquiera yo, que soy un narrador omnisciente, lo llegaré a saber nunca.

—En esto de las finanzas, a veces no hay más que perseverar.

Es posible, aunque uno sea cortito, si intenta cien cosas puede terminar prosperando en una. Di tú que se pone a importar cacahuetes en el momento oportuno, pues se forra y nada más. Lo que ha y que procurar es no descapitalizarse nunca del todo, hay que hacer negocios con paso atrás.

—Mira Nando, al abad eso de reproducir pergaminos para venderlos en la Red como fondos de escritorio no le va a interesar. ¡Anda, duérmete ya!

Es curioso que el padre de Marta no la llevara a su casa cuando le visitaron ella y Nando. Es curioso, pero es lo normal en un nómada. Compraron unos pasteles y se los fueron a comer al monasterio. Aquí viene una aclaración para el lector español: esto es algo muy raro, pero el profesor Morebro había vivido muchos años en Estados Unidos, y allí son todos nómadas. Seguramente fue donde se le pegó la condición. Allí comer es como aquí rascarse, una actividad secundaria y se puede hacer mientras se visita un monasterio, igual no queda bien del todo, pero se puede hacer porque a la gente se le ocurre.

—¡Aquí lo que falta es imaginación!

He dicho ya que Marta se quería marchar en el tren de la tarde. De vez en cuando me repito un poco, pero todo el mundo me lo perdona porque saben que cuento cosas de mucho interés..., y la gente no es tonta... Pues el caso es que Marta no se fue en el tren de la tarde. A veces pasan estas cosas. En aquel pueblo, todos sabían que Marta no se iba en el tren de la tarde, pero ella creía que sí. Prevaleció la opinión de la mayoría.

—¡Cómo debe ser! El mundo echa en falta la democratización de la novela. ¡Mucha cancha dan por ahí a los personajes protagonistas! Esto tiene que cambiar, ¡hombre!

De momento lo que a Marta le preocupaba era qué hacer con el coche de su padre: un R 18 gris. Ya he dicho que no estaba muy viejo, pero Marta no se atrevía a conducirlo hasta Madrid para ver de venderlo allí.

—Este coche debe de tener más de veinte años.

La gente difiere mucho en cuanto a la confianza que deposita en las máquinas, y Marta siempre desconfió de la tecnología.

—¿No es más cierto que el primer amor de Marta fue un ingeniero en electrónica?

Mire usted, eso de más cierto o menos cierto es una cursilada. Las cosas o son ciertas o no lo son. Además, ya estoy harto de sus comentarios. No le consiento que se inmiscuya en la vida privada de mis personajes. Por otra parte, ni a mí ni a mis honrados lectores nos ha sido usted convenientemente presentado.

—No sea injusto conmigo. Yo..., usted verá, tengo un sobrino, que es muy buen chico, lo que pasa es que está en una edad muy mala, y a esa edad más vale tenerlos ocupados. No le pido un papel protagonista, pero seguro que aquí hay algo para él. Qué trabajo le cuesta hablar del primer amor de Marta. Un ingeniero electrónico. No se arrepentirá, ya verá, ya.

Está bien, lo pensaré, pero no me esté interrumpiendo a cada rato.

— Y si no, cualquier cosita..., de templario mismo. Ésta es una novela histórica ¿no?, pues él puede hacer de templario. Estoy seguro de que haría muy bien de templario. Resultaría de lo más enigmático. Y si hay que morir en la hoguera, ¡para algo es uno un profesional!

—Vale, vale. Aquí no hay templarios pero deje su currículum por ahí que ya le llamaremos.

—¡Que no hay templarios...? Bueno, bueno. Me callo.

El caso es que Marta decidió irse a comer, y se llevó el manuscrito para entretenerse.

—Padre Gutiérrez, si le parece, yo iré a comer algo. Déjeme la llave que ya se la devuelvo yo antes de ir a la estación.

Al salir a la calle tuvo por primera vez la impresión de que la seguían. Era un tipo extraño. La verdad es que no pegaba nada en aquel pueblo. No es que a Marta le parecieran allí todos normales, pero este era raro de una manera muy poco rural. Tampoco es que ella supiera cómo había que ser raro por aquella comarca pero, en fin... Lo vio merodear cerca del piso cuando llegó, y al salir la siguió un cierto trecho. Es difícil disimular en un pueblo sin escaparates ni nada en que hacerse el distraído.

Cerca de la plaza había un bar. Marta se asomó a la puerta y pudo ver unos cuantos hombres en la barra. Discutían acaloradamente sobre algún asunto relacionado con la caza del jabalí. Bueno, en realidad no discutían pero Marta no estaba hecha a esos gestos, ni a que la gente diera puñetazos en el mostrador para buscar énfasis. A ella le pareció que se iban a liar a golpes unos con otros en cualquier momento.

—Cuando me vio en el suelo, “el tocino” se tiró a por mí. ¡La hostia puta!, menos mal que la Chispa se metió por medio, ¡qué cojones tiene esa perra! Casi me la desgracia el cabrón de él.

Al ver a Marta en la puerta, todos se callaron de pronto. Y eso que iba sin el Señor Cura, pero Marta decidió darse la vuelta y buscar un lugar más adecuado. En la entrada del bar había una señora vestida de luto, aunque lo aliviaba con un delantal de florecillas blancas sobre fondo negro. Se ve que se había sentado un rato a tomar el fresco en la puerta. Era la dueña del local.

—No se preocupe por estos animales, señorita, son buena gente.

Lo de “animales” lo dijo subiendo el volumen de la voz, para que todos la oyesen; lo de la “buena gente”, en cambio, lo dijo flojito. Parece que había confianza.

—Querrá usted comer algo ¿no? Aquí no tenemos lujos, ya ve usted, pero hay buena comida.

Pasó a Marta al comedor interior de la vivienda. Yo creo que ella casi hubiera preferido quedarse donde los “animales”. Le daba vergüenza meterse por allí dentro. La señora tenía buena intención, pero a Marta, eso de que la adoptaran a su edad, y con lo que había llovido desde el movimiento feminista... Bueno, igual exagero, tampoco le parecía mal del todo comer sin escuchar gritos, o al menos, sin escucharlos de cerca. En el comedor había una alacena con restos de vajillas. Puede que hubiese algo de porcelana, pero predominaba la loza, más o menos antigua, el “Duralex” y una cosa que Marta llevaba mucho tiempo sin ver: platos de “Arcopal” semitransparente con florecillas. Esto se combinaba de una manera muy expresiva con varios artículos procedentes de tiendas de recuerdos: allí estaba el barco de conchas marinas, el platito con soporte de plástico marrón, y los zuecos de tamaño sietemesino. Respectivamente: recuerdo de Denia, de Mallorca y de Calpe. También destacaba la presencia de un buhito azul cobalto con dibujos dorados y una pegatina del mismo tono que le ceñía la cintura diciendo así: “oro de ley”. Marta se preguntaba,

aunque sin demasiado esmero, por qué unos zuecos le debían recordar a una Calpe. Frente a ella, una hornacina se colaba en el muro con la imagen de no se qué santo.

—Le puedo ofrecer unas alubias que son de un “pedazo” que tenemos en lo de Sagides. Se deshacen en la boca. Con su poquito de oreja y su choricico. Esto de primero. Luego, tenemos unos pichones muy ricos, en escabeche, y estofado de jabalí (del que trajo el domingo el figura ese que está ahí fuera).

Marta no es vegetariana. A veces se presenta como vegetariana, pero también suele comer pescado, y algo de pollo a la plancha. Lo que es más bien es sosita para la comida.

—Yo es que soy vegetariana, si me pudiera hacer una ensalada.

La señora dejó de pronto de sonreír. A lo mejor pensó que la gente es muy desagradecida. Pero se repuso enseguida.

—Si quiere usted le puedo hacer unos huevos fritos, que están recién puestos, y tengo lomo y chorizo de la olla. Todo de casa.

—Prefiero la ensalada, si puede ser.

—¡Claro que sí!, lo que usted quiera. Si a mí me pasa igual; en verano, a veces no tiene una ganas ni de comer. Ayer mismo, que ya empezaba a hacer calor, ¿sabe usted lo que cené?, pues unas ciruelas. Yo si cocino es por el Nemesio. Al Nemesio como no le ponga usted un buen plato de cuchara, es como si no le diese de comer. En verano y todo. Aquí no hay forma de apagar la lumbré. Y mira que sudo yo en esa cocina. Por eso me salgo al fresco a veces, a hacer alguna labor, que yo quieta tampoco me sé estar. Es usted la hija del don Pascual, que en paz descansa ¿no?

—Sí, señora.

—¡Dios le tenga en Su gloria! ¡Qué buen hombre era don Pascual! ¡Y todo un señor! Le traigo la ensalada. Todo del huerto. Ya verá, ya. Ya verá qué tomates.

Quien se hubiese fijado, podría haberse dado cuenta de que a la señora se le humedecieron los ojos, y hasta puede ser que una lágrima llegase hasta la barbilla, pero nadie lo hizo, y al llegar a la cocina, canturreaba algo de Manolo Escobar.

Marta siguió leyendo el manuscrito. De vez en cuando oía la voz de la señora en la cocina. Es posible que le hablase a ella.



## II

«Fue en aquel tiempo cuando sucedieron los hechos extraordinarios que dieron parte a este humilde fraile para ésta escribir a Vuestra Majestad. Desde que ingresé en esta orden de los menores es el caso que vengo oyendo a los hermanos hablar de un Fray Gregorio de Berbería, al que otros llaman Maestro Efrén o Efraín con nombre judío. Que no quiere decir que fuera de este origen sino tal vez que así le llamaran por recuerdo del Génesis, donde del patriarca de este nombre se dice “*semen illius crescet in gentes*”, que quiere decir que su descendencia formará una multitud, y esto es muy a propósito como pronto se verá. Este Fray Gregorio fue hombre de muy gentil entendimiento y recia voluntad, y no le faltaron otras virtudes que le adornasen, y fue hombre famoso y muy admirado. Dícese de él que llegó a dominar las más de las lenguas del orbe, y que no anduvo en este arte muy lejos de aquel Juan de España de quien es cosa común decir que habló todas las del Oriente, y aun la lengua siríaca, que es de las más intrincadas; y por cuyas traducciones llegó a conocer el Occidente los libros de Aristóteles.

No es sabido a ciencia cierta por este fraile menor que os escribe cual fuera el lugar de nacimiento concreto de Fray Gregorio, pues se dice que nació súbdito del rey de Aragón lo que es tanto como rezar el rosario con un celemín de trigo, por la extensión de aquel reino, que ahora se cuenta todo bajo el sabio gobierno de Vuestra Majestad; y yo he oído que era siciliano o mallorquín y hasta que era de Montpellier, aunque el esto decir de algunos es sólo porque allí estudió Sagrada Teología y allí ingresó en la obediencia de los frailes menores de San Francisco. Y se dice que conoció al terciario franciscano Roque de Montpellier, venerado hoy a menudo como santo. Al cuál debió hallar en Sicilia o en Nápoles, y no es mucho aventurar que éste le animase a completar sus estudios de Gramática y Teología en aquella ciudad del Rosellón, que pertenecía entonces aún al reino de Mallorca, antes de que se vendiera al rey de Francia por así pagar algunas guerras.

Debió de ver el dicho Roque muy buenas aptitudes en Fray Gregorio, y era en aquel tiempo muy usado que los más discretos y destacados discípulos de San Francisco acudiesen a Montpellier, pues fue aquélla la más destacada escuela de la orden, y aún de todo el reino de Aragón. Y es justo pensar que Fray Gregorio adquiriese su ciencia de esta manera, aunque es decir de algunos que fue la suya “Arte Notoria”, o sea decir que alcanzó su ciencia por inspiración de Dios, sin la aprender de los hombres con libros y lecciones y gastos de tiempo y hacienda. Mas no es esto sino maledicencia, pues ya nos previno San Agustín contra toda arte notoria, la cual es indubitable indicio de pacto diabólico, como también lo son las otras prácticas frívolas y nocivas de superstición.»

—Aquí tiene usted la ensalada. ¿Quiere usted una fanta de limón o algo de eso?

—Agua sin gas, por favor.

—Sin gas no tenemos; pero le voy a traer una jarra de agua del manantial de Venalcalde, que ya verá que es bien rica. Mejor que el agua sin gas y todo. Yo la tomo para ir mejor al baño. Luego le voy a dar también unas ciruelas claudias. Son las primeras que cogemos este año, son como la miel, y con eso y el agua, ya me dirá si va bien o no.

A Marta le vino a la cabeza la imagen del baño del tren. Un lugar repugnante donde dar curso a las ciruelas. Resolvió no comérselas. Por otra parte, ¿ese San Roque de Montpellier, sería el del perro?, ¿el de Ramón Rodríguez, o Ramírez, que le cortó el rabo?, ¿cómo podía interesarse por eso su padre, Sloman Professor?

—Las ciruelas están lavadas. Si le gustan le doy una canastita para que se lleve. ¡Qué buen médico debía de ser su padre, el Doctor don Pascual!

—La verdad es que mi padre no era médico, señora, era doctor en ciencias biológicas.

—Ya, ya, si aquí también tenemos un médico que es Don Manuel, pero para muchas cosas vamos al “curiel”, que entiende más de huesos y de las enfermedades de mujeres. Ahora hasta en las capitales va la gente a los médicos estos biológicos. A mí, Don Pascual fue el que me dijo lo de las ciruelas. Bueno, yo ya lo había oído pero se lo pregunté a él que sabía de esto un rato. Él no quería decir nada, porque se tenía que llevar bien con Don Manuel, pero entendía un rato de plantas.

Marta sabía perfectamente que el Doctor Morebro (Sloman Professor) no hubiese sido capaz de distinguir una margarita de un crisantemo. Para él la Biología era algo que sucedía en un tubo de ensayo. Sin embargo, ya había renunciado a llevar la contraria a la señora, así que asintió a todo y se comió las ciruelas.

Creo haber dicho ya que Marta pensaba volverse en el tren de la tarde, así que cogió el manuscrito y la canastita de ciruelas claudias y se fue al piso de su padre. Mientras ella llega, voy a aprovechar para presentarles a un personaje que les va a hacer falta conocer. Se trata de Nicolás Morebro, el hermano mayor de Don Pascual. Resulta que la familia Morebro no quedó en muy buena posición después de la Guerra Civil. Sobre esto hay mucha mixtificación, pero me atenderé a los hechos. Resulta que Don Nicolás Morebro padre (el abuelo de Marta), que era viudo, pues Doña Ascensión (la abuela de Marta) murió en el parto de su hijo menor (Sloman Professor), había tenido algún cargo importante en la república, y acabaron fusilándolo. Su hijo Nicolás, que no era más que un chaval, se tuvo que poner a trabajar de firme para sacar adelante a su hermano pequeño. Como era muy trabajador y bastante avisado, no pasó por muchos oficios, sino que en el primero que encontró no le quisieron soltar.

—¿Quiere usted decir que los que pasan por muchos oficios es señal de que son unos vagos o unos inútiles?

Ya le he dicho que no me interrumpa. La cuestión es que Nicolás Morebro estuvo trabajando de mecánico de automóviles desde el año cuarenta hasta el sesenta, o así. Esto tiene mucho mérito, sobre todo porque en esa época apenas había automóviles en España.

—Eso sí que eran tiempos. De una viga vieja sacábamos un cigüeñal, a base de torno.

Siempre trató a su hermano Pascual como si fuera su hijo. O, por lo menos, como si fuera tonto, que no es exactamente lo mismo.

—Mi Pascualillo que estudie, que para llenarse de grasa hasta los ojos ya estoy yo.

Nicolás estaba orgulloso de su Pascualillo. Sobre todo cuando éste empezó a sacar sobresalientes en el instituto.

—Mira Pascual, yo para que hagas el bachillerato en ese colegio no tengo, pero como tú tienes amigos que se quedan ahí, pues les preguntas lo que están estudiando, y tú coges y te lo estudias.

—Vale.

Para cuando Pascual llegó a la Universidad, Don Nicolás ya había salido de pobre. Él salió de pobre casi de golpe. El dueño del taller se jubilaba y le propuso que se quedara con el negocio y le fuera pagando el traspaso poco a poco.

—Yo, Don Rafael, esto lo tengo que pensar. Es que no sé si podré pagarlo. Déjeme hablarlo con mi hermano que ése sí que sabe de números. Hasta logaritmos neperianos sabe mi hermano, ¡fíjese usted!

—¡Qué bárbaro!

Pascual se puso muy orgulloso cuando su hermano vino a consultarle aquel asunto. Pero Nicolás recibió una de las decepciones más grandes que el mundo de la ciencia había de darle en su vida. La conversación se puede formalizar así:

—¿Qué beneficios deja el taller al año?

—X

—¿Cuánto tienes que pagar anualmente por el traspaso?

—Y

—Puesto que X es igual a Y, si compras el taller, no comemos en los próximos cinco años.

—¡Pues vaya mierda de matemáticas que te han enseñado a ti en ese instituto! ¡Eso ya lo sabía yo!

Nicolás había imaginado que su hermano le sacaría del problema con algún increíble arcano matemático. Para decirlo todo, él tenía su esperanza puesta en los logaritmos neperianos.

Al día siguiente Nicolás firmó todas las letras que le pusieron por delante y se quedó con el taller. A partir de aquel día se desinteresó totalmente por el producto de los estudios de Pascual (tal vez esto permitió que estudiase Biología en vez de Medicina) y le tomó especial manía a los logaritmos neperianos.

—Mira Pascual, aquí lo único que hay que hacer para seguir como estábamos es que el taller produzca un poco más, muy poco más en realidad, justo la mierda de sueldo que yo tenía hasta ahora ( $X \geq Y+Z$ ; donde Z es la mierda de sueldo).

En el taller había un viejo Mercedes que estuvo trabajando de taxi en Barcelona durante muchos años, y su último dueño lo había dejado allí porque el motor estaba para tirarlo. Nicolás lo tiró, pero fue capaz de meter en su lugar el de una furgoneta accidentada, también Mercedes, que compró por cuatro perras. La verdad es que el coche hacía un ruido que parecía que iba a despegar en cualquier momento, y tampoco pasaba de ochenta.

—Y qué más daba, si en España no había carreteras para pasar de ochenta. ¡Anda éste! Aquel Mercedes lo pinté de azul marino, y lo tapicé de cuero beige. Parecía el coche de un ministro (de un ministro de los de Franco, ¡ojo!).

Con lo que le dieron por él, pagó un año del traspaso del taller, pero antes se paseó por todo Madrid con semejante carro.

—Lo primero que hizo fue venir a buscarme al instituto, como parece que el coche hacía poco ruido, le puso una bocina que sonaba como el mugido de una vaca. Se hizo famoso en el instituto, y yo también, desgraciadamente.

—Los chicos me pedían que tocase la bocina. En esa época nadie tenía coche, y yo aparecía con un Mercedes como una catedral. Me dolió venderlo.

Nicolás hizo varios negocios de aquellos. Tal vez no todos fueran completamente legales. Eso puede ser, pero como todos pasaban por un monumental baño de grasa, quedaban purificados. Quiero decir, que él compraba coches en la aduana, o en el parque móvil del Ministerio de Defensa, y a veces había que untar a algún funcionario...

—Mira Fabián, ese milquinientos me lo tengo que adjudicar yo, que lo tengo vendido. Pero con lo bien que le suena el motor, éstos se van a poner a pujar como locos. ¡Ya sabes cómo son! Lo que hacemos es que guardamos los platinos por ahí hasta después de la subasta, y tú haces ver que necesita mucha reparación. Ya arreglamos tú y yo después.

Él “arreglaba” con toda aquella gente, pero luego se metía en el taller y se ponía a trabajar como un burro, y cuando terminaba, ¡a ver quién le decía a él que el coche no era suyo! Después vino lo de la concesión de Seat, y el pelotazo del Seiscientos le hizo millonario.

Supongo que fue en esa época cuando Don Nicolás le cogió el gusto a los anillos de oro y a las camisas de seda; y cuando Pascual hubo de reconocer en el fondo de su corazón, que aquél hermano a quien tanto debía le hacía usuario de una emoción mucho más observable que el cariño, mucho más llamativo que el agradecimiento, le inspiraba, en fin, un indomable sentimiento de vergüenza. Algo, desde luego, que nunca reconocería, pero que ya le atenazaba cuando era estudiante de Biología en Madrid.

—Pascual, tu hermano llama la atención en la Ciudad Universitaria vestido de mafioso. No quiero ni pensar que nos vean juntos los compañeros del Partido.

Ana, la madre de Marta era del Partido, y no se podía permitir que la saludara desde los coches más llamativos de Madrid un personaje con esa pinta. El Partido, tal como lo escribo aquí, con mayúsculas, era en esa época el Partido Comunista de España.

—A Nicolás le ha costado mucho llegar hasta donde está. Déjale que lo disfrute.

Nicolás lo disfrutaba conduciendo coches de marcas impronunciables para los madrileños de los primeros años sesenta.

—¡Tanto estudiar, y no saben lo que es un Lamborghini!

La verdad es que muchos madrileños aprendieron lo que era un Lamborghini, un Aston Martin o un Maseratti, y que las puertas de un coche se podían abrir hacia arriba, y que en una mano humana cabían ocho anillos de un centímetro cada uno, gracias a Don Nicolás. Él, a su manera, siempre fue algo así como un mecenas de la cultura. Dicen que en 1970 llegó a pasearse con el primer Lamborghini Miura que entró en España.

—¡Miura!, como los toros, trescientos cincuenta caballos, y es de aluminio, no pesa nada; no llega a mil kilos.

Seguramente nunca tuvo coche propio lo que le permitía pasearse cada día en uno de los que tenía a medio vender, o a medio comprar.

Por no haber marcado la página, la conversación de la señora y el camino a casa de su padre hicieron que Marta se saltase este párrafo.

«Fue Dios servido, y a Él debemos agradecerlo, poner ante mis ojos la historia de nuestro piadoso hermano Gregorio, y a esa sazón aclarar la cuestión del Arte Notoria, junto con hartas otras tocantes a este asunto. Pues es el caso que tengo ante mí en este punto un texto autógrafo de Fray Gregorio, escrito en lengua latina, el cual no ha mucho que me

vino a enseñar un hermano de la Tercera Orden, hijo de una nobilísima familia castellana. La historia del texto es bien curiosa, mas no daré aquí cuenta de ella por no distraer a Vuestra Majestad de asuntos de mayor aprovechamiento. Supe así de su propia pluma que Fray Gregorio pasó a Berbería siendo apenas un mozo lampiño, y anduvo en esas edades más veces cerca del martirio que de una olla de comida caliente. Como le pareciese que con sus conocimientos de las artes liberales andaba cumplido para sacar a los infieles de su abultado yerro, no se ocupó en aquel tiempo de mayores estudios. Pensó que no estaría tan lejos el entendimiento de aquellos berberiscos, como hijos de Dios que eran, de alcanzar los primeros principios del conocimiento a poco que él les mostrase la causa para ello. En esto actuó en concordancia con lo que enseña el Doctor Angélico al decir *“Unde principia non discit a magistro sed solum conclusiones”*, que quiere decir que el maestro sólo puede enseñar las conclusiones, pero los principios esenciales de la sabiduría son consecuencia del humano entendimiento, obra de Dios. Y así lo siente el seráfico doctor Buenaventura, que fue segundo fundador de nuestra orden, quien nos dice que hay en el hombre una luz racional que es causa y fundamento de la intelección natural de las verdades eternas.»

Tampoco tiene importancia que Marta se perdiese este párrafo. En cualquier caso, como muchas personas me han pedido que cuente la historia esa tan curiosa del origen del manuscrito, igual la cuento más adelante. La razón de que yo la conozca es tan simple como decir que no hay nada, o muy poco, tocante a esta historia que yo ignore. De momento, valoraremos nuestro tiempo tanto como el del Emperador y pasaremos a lo que importa.

—Está bien, pero que sepa que le tomo la palabra.

Marta se encontró con el curita Gutiérrez por el camino. En un pueblo tan pequeño, cuesta no encontrarse con la gente.

—Hola Ernesto —había decidido llamarle Ernesto para evitar el tratamiento eclesiástico que no le salía natural—. He pensado que reparta usted las cosas de mi padre entre los pobres. A mí todos estos trastos no me sirven para nada.

Ni a ella ni a nadie. El profesor Morebro no tenía más que porquerías. Lo digo sin ánimo de ofender, pero lo único que valía para algo allí eran las dos cervezas de la nevera. En la puerta del piso, delante del R 18 habían aparcado un coche muy llamativo. Marta, igual que ustedes, pudo imaginar a quién pertenecía. Marta se quedó mirando el coche, y Don Nicolás apareció por la esquina de la calle.

—¡M3! ¡BMW—M3! ¡Trescientos cuarenta y tres caballos!

Debía de tener más de ochenta años, pero su paso seguía siendo decidido, y visto de lejos, con su polito blanco y sus zapatos náuticos daba el pego. Es posible que se hubiese hecho algún retoque en la cara. La papada, o las patas de gallo; poca cosa. Lo que a él le mantenía joven era manejar toda aquella caballería.

—Éste lo tengo vendido. En realidad, es un encargo.

Don Nicolás solía romper el hielo hablando de coches. Algunos hablan del tiempo, pero esto es porque tienen coches vulgares. Si la gente está mirando tu coche, no queda mal que hagas algún comentario, y eso ayuda mucho.

—Tío Nicolás, ¿qué haces por aquí?

—Pues ya ves, que pasaba por aquí. ¡Je, Je, Je!... Nada, que me dijo Don Ernesto que venías y aproveché para pasar a verte. De paso he recogido este cacharro en Barcelona y así lo llevo a Madrid y me ahorro el porte; que tengo que juntar algo para la vejez ¡Je, Je, Je!... Oye, que ahora se viene en tres horas de Barcelona aquí, y en plan tranquilo... Ya te llevo a Madrid que me han dicho que has venido en tren.

Lo de que alguien utilizase el tren, o cualquier tipo de transporte público terrestre, no dejaba de despertar la compasión de Don Nicolás. Con los años se había hecho un sentimental; “me han dicho que has venido en tren”. Como si dijéramos: “Ya sé lo tuyo, te acompaño en el sentimiento”.

—Bueno, yo me pensaba ir en el tren de la tarde.

Nótese el cambio de actitud de Marta. Aquí, por primera vez empieza a pensar que tal vez no se vaya en el tren de la tarde. Esto, a pesar de que montarse en aquel coche con su tío no le hacía ninguna gracia, tanto por el coche como por la conversación. A lo largo de su vida, don Nicolás hubo de enfrentarse al hecho de que su familia no apreciaba ni sus cosas ni sus actitudes. Esto, para un hombre soltero de más de ochenta años, es triste.

—Ya veo que estás leyendo el manuscrito.

Marta no podía imaginarse que su tío Nicolás supiera de la existencia del texto.

—Sí, es un poco raro ¿no? ¿Tú lo has leído?

—Yo se lo regalé a Pascual. Le hubiese gustado ver que tú lo leías.

Acabo de decir que Nicolás Morebro se había vuelto un sentimental. Una lágrima bordeó su nariz y terminó perdiéndose entre sus labios. La forma del rostro de cada cual determina el camino que habrán de seguir sus lágrimas. Nadie puede luchar contra eso.

—Nadie dirige el curso de sus lágrimas. Es eso ¿no? Pues yo diría que cada cual es muy dueño de agitar la cabeza mientras llora. Aunque tal vez muchos no estén de humor.

El curita Gutiérrez se retiró con mucho respeto, y también con mucha mesura. Aquel curita todo lo hacía con respeto y con mesura, y también con una elegancia algo torpe. Todo el que lo viera desde lejos podía echar cuenta de que se retiraba por respeto, y de que lo hacía con mucha mesura y una elegancia algo torpe.

Nicolás sentía una profunda admiración por su hermano. Siempre que tenía oportunidad le sacaba el tema a quien pillara.

—¿Listo yo? No señora. Mi hermano Pascual sí que es listo. Es un científico que estudia el origen de la vida ¡Ahí es nada! ¡Se dice pronto! El origen de la vida. —¿Que por qué se fue a Estados Unidos?, Pues hombre, usted me dirá adónde se iba a ir. Ya estuvo allí haciendo el doctorado, y en cuanto pudieron los americanos se lo llevaron otra vez. ¡No son nadie los americanos!

Ahora que había muerto hablaba de él con la misma admiración pero con un tono más íntimo. El tono de hablar de los muertos queridos.

—Yo sabía que a tu padre le iba a interesar el manuscrito. El que me lo vendió me dijo que allí había datos de Genealogía que nadie conoce. Yo pensé: “pues este libro es para mi hermano”. Ya sé que la Genealogía no es lo mismo que la Genética, pero algo tendrán que ver ¿no?

—Seguramente.

—Pues eso, que yo hice ver que no me interesaba mucho para que el vendedor no se subiera a la parra; que uno es perro viejo. Yo me puse a mirar unos jarrones de no sé qué dinastía china que había por allí, pero desde el primer momento lo pensé: “este libro es para mi hermano” ¿Tú crees que hice mal?

Nicolás Morebro había llegado a conocer a la gente que vendía las cosas más raras. Sobre todo joyas y relojes, pero también antigüedades y obras de arte. Puede decirse que llegó a tener una excelente colección de relojes de lujo, aunque más bien lo que tenía era muchos relojes de lujo. No sé si es distinto.

—Cacharros que dan la hora hay muchos. Ahora hasta el microondas te da la hora, pero... ¡Esto que llevo yo hoy es un reloj! ¡Je, Je, Je!... “Patek—Philippe Tourbillon”, todo de platino, vale más que el coche. ¡Je, Je, Je!

Desde luego, Don Nicolás se pirraba por poseer objetos caros de pronunciación difícil. Era como si el hecho de que los demás no fuesen capaces ni de pronunciar sus nombres les diese un valor especial, un toque de nobleza. Así ya no eran un mero capricho burgués. Él no sólo había tenido dinero para comprarlos, sino que se había aprendido el nombre.

—¿Tal vez por eso no le gustaban mucho los Rolex o los Omega?

Ahora que lo dice, es posible. Para él esos relojes tenían nombre en español. Cualquiera con unos ahorros podía ir a la relojería y pedirlos sin más.

Lo que seguramente nadie en el mundo hubiese podido predecir era que a Pascual Morebro (Sloman Professor), le podía interesar un manuscrito del siglo XVI, que para colmo contaba una historia del siglo XIV. ¡A él que no le interesaba nada que ocurriese fuera de sus probetas y sus tubos de ensayo!

—Seguramente nadie en el mundo hubiese podido pensarlo, pero yo sabía que a tu padre eso le iba a gustar. Tú no crees que hice mal. ¿Verdad?

—No tío, ¿Por qué iba a pensar eso?

—¡Ya, Ya!

Nicolás Morebro sabía que podía asociarse la muerte de su hermano al manuscrito. Alguien le había dicho que aquel asunto había terminado con él.

—Es decir, que lo mataron para apropiarse de los secretos contenidos en aquellas hojas. O a lo mejor se trata de uno de esos manuscritos sobre cuyos poseedores pesa una maldición milenaria.

Siento defraudarle mi querido amigo, pero el caso es que Pascual padecía del corazón desde hacía años. Su vida había sido absolutamente sedentaria, y en los últimos tiempos, guiado por el texto de aquella extensa carta se vino a convertir en una especie de buscador de tesoros. También parece que intervino la inhalación excesiva de un polvillo no muy saludable, pero ya le contaré. No me sea impaciente.

—Bueno, lo de los tesoros nos da alguna esperanza. ¿El Santo Grial quizás?

No era la primera vez que Nicolás Morebro se hacía responsable de la muerte de un ser querido. Ya le pasó cuando fusilaron a su padre. Seguramente Don Nicolás era un hombre culposo de natural. También puede ser que fuera de esos que pretenden controlarlo todo: tanto lo bueno como lo malo. De esos que todo lo llevan para adelante.

—A mí me dijo una vecina: Nicolás, agarra a tu hermanico y te vas a hablar con el capitán de los facciosos. Yo iría contigo, pero no puede ser. Tú no le digas nada de mí. Tú, como cosa tuya. Tú vas y le dices: “Mi capitán, no fusile usted a mi padre que nos deja solos en el mundo, y este pobre..., ya ve usted, ni casi se va sólo.” Y el capitán, que seguramente sería hombre de bien y buen cristiano lo hubiese soltado al día siguiente. A lo mejor le habían metido cuatro patadas y luego le habían soltado. Pero no tuve valor. A mí los militares me daban pánico.

Esta vecina era Eulalia Martínez. Dicen que La Eulalia le daba mucho consuelo al padre de los hermanos Morebro desde que murió su esposa. Dicen que llevaba por lo menos tres o cuatro años dándole consuelo cuando lo fusilaron. Pero ¡tantas cosas se dicen! A lo mejor no le daba consuelo ninguno.

Marta ya no tenía claro que se fuese en el tren de la tarde. Ya igual ni le daba tiempo. Por eso le habló a su tío del R-18. Don Nicolás cogió las llaves y se sentó en el coche con la pierna izquierda colgando por fuera. Lo arrancó y aceleró un poco. Luego metió la otra pierna para pisar el embrague y jugó un poco con la palanca de marchas sin moverse del sitio.

—El motor está fundido y no tiene casi embrague, pero hasta Madrid llega. Si tú te lo quieres llevar yo voy detrás de ti por si pasa algo. Te daré la tarjeta de un conocido mío. Mañana le dices que vas de mi parte y le dejas el coche, que yo ya arreglaré con él. Tú no te comprometas a nada que ese es tan sinvergüenza como yo. ¡Je, je! De todas formas, no te preocupes por el coche, que para lo que vas a sacar se lo puedo colocar a cualquiera por aquí. En esto hay que saber perder igual que ganar. Si el del taller de la carretera me da treinta mil duros se lo dejo allí y nos olvidamos. ¡Vaya cacharro! Mi hermano era igual para todo. Yo creo que tú te deberías quedar aquí hasta mañana.

—Yo pensaba irme en el tren de la tarde. Aquí no hago nada.

Nicolás no se atrevió a decirle a Marta que ya le había reservado en el hotel.

—Te he comprado un vestido en Barcelona. A ver si te gusta. Yo no entiendo mucho, pero me ayudó la secretaria de Andrés Bálméz. Bueno, la verdad es que fue ella a comprarlo ¡Je, Je!

Don Nicolás puso cara de niño malo. Todavía ponía a veces cara de niño malo. Sacó un paquete de Winston.

—Tú no fumas ¿verdad? ¡Haces bien! A mí edad ya da lo mismo. Seguramente me muero antes de otra cosa. ¡Mira tu padre, el pobrecillo! No fumó en su vida. Ni siquiera en los sesenta, que en la universidad fumaban todos. Él decía que no tenía tiempo. ¡Qué cachondo! ¡No tenía tiempo para fumar! Claro, como en el laboratorio no podía. Ahora ya no se puede ni en los talleres. ¡Hay que joderse! Ahora entras en un taller y allí parecen todos empleados de una mercería. A lo mejor hay un camión que echa un humo negro que no hay quien pare al lado, y lo que molesta es tu cigarrillo rubio.

—Pues si te parece le llevas el coche a ése que dices de la carretera y yo mientras hablo con el cura, y luego nos vamos a Madrid.

—Bueno, tú tómatelo con tranquilidad, y pruébate el vestido que yo tengo que ir a un par de sitios. De paso puedes seguir leyendo eso que te dio el cura. Yo creo que lo deberías leer aquí.

Marta subió al piso y puso el vestido en el sofá. Era un vestido fino, de marca. No iba mucho con su estilo pero tal vez fuera el vestido que ella misma hubiese comprado, si fuese secretaria de dirección y su jefe la mandase a por un vestido, por encargo de un amigo rico para una desconocida de treinta y tantos. Es decir, era un vestido impersonal, que valía para cualquiera.

—Pero era mono.

Ahora tenía más interés que antes por el manuscrito, no dejaba de ser raro que todo el mundo le diese tanta importancia a un texto que a ella le parecía completamente irrelevante.

—Y a mí también, ¡que conste!

### III

«Debió de ser por el año treinta y cinco o cuarenta después de los trescientos cuando Fray Gregorio volvió a España. Unos dicen que fue cautivo y liberado por monjes trinitarios o de la Merced, quienes le acompañaron a tierras españolas, y otros, que el propio Gregorio volvió para reponerse de ciertas fiebres y completar sus estudios. Sea lo uno o lo otro, al poco de andar de nuevo por tierras cristianas, tuvo apetito Fray Gregorio de visitar el sacramento de la Penitencia, el cual era excelencia a veces inalcanzable en Berbería para un religioso solitario. Fue así que se dirigió a la iglesia de una pequeña parroquia, donde hizo la confesión con el cura párroco, al que halló tan ignorante, que ni aun la forma de la absolución sabía, que la decía tan deformada y llena de solecismos, que a más de uno hubiera movido a risa. Porque debe saber Vuestra Majestad que en aquellos años los más de los curas pasaban con pocos latines, y no estaría yo por asegurar que esa miasma se haya apartado aún hoy de las tierras de España, que muchos hay que cantan misa sin saber lo que están diciendo, lo que es un grandísimo pecado de pereza, cuando no un sacrilegio.

De esta forma llegó Fray Gregorio a la conclusión de que era la cristiandad muy falta de maestros, y sería un grande servicio dedicar su vida a predicar y enseñar, para dar a los buenos cristianos el arte con que convencer a infieles y herejes; y también porque San Agustín dijo: *“omnis enim qui discit intelligit; et omnis qui intelligit, bene facit.”* que quiere decir que aquél que aprende, ensancha su entendimiento, con lo que no podrá sino obrar de forma justa. Mas no sería esto posible cuando fueran los clérigos ignorantes del significado de la palabra de Dios; pues también nos dijo San Agustín que sólo aprendemos de la verdad interna, y no del sonido externo de palabras desconocidas: *“Discimus non verbis foris sonantibus, sed docente intus veritate”.*»

—¿No sería este Fray Gregorio un poco luterano? Lo digo por ese afán en que la gente entienda las escrituras.

Pues no creo, tenga usted en cuenta que en esos años la tatarabuela de Lutero debía de ser virgen aún, si es que había nacido.

—Y, ¿no es herejía decir que la tatarabuela de Lutero fue virgen?

Ande, ande. No diga barbaridades que me va a obligar a echarle de la novela.

—¡Hombre no!, eso sería un precedente horrible. A los personajes no se les despide. A lo mejor se les mata, pero no se les despide.

Yo no me quiero poner moralista, pero antes los personajes esperaban a que su autor los presentara, o en todo caso se presentaban ellos, pero no irrumpían de mala manera. ¡Lo que se ha perdido son las buenas formas!

—Bueno, igual tampoco soy exactamente un personaje.

Seguramente. Y por ahí puede que se libre.

—Igual hasta soy uno de sus pocos lectores.

«Con esta resolución tomó el camino de Montpellier, donde fue acogido como estudiante de Gramática, Dialéctica y Teología; tal vez por recomendación del hermano Roque, que era hijo del gobernador de la ciudad, aunque en este capítulo no abunda Fray Gregorio en su manuscrito. Con esto se puede ver que no fue la suya arte notoria sino que para la alcanzar hubo Fray Gregorio de hacer uso de las tres potencias del alma; pues para ensanchar el entendimiento hubo menester profundo acopio de la voluntad y extenso uso de la memoria.

Allí llegó al grado de Maestro en Sacra Teología, y durante dos años comentó las sentencias de Pedro Lombardo, como era uso de la época, y si acaso sus comentarios no fueran tan rectamente hilados como los de Ricardo de Mediavilla, quien fue maestro de Oxford y de París, ni tan santamente inspirados como los de San Buenaventura de Fidanza, sí fueron, al decir de quienes los llegaron a conocer, pues hoy están perdidos, un brillante ejercicio de honesta sabiduría.

Mas no estaba Gregorio llamado a la vida de estudio, y repudiando más dignas encomiendas inició un camino de mendicidad, explicando la Palabra de Dios por pueblos y aldeas. Con esto alcanzó merecida fama pues eran tales las razones y los ejemplos que aparecían en sus sermones, que quienes le oían veíanse iluminados por su palabra; que algunos sentían cómo Dios les susurraba al oído por interposición de la voz de Gregorio, y era para cada cual de aquéllos como si Nuestro Señor les hablara en privado, por más que hubiese varios cientos escuchando. Y muchos hubo que le siguieron para oírle predicar en los demás sitios, pues no paraba en cada parroquia más allá de tres jornadas, y ayuntose una multitud tras él de personas llenas de júbilo por escuchar la Palabra de Dios; que muchos eran los que por vez primera comprendían los Misterios tanto por el sentimiento como por la razón.

Era así que en cada lugar se congregaban los naturales y los de fuera a la hora del sermón y era frecuente que alcanzaran mayor número éstos que aquéllos, aun cuando todo el pueblo acudiese al toque de las campanas. A los que le seguían, no dejaba Fray Gregorio que hicieran penitencias a la luz del día, y por el contrario rogábales que gozasen de la iluminación de Dios, y si gustaban de traer cilicio, no debía ser éste tal que hiciera asomar la sangre por sobre las ropas porque no pareciese que hacían ostentación de su sufrimiento. Por la noche, si alguno quería hacer flagelaciones o uso de penitencias, lo habría de hacer repitiendo el salmo de David que dice: *“Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine; Deus meus, illumina tenebras meas”*, donde el cristiano pide a Dios que le alumbre en las tinieblas como lo hace a la luz del entendimiento. Y siendo de luz el cerco de las buenas obras, sea también la luz, y no la sombra del sufrimiento, la que nos libre del pecado.»

La verdad es que Marta seguía sin entender nada. Parecía ser que al doctor Morebro (Sloman Professor of Molecular Biology) le había dado a la vejez por obsesionarse con la lectura de un manual de flagelaciones.

—Hombre, si fuera esto, mi padre, que estaba a la última en la investigación hubiera elegido al menos los “Ejercicios espirituales” de Ignacio de Loyola: “Castigar la carne, es a saber: dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios o sogas o barras de hierro sobre las carnes, fla-

gelándose, o llagándose, y otras maneras de asperezas. Lo que parece más cómodo y más seguro de la penitencia es que el dolor sea sensible en las carnes, y que no entre dentro de los huesos de manera que dé dolor y no enfermedad”. O el “Camino” de Don Josemaría (no sé por qué, va todo junto) Escrivá de Balaguer: “Mira: ¿has visto con qué facilidad se engaña a los chiquitines? —No quieren tomar la medicina amarga, pero... ¡anda! —les dicen—, esta cucharadita, por papá; esta otra por tu abuelita... Y así, hasta que han ingerido toda la dosis. Lo mismo tú: un cuarto de hora más de cilicio por las ánimas del purgatorio; cinco minutos más por tus padres; otros cinco por tus hermanos de apostolado... Hasta que cumplas el tiempo que te señala tu horario”. Hay gente que piensa que esto de la penitencia se puede hacer de cualquier manera; pero hay que andar muy fino. La verdad es que no es tan fácil mortificarse como Dios manda.

Marta bromeaba consigo misma. En aquel momento tenía la sensación de que su padre había sentido ganas de alejarse de la Universidad, o de América, o de lo que fuera, y los que le daban al manuscrito una importancia que no tenía en todo aquel negocio eran los demás: su tío Nicolás..., el curita...

¡Y todo el mundo en el pueblo! Marta no tardaría en darse cuenta de que aquel asunto estaba en boca de todo el pueblo. Ella conocía bien a su padre. No se habían tratado mucho, pero lo conocía bien. Sobre todo por la prensa.

—¿Agnóstico? ¡No señorita!, yo de agnóstico no tengo nada. Eso lo vamos a dejar para los filósofos franceses y los periodistas de opinión. Yo lo que soy es ateo. Vamos, que yo creo en Dios igual que en el pato Donald.

Esto fue en una rueda de prensa, cuando lo de las células madre, o no sé qué de la bioética. Hace unos cuantos años de eso.

—Trajeron a mi padre para que hablara de esas cosas y quedó fatal.

Terminó peleándose con todo el mundo. Le pagó el viaje un periódico medio progre, pero también les insultó.

—¡No me habrán traído aquí para que les explique lo que es el ADN! Eso viene en cualquier libro de texto. ¿Es que aquí nadie ha hecho el bachillerato?

Es posible que aquel comportamiento le alejara definitivamente del premio Nobel. Si es que tenía alguna posibilidad, ésta pasaba por que las instituciones españolas lo propusieran. En América hay mucha competencia. Pero ¿quién le iba a proponer en España? Si se había metido con todos. Hasta a los de la Academia de Ciencias les dijo algo como que se fueran al laboratorio y se dejaran de comer langostinos. Y nadie tuvo la culpa. A él le trajeron porque había firmado un par de manifiestos a favor de la libertad para la investigación en Biología Fundamental. Se ve que algún periodista se fijó. Esto pasa mucho, que los periodistas se fijan en las cosas. Algunos saben inglés y leen el New York Times...

—¡A ver si este Pascual Morebro va a ser español! O por lo menos latino. “Medalla de oro de la Academia Americana de las Ciencias; expresidente de la Asociación Internacional de Biología Molecular. Autor de más de trescientos artículos de investigación sobre los haplotipos y el cromosoma Y”. ¡Qué bárbaro!

—Mi hermano Pascual aparece en los manuales. Mucha gente piensa que yo hablo por hablar, pero cuando hacen un manual de Biología, tienen que poner por medio el nombre de mi hermano. Coja usted cualquier manual de Biología y allí está: “Morebro, P.” Si no aparece es que el manual es una porquería. Si es antiguo tiene un pase, pero si se ha publicado hace poco, allí tiene que estar: “Morebro coma pe.” Si no, aquello no sirve para nada.

En resumidas cuentas: el profesor Morebro no era lo que se dice un meapilas. No era de los que buscan explicaciones en la Religión. Él no podía haberse dejado impresionar por una historietita religiosa medieval. Seguramente todo lo había enredado el tío Nicolás. Ése sí que es un liante. Ése, con tal de echarse la culpa o de estar en el centro del asunto es capaz de todo.

—Yo me tenía que haber ido en el tren de la tarde.

«De los sermones de Fray Gregorio hallé uno en los armarios de Salamanca. Es el que se conoce como “Sermón de los dos caminos”. El enunciado titular del sermón se dice de esta forma: “Por la razón a la posibilidad, por la fe a la certeza”. Así como en otros sermones del hermano Gregorio, la estructura no es la de un “*quodlibet*” o una lección, sino la de una parábola. Empieza diciendo que existen dos senderos que conducen a Dios, pero sólo uno le alcanza, que es el sendero de la Fe. Y el cristiano tiene la dicha de poder transitar dicho sendero que es limpio de ortigas y rastrojo, porque nuestro Maestro y Redentor Jesucristo es el segador que pasó por él su guadaña, y cuando en él aparecen los obstáculos e impedimentos puestos allí después por el Diablo para nos engañar, son éstos tan toscos y tan groseros, y a la vista del buen cristiano tan zafios, que no le turban en mayor medida de lo que un alto peñón inquieta al buen marinero. Pues en el camino de la fe no hay arrecifes ocultos de la marea, que ya éstos fueron cercenados por Nuestro Señor Jesucristo en su Santo Sacrificio.

Es, sin embargo, el de la razón, camino harto sinuoso, enlodado y sucio. Y es el Diablo el señor de las más de las postas en ese sendero; pues si alguno que transite por él fuese a buscar posada o alimento, no lo encontrará a menudo sino de mano de algún brujo o algún demonio, y si se sintiese cansado, hallaría reposo luego en el zaguán del infierno. Porque es cosa sabida que por mucha ciencia de Lógica que un hombre hubiera, no le bastara para disputar con el Maligno, que es quien habla por boca de los herejes y de los que dudan de la Palabra. Y es así que el propio Aristóteles, que es tenido por el más sabio de cuantos hombres han sido en el mundo, puesto en disputa con el Diablo, viérase vencido en el primer silogismo. Por esto es que el cristiano hará bien en seguir el camino de la fe mejor que el de la razón. Ahora, el buen cristiano habrá de bajar a veces al camino de la razón. Y esto hará cuando viese a un hombre perdido en él o siendo engañado por el Diablo. Y lo primero que hará el cristiano es repetir lo que dijo San Pablo a los de Corinto “*Sapientia huius mundi stulticia est apud Deum*”, que quiere decir que lo que en el mundo pasa por sabiduría, no es sino facundia de mentecatos a los ojos de Dios. Y con esto pedirá al Padre que lo ilumine para poder socorrer al hermano caído, sin con él sumergirse en los engaños del Maligno. Y hará uso a esta sazón del argumento de la posibilidad, y no del de la necesidad, pues a este último sólo se accede por la fe. Y si el endemoniado le dijese que cómo puede ser que nuestro Señor Jesucristo caminase sobre las aguas, él le responderá que tal como hay insectos que lo hacen, y son estos insectos criados por Dios, y es Dios el que les dio mandato de hacerlo de esta manera, es razón que Nuestro Señor Jesucristo tuviera el poder para hacerlo. Y si repusiese aquél que los insectos flotan en razón a su escaso peso, o trajese al asunto cualquier otro mundano principio, le dirá que Dios hizo islas de muy grande peso y con rocas y árboles, que flotan sobre las aguas. Y si, con todo esto, siguiera el endemoniado diciendo que no es posible tal cosa, habrá el cristiano de responder

que más que esto puede hacer nuestro Señor Dios, pues quien hizo los cielos y la tierra no ha de parar mientes en hacer flotar a su hijo unigénito.

Y así usará siempre el cristiano la lógica de la posibilidad, pues la razón no es arte que sirva para demostrar la necesidad de Dios, ni aún la de las cosas del mundo, pero sí para hacernos ver los prodigios que Él puede obrar. Por esto el camino de la razón no llega hasta Dios, y en algún momento hasé de que pasar al de la fe, que es un sendero por el que el caminar se hace apacible. Y termina el sermón con la auctoritas del Apóstol: *“itaque linguae in signum sunt non fidelibus sed infidelibus prophetia autem non infidelibus sed fidelibus”*; donde dice que la palabra del hombre es razón para los infieles más no para los creyentes, mientras que la profecía lo es para los cristianos mas no así para los infieles.»

Estos franciscanos se pirraban por llevar la contraria. Seguramente Marta hubiera hecho bien en irse en el tren de la tarde. Vamos que a mediados del siglo XIV, de lo que tenía que hablar éste es de las famosas cinco vías de Santo Tomás. ¡Qué bonito es eso! ¡Eso sí que es precioso! Tomar los efectos para demostrar la causa primera. ¡Sí señor! Pero fray Gregorio, que si la necesidad y la posibilidad... ¡Así le fue! Así les fue a todos aquellos franciscanos. ¡Venga a leer a San Agustín y sin comer! ¡Eso no lleva a ninguna parte! Yo creo que ahora se han reformado mucho.

—¿Quiere usted decir que si hubieran tenido más mano izquierda Gregorio de Berbería, Guillermo de Ockham y Juan Duns Escoto serían santos de la Iglesia Católica Romana?

Pues no, la verdad es que no quería decir eso. Y, ahora que lo menciona, Juan Pablo II beatificó a Escoto; bien que casi setecientos años después de su muerte, pero más vale tarde... igual en otros setecientos lo hacen santo.

—Con Don Josemaría (el que se escribe todo junto) se dieron más prisa.

En fin, Marta se probó el vestido. No le quedaba mal. A ella nada le quedaba muy mal. Y eso que ya iba teniendo una edad en que las cosas no quedan tan bien. Tenía suerte de poder mantenerse delgada sin dificultad. No vamos a decir que era muy guapa, pero quedaba bien en cualquier sitio que la pusieras. En eso le pasaba como a los jarrones chinos. Combinaba con todo.

—Oiga, yo no quiero ofender pero esto último le ha quedado machista de más. ¿No cree?

También puede ser. Para que vea que a veces le doy la razón. En fin, que lo que yo quiero decir es que, sin ser una preciosidad, Marta es de esas personas a las que uno les puede comprar ropa sin avisar. Ella va a una tienda y coge el vestido que más le gusta, y no se lleva disgustos en el probador. Ni siquiera tiene que entrar con varias prendas para ver la que le viene bien.

—¿Puedo entrar con estos nueve vestidos?

—Espere que los cuente. No es que no me fie, pero, ya sabe usted...

—¿Y está segura de que esto es una cuarenta? ¿No estará la etiqueta equivocada?

—No, no. Es que este fabricante da muy poca talla.

Marta es tirando a alta y también da muy bien en las fotos. De jovencilla no valía nada.

—El niño está saliendo con una chica. Me parece que es profesora de inglés. Es medio americana, pero es más bien delgaducha. No vale nada.

—Lo que hace falta es que sea buena chica.

—Eso es lo que yo digo.

Lo que le pasaba de jovencilla es que la ropa jipi no le queda bien a casi nadie. Para eso tienes que tener los ojos muy bonitos o el pelo muy rubio y muy sedoso. Se notó el cambio. A ella la ropa de señorita bien, un poco treintañera y un poco pija es lo que le sienta. El vestido aquel de

Barcelona no estaba mal. No era la ropa ideal para ir por el pueblo y quizá tampoco pegaba mucho con los zapatos, pero no estaba mal.

—Ya está probado. Ahora habrá que seguir leyéndose esto.

«Fue la fama del hermano Gregorio como hombre sabio y justísimo esparcida por muchas tierras. Y no pocos fueron los que anduviéronle a buscar para demandar su consejo. Entre ellos hubo muchas personas principales de los reinos de Castilla y Aragón. Pres-tábase Fray Gregorio a lo que cada cual hubiere menester, y muchos veníanle a buscar de muchas leguas y rogábanle con instancia que fuese a sus pueblos, bien para predicar en las plazas, bien para socorrer algún alma descarriada. Y fue en esto último en lo que ocupóse grandemente Fray Gregorio, pues se hizo fama que era su arte capaz de desterrar la duda del más confuso corazón humano. Así es por ejemplo, comúnmente sabido que un cierto rabino de mucho predicamento y fama de hombre sabio, pidió el bautismo católico con lágrimas en los ojos tras departir de largo con Fray Gregorio. Y que estando un día en vísperas en una iglesia que se dice de San Miguel Arcángel, en Aguilar de Montuenga, que está dos leguas del monasterio de los Padres Blancos de Huerta y hasta cuatro o cinco de Medinaceli, corrióle a buscar una mujer con muy grande turbación e hincóse de rodillas delante de él para decirle que no había de levantarse hasta que le prometiera concederle la merced que venía a pedirle. Díjole Fray Gregorio que luego al punto se levantara, que él le concedería lo que hubiera menester, si en su mano estuviera y no fuese contra los mandamientos de la Ley de Dios o contra la regla que profesaba. Y díjole la mujer que encontrábase su esposo en el artículo de la muerte por una grave enfermedad que le aquejaba, y habiendo ella buscado al párroco para que le administrara el Santísimo Sacramento, no le había dejado su esposo entrar en casa, por decir que era este párroco persona licenciosa y clérigo bigardo, que trataba en el oficio de perseguir las mozas más que en rezar sus horas; y porque además, habiendo su marido pasado varios años en Tierra Santa luchando contra moros, a su vuelta no había encontrado sino que su primera esposa y sus hijos habían muerto de una horrible dolencia. Y pues Dios así había pagado sus esmeros, no era razón que él le demandase mayores dispendios. Anduvo Fray Gregorio toda la noche para llegar al lugar del enfermo, que era en el camino de Almazán; y al amanecer Dios el día siguiente entró en su casa y allí estuvo en su alcoba hasta la hora sexta, en que le administró el Santísimo Sacramento, y el hombre murió en breve término, llamando a Dios y a Santa María, y demandando perdón de sus pecados. Cuando le preguntaron a Fray Gregorio cómo es que había caminado tanto para sólo persuadir a un pecador, dijo así: “si con sólo caminar una noche pudiera yo salvar un ánima, así salvara yo más de trescientas al año”.»

Durante toda su vida, Don Nicolás Morebro recordó las risas de los soldados. Los mozos son así. A cierta edad la gente se ríe de cualquier cosa. ¡Vaya usted a saber! Alguno que contaría un chiste. De lejos, las risas pueden sonar como amenazas huecas.

—¿Mi capitán? Yo venía para hablar con mi capitán... para ver de que no fusilaran a mi padre... si puede ser... más que nada por lo de mi hermanito, etcétera.

Una y otra vez, Nicolás Morebro pensaba en aquella situación; en lo que podría haber pasado si él hubiera sido capaz de acercarse a los soldados. A muchos los soltaron después de zandearles un poco.

—Meléndez, usted que tiene las botas nuevas, métale una mano de patadas al rojo de mierda ese que tenemos abajo. Pero no se me canse mucho que esta tarde nos llega un convoy de Burgos y habrá que descargarlo.

—Sí, mi capitán.

Yo no digo que no. Ni que sí ni que no. Pero seguramente le habrían metido sus buenas patadas y al final le habrían soltado. ¿Para qué lo querían? Muchos estaban en los pelotones de fusilamiento más que nada por enchufe. Para no ir a los destinos en que las balas son de ida y vuelta.

—A ver si podemos hacer un apaño con este chico, que es el único hijo varón de mi hermana. Que ya sabe usted que no es que sea viuda, pero casi como si lo fuese, porque mi cuñado..., en fin... ¡Menudo elemento! A ver si pueden sacarlo del frente y mandarlo a una oficina, a un hospital o a algún pelotón de fusilamiento. Algo así.

—Veré lo que puedo hacer, pero ya sabe cómo están las cosas.

Bueno, ¡A ellos qué más les daba! “Este rojo se va para casa. Ya se lleva puestas sus buenas patadas. Es el padre de los niños meados”. “Todos tenemos hijos. Los rojos también tienen hijos. El mundo es un pañuelo, etcétera.”

—No sé, pero alguna diferencia tiene que haber, mis niños no se mean encima.

Nicolás llegó a armarse de valor. Llegó hasta una distancia en que podía oír las risotadas de los soldados. Por el camino del cementerio, como le dijo La Eulalia. Los dos de la manita, con los pantaloncitos cortos y las babuchas rotas. Él avanzó por el camino del cementerio hasta que fue capaz de oírlos de cerca. Entonces pudo ver que Pascual se había meado encima. Se notaba mucho porque las piernas eran flaquitas y no empapaban nada. Porque el pantalón corto no era de felpa o de franela, sino más bien de una telita fina, y el líquido bajaba por la pata abajo sin mayor obstáculo. Y entonces se dio cuenta de que a él también se le escapaban unas gotitas. Y las gotitas no paraban. Y luego fue un chorro. Los dos estaban meados hasta los tobillos, y no es forma esa de presentarse ante un capitán.

—¡Nicolás Morebro, el empresario, hubo de asistir al fusilamiento de su padre por meón!

Ése es el caso. Y toda su vida rememoró aquella meada. Uno puede repensarse las cosas de muchas formas. Enmendar la realidad engañando al recuerdo. Con meada, y los soldados haciéndose cargo de la situación, o sin ella, y llegando uno ante el capitán como un señor. Todo tipo de alternativas pensó Nicolás para la situación.

—Mi capitán, aquí mi hermano y yo venimos meados hasta los zancajos para hacerle a usted sabedor de nuestra disconformidad con el capítulo de la ejecución paterna.

O bien:

—Como puede apreciarse por nuestra lograda galanura, mi hermano Pascual y yo, sin atisbo alguno de incontinencia urinaria, nos presentamos ante vos, “*mon capitain*”, por si fuera el caso que nuestra presencia viniera en condono de la orden ejecutoria que pesa sobre nuestro amantísimo progenitor.

En algunos sueños, no en todos, aquello de “*mon capitain*” iba así, en francés; no tiene ningún sentido.

El caso es que cualquier opción era mejor que la que la realidad le había puesto por delante a la vida de Don Nicolás.

—¿Cómo relacionaría usted este episodio con el asunto del doctor Fleming del que todo el mundo habla?

Me alegro que me haga esa pregunta, porque un episodio y otro guardan mucha relación. Usted sabe que Alexander Fleming visitó Madrid en 1948. En plena posguerra. Tres años después de que le dieran el Nobel.

—El hombre andaba por el mundo con su Nobel al hombro. Se dejaba agasajar. Tampoco hay nada malo en ello.

Pues fue pocos años después de aquello. Pascual debía de estar ya en la universidad, y Nicolás no era todavía millonario, ni mucho menos. Eso sí, estaba en el camino, ya tenía su propio taller, acababa de terminar de pagarlo.

—El caso es que Pascual se clavó no sé qué en la cabeza, ¿no?

Un hierro, alguien le tiró un hierro, o alguien tiró un hierro que acabó clavándose en la cabeza de Pascual.

—¿Sin pérdida de masa encefálica?

Afortunadamente, pero a Pascual le dieron unas fiebres, que parecía que se lo llevaban por delante.

—Yo he hecho lo que he podido, Nicolás, le he puesto la antitetánica y todo pero...

—Dígame, Don Sebastián, nadie se muere de un descalabro de éstos, ¿no?

—La fiebre... tiene mucha fiebre... No quiero alarmarte pero...

—Dígame claro, ¿hay algo que yo pueda hacer?

—Bueno, dicen que la Penicilina... Pero eso no se consigue...

¡Palabras mágicas!: Nicolás Morebro conseguiría cualquier cosa.

—Sí claro, de estraperlo sí... O eso dicen... ¿Has oído hablar de Chicote?, pero debe de ser carísimo...

Todo el mundo había oído hablar de Chicote. Perico Chicote había estado de cantinero en África con Franco y con Millán Astray.

—¡Viva la muerte!, ¡Ponme otro carajillo, Perico!

Se había hecho muy popular en Madrid. En el número quince de la Gran Vía, Chicote servía aquellas bebidas que ahora llamaban cócteles, a los turistas, a los toreros...

—A duro, dicen que cobra un duro por un vaso de aquellos.

—¡Qué barbaridad!, ¿y quien puede pagar eso?

—¡Pues ya ve usted, al que no le haya costado ganarlo!

—¡Qué razón tiene usted! ¡El que lo gana cavando, no lo gasta alternando!

Nicolás se acercó a la cama de su hermano. Deliraba:

— Madrileña bonita, que me has prendido en el vuelo garboso de tu vestido... Tú eres la rosa, yo soy el lirio, quién fuera cordón de oro de tu justillo.

—Tú no te me mueres de ésta, Pascualillo, ¡Por mis cojones que no te me mueres de ésta!

Así que Nicolás agarró todo lo que tenía ahorrado y se fue a ver a Chicote.

—Creo que en este caso conviene entrar en detalles.

Nicolás alquiló un traje de mil rayas en la calle de la Montera. Con su chaleco y todo. Iba hecho un pincel. En casa se había limpiado las uñas con un cepillo de cerdas hasta que se sacó sangre.

—Esto es lo peor del taller. Se le nota a uno enseguida que sale de debajo del coche y no del asiento de atrás.

Se hizo asesorar por su amigo Rafael, que era hombre de mundo. Nunca sirvió más que para dar sablazos, pero algo es algo. Rafael conducía el Mercedes. No se le daba muy bien, y tam-

poco tenía carné, así que Nicolás lo llevó hasta Cibeles. Los quince números de Gran Vía se le hicieron una eternidad. Eso sí, Rafael iba con gorra de plato y todo.

—Tú ahora, primera, y pegadito a la derecha.

—No te preocupes. Lo importante es que vean el coche. Que no piensen que eres un Don Nadie. Te cae bien el traje. Parece hecho a medida.

Nicolás entró en Chicote con pies de plomo. Siguió con la precisión que pudo las indicaciones.

—Lo que pasa es que allí no había nadie con pinta de ser Perico Chicote.

Así que Nicolás le pidió el “Uzcudun” a un muchacho con pajarita y la cara llena de espini-llas.

—Mira, Rafael, yo eso del Jin Fizz y el Dry Martini no voy a ser capaz de decirlo. Y el kinki... ¿Cómo era?

—knickerbocker.

—De eso, olvídate. ¿No hay uno más fácil? Que yo me conozco y luego me aturrullo y se me nota que no soy... Bueno, que no soy un señor.

—Hay uno que le llaman Uzcudun. Ni sé lo que lleva.

—¿Uzcudun? ¿Cómo el boxeador? Ése es fácil. Yo me pido ése, qué mas me da lo que lleve. ¿Ese también vale un duro? Lo digo, como es más de aquí, igual...

—Me ponga un Paulino Uzcudun.

—¿Un Uzcudun? Marchando.

Nicolás había entrado directo a la barra. Ahora, mientras aquel barman adolescente llevaba a fin sus extraños movimientos, miraba a su alrededor. Había dicho “Paulino”, igual no había que decir “Paulino”. El nombre de pila igual no pegaba. Allí no había casi nadie.

—Había un señor flaquito que se estaba tomando un vermú con sifón. Y nadie le miraba mal... ¡Este Rafael...!

Desde una mesa del fondo, le saludó una mujer guapísima.

—Yo la encontré guapísima. Seguramente tenía los ojos verdes, y ¡fumaba!

La chica le hizo un gesto y Nicolás fue hacia ella. Tampoco sabía qué otra cosa podía hacer.

—Hola, buen mozo. Es la primera vez que te veo por aquí.

—Ya, pues he venido... No, no he venido. Quiero decir...

—A tu traje si lo he visto más veces.

Nicolás ya no habló más. Estaba sentado. No sabía por qué estaba sentado, y lo del traje había sido cruel. ¡Este Rafael...!

—¿Nos tomamos una botella de Champagne?

Otro nombre extraño. A Nicolás ya todo le sonaba igual. Llevaba en el bolsillo cuarenta duros. Nunca había salido con tanto dinero a la calle. Pero era para la penicilina... El mundo se había llenado de nombres raros. El Champagne, la Penicilina, el Knickerbocker. Por eso ahora había que estudiar. Para saber decir las cosas.

—El mundo se las había ingeniado para dejar en ridículo a los ignorantes y a los pobres. Antes uno sabía hablar con los camareros. Aunque uno fuera mecánico de automóviles.

Tal vez de ahí en adelante Don Nicolás comprendió que la nobleza guarda relación con la capacidad para repetir palabras extravagantes.

—Pídalo usted.

Nicolás seguía mirando para todas partes. Pensaba que en algún momento llegaría uno con pinta de vender penicilina de estraperlo.

—La chica sólo hizo un gesto, y en la mesa apareció la botella más rara que yo había visto nunca. El barman la descorchó y petardeó como el arranque de un motor Perkins con el escape picado. Yo me mantuve firme. Como si lo hubiera visto antes.

Cada vez estaba más nervioso. Además, no sabía cómo alguien podía pasar de aquella situación a comprar penicilina.

—¿Qué te pasa, moreno? ¿No te gusta el Champagne?

Tampoco estaba mal. Seguramente era una mezcla de vino blanco con sifón o con cerveza, en aquel bar lo mezclaban todo.

—¿Usted sabe algo de la penicilina?

—Ah, ¿lo del inglés? Yo lo que sé (y se lo voy a decir porque es usted de buena pasta y no contará chismes a nadie) es que el señor Chicote le regaló una botella de las del piso de abajo.

—¿De penicilina?

—¡No, hombre!, de vino. Que le regaló una botella de vino, de las de abajo al “Doctor Flemas” ese. El señor Chicote tiene botellas que valen más de cuarenta duros.

—¡No me diga!

—Algo debe de haber porque ni a la Ava Gardner le ha regalado Don Perico nunca una botella. Claro, que esa se la hubiera bebido antes de subir la escalera. Esa lagarta se bebe hasta...

—Pero ¿cómo hay que hacer para comprar aquí penicilina? Mire yo tengo un hermano... En fin que si usted quiere yo le doy... no sé... yo le doy...

—¿Las gracias?

—Mire señorita. Usted ya sabe que esto no es lo mío. En mi vida he bebido champagne, ni falta que me ha hecho, pero mi hermano se está muriendo, y yo tengo que salir de aquí esta noche con la penicilina esa debajo del brazo.

—No se enfade conmigo, moreno.

—Usted me sabrá disculpar.

Nicolás sudaba. Esta vez no se había meado, pero sudaba como un ganapán, y no tenía más remedio que beberse el champagne a tragos taberneros.

—Y el Uzcudun, ¿se lo había tomado también?

El Uzcudun no le llegó casi a la mesa. Le duró poco...

—Pues mira que Paulino Uzcudun era de los que aguantan. ¡Un fajador!; nadie lo hubiera dicho, con todo un Joe Louis, y con Primo Carnera, que mira que era grande...

—Y feo.

Sí, feo también. Feo lo que más. Un paisano de más de dos metros y con la cara como un serón, que venía de matar a golpes al americano Ernie Schaaf en el Garden. Pues Uzcudun le aguantó los quince asaltos en Roma en el treinta y tres, y con el Duce en la tribuna.

—En terreno neutral hubiera sido otra cosa.

No le digo que no. Aunque... bueno... Carnera dominó todo el tiempo... En fin, esto no viene al caso. Lo que yo estaba contando...

—Era que Nicolás sudaba.

Pues sí que sudaba. Seguramente llegó a pensar que la emisión de fluidos corporales volvería a frustrar sus propósitos como aquel día de tan triste recuerdo.

—Es que además yo no llevaba pañuelo. Con todo el lío del alquiler del traje y...

Unos tipos trajeados entraron en el local. Fumaban Farias, o puros... Seguramente eran puros de verdad, nada de Farias.

—Espérame aquí, moreno; que lo que yo no consiga...

La situación era tensa. Por lo menos para Nicolás, la situación era insoportable. ¿Cómo se llamaba aquella mujer? Ni siquiera podía acordarse, pero por alguna razón...

—Sentía como si todos me estuvieran mirando, ninguno con cariño.

—Mira el paleta aquel, con el traje ese que se sienta en la misma mesa cada noche relleno de un tipo distinto.

—Sí, sólo cambia el relleno, el traje es el mismo, en la misma silla, y al final le tendrán que echar a patadas porque no tendrá para pagar el champagne. Yo no sé como a ese traje le aguanta tanto la culera. Debe de venir reforzada. No sé cuantas veces han echado a patadas al mismo traje.

Todos se reían. Para Nicolás Morebro la gente se reía siempre a destiempo, como aquellos soldados. Seguramente hablaban de cualquier cosa...

—Y los ricos, ¿Por qué no sudan...? Yo tengo un Mercedes como un castillo aparcado en la puerta, pero sudo como un cavador.

Don Nicolás se había empeñado en quitarse el polvillo de la dehesa, pero no había forma. Por las noches iba a la academia aquella que quedaba por Ríos Rosas. Le enseñaron algo de contabilidad y a hacer letra de pendolista; pero allí también sudaba más de la cuenta, y escondía las manos.

—¡No las iba a esconder! si las llevaba negras como las de un carbonero. Limpias, como el que más. Pero es que la grasa y la carbonilla se le incrustan a uno hasta en los pensamientos. ¡Dios quiere que los pobres lo parezcamos! Tenía que llegar el primero para sentarme en la Remington, porque en las Olivetti no me cabían los dedos en las teclas. Siempre daba a dos a la vez. ¡Dios es italiano!, todo el mundo lo sabe. Dios creó las Olivetti para ponernos a los pobres en nuestro sitio.

—Está mal visto ser puta. Pero yo me atrevo a decirle que aquella chica se portó como una señora.

No le digo que no. El champagne le costó a Nicolás, por lo menos cinco duros... o más. Pero se lo bebió él casi todo. Sí, tiene usted razón. Yo creo que era buena chica.

—Mire, moreno, esta es la dirección. Tiene que ir a Barajas. Aquí no venden ya la penicilina porque Don Perico no quiere problemas. Pero usted va de su parte y, en fin... vuelve otro día, que me has caído simpático.

Nicolás volvió otro día. Nicolás llegó a sentirse a gusto en Chicote.

—¿Y le devolvió el favor a la chica?

Por supuesto que sí. Unos años después, Don Nicolás Morebro se personó en la Dirección General de Seguridad con un general. No viene al caso dar nombres.

—Entonces, ¿Le gusta el Jaguar, mi general?

—¡Hombre!, Don Nicolás, ¿Y a quién no? Pero hágase cargo, el precio que usted me dice...

—Ya sabe que éste es un coche exclusivo. No es para cualquiera... Pero vamos a dar una vuelta para probarlo hasta la Puerta del Sol. Igual podemos ver de hacerle un arreglillo en el precio. Todo es cosa de hablarlo. Yo no suelo andarme con regateos, pero igual se sorprende de lo barato que sé vender si se dan las circunstancias. Seguro que usted y yo nos entendemos, mi general; enseguida se ve que es usted hombre de mundo.

Habían hecho una redada de prostitutas. Aquella chica ya no estaba para andar jugando en primera división, y se ve que la pillaron en la calle de la Cruz, y con droga encima...

—¡A la orden, mi general! ¿Pero cómo viene su excelencia a sacar a una prostituta?

—¡Nos ha jodido! ¡No querrá usted que venga a sacar a su señora madre!, ¡gilipollas!

—Pues tiene usted razón, mi general. ¡A la orden, mi general!

Pascualillo curó de aquello de las fiebres. A lo mejor no hubiera hecho falta tanta compo-  
nenda. Nunca se sabe. El caso es que a los pocos días estaba leyéndose las obras completas de Don  
Santiago Ramón y Cajal y bebiendo ponche de huevo, para coger fuerzas.

—¡Ay, Don Nicolás! Usted déjelo en mis manos. Que la “pinincilina” esa, no digo yo que  
no.... Pero mire usted, yo le bato las yemas con leche, y su buen chorro de coñac, y por encima le  
pongo la clara a punto de nieve, con su azuquitar por lo alto, y si esto no resucita a un muerto, ya  
me dirá usted...

—No me sea bruta, Patro, no me hable de muertos, que..., ¡Lagarto, lagarto!

Marta se asomó a la ventana. ¡Vaya mierda de piso!, en un pueblo de quinientos habitantes tenía mérito que no se viese más que la casa de enfrente. Oyó rugir el coche de su tío Nicolás. Seguía conduciendo de aquella manera tan desagradable. Paró en la esquina.

—¡Dios mío, el tipo raro!

El tipo raro se bajó del coche de Don Nicolás. Era el mismo que parecía haber seguido a Marta esa tarde. Con su americana gris sin forro, y sus gafitas de empollón. Su pelo grasiento y despeinado, y sus zapatos de suela de goma, como la rueda de una moto de campo. El tipo raro sudaba mucho, y daba la impresión de que no debía de oler muy bien. Seguramente era joven, no mucho más de treinta años, pero como era tan raro... Se despidió del Tío Nicolás y salió caminando rápido en dirección contraria. Marta se sentó a leer el manuscrito aquel, como si tuviera que disimular algo.

«Llegaron estas demandas a ser cotidianas en la vida de Fray Gregorio, y fue esto parte para que no se turbase con otras solicitudes que habíanle de sobrevenir corriendo el tiempo. Pero antes de eso, sucedió que llegando Fray Gregorio el día de la Visitación de Nuestra Señora, que es cerca del verano, a la hermosa ciudad de Medina del Campo, de donde habíanle mandado llamar para que predicase a todos los que allí acudían para la feria del ganado, saliéronle a encontrar al camino hasta diez o doce religiosas de las que viven según la perfección del Santo Evangelio y de la santísima dama que es para ellas la pobreza. Quiérese decir que eran hermanas de la Segunda Orden, de Santa Clara. Fray Gregorio hallólas presas de una profunda turbación. Y dijéronle que habíanse hecho al camino para le prevenir de los grandes males que acosaban la ciudad. Pues hábiase hecho el Maligno dueño y señor de ella.

“Magister Gregorio”, dijéronle, “no asome Vuestra Paternidad su dignísima frente por las puertas de Medina, que ha se de arrepentir luego, que ya son muertos los más de los naturales de horrendísimas muertes y con muy grandes padecimientos, y recorre toda la ciudad el aliento del Diablo, que hasta una legua se huele a piedra azufre y a los más repugnantes efluvios, y la tierra ha temblado por dos veces en el término de una semana, y si somos vivas nosotras no es sino por la misericordia de Dios, y porque el aire de la ciudad apenas si pasa por el torno del convento, y también porque mantenemos la escrupulosa costumbre de no lavarnos nunca, ni aún los dedos del pie”. Hiciéronle igualmente sabedor de que habían recibido mandato de trasladarse a Valladolid, y ese camino tomarían, luego que Su Paternidad les diese su bendición.

Hízolo así Fray Gregorio con sumo gusto, y les agradeció el aviso, mas hízoles ver que no podría de igual forma seguir su consejo: “Que si quisiere el Diablo conquistar la ciudad, no habrá de hacerlo sin pasar por sobre mis razones, mis plegarias y mi vida. Y si las primeras fueran flacas y miserables, y la tercera efímera e insignificante, habrán de ser las segundas, con la ayuda de Dios, tan grande escollo en su vil propósito, que es razón de

cordura sospechar que ha de ser ésta una muy grande batalla en la más santa de las cruzadas”. Dicho esto, dirigióse a los que con él iban, que eran más de un ciento, para que volvieran a sus casas, pues más podrían ayudar al buen término de aquella empresa con sus oraciones que con su presencia. Fueron muchos los que le hicieron caso al punto, porque iban con sus hijos y sus mujeres y se despidieron de Fray Gregorio no sin gran pesar de su parte, y era el camino un reguero de lágrimas que se alejaba lentamente de la ciudad. Otros, quedáronse con Fray Gregorio por no guardarse de la que podría ser una de las más raras ocasiones que pudieran llegar a ver los tiempos.

Como era ya la hora cerca de completas, pensó Fray Gregorio que era más puesto en razón esperar al alba para entrar en la ciudad, y con esta determinación, hincóse de rodillas bajo una encina con su cruz de madera empuñada con ambas manos y pasó en oración toda la noche. En ese tiempo, no dejaron de transitar el camino multitudes de gentes que huían de la ciudad. Algunos con enseres acuestas. Otros cargaban con sus hijos muertos para llevarlos hasta un camposanto que cerca de aquel camino había, y todos pasaban con grandísimas mancas y heridas, y muchos con bubones negros y hediondos, que cantaban por sí mismos el breve horizonte de sus vidas. Mientras los que iban con Fray Gregorio trataban de socorrerles, él no parecía siquiera verlos.

De lo que en su oración dijo nuestro hermano Gregorio no queda noticia, pues lo hizo en lengua latina y no siendo el *“Pater Noster”*, ninguno de los que allí estaban lo pudo entender, y el propio Fray Gregorio no lo refiere en su texto autógrafo. Aunque sí dice que al apuntar el alba entró en la ciudad seguido de hasta treinta o cuarenta fieles que cantaban el salmo que dice: *“non enim in arcu meo confidam neque gladius meus salvabit me quia salvasti nos de hostibus nostris et eos qui oderant nos confudisti in Domino gaudebimus tota die et in nomine tuo in aeternum confitebimur semper.”* En el que proclama el cristiano no cifrar su esperanza en su arco o su espada sino en la omnipotencia de Dios para vencer a sus enemigos. Y lo cantaban con muy buena entonación y al modo antiguo de los mozárabes más bien que según la norma romana del papa Gregorio. Y aunque no traían salterios, ni los más de ellos hubiesen sabido leerlos, era el caso que habían adquirido afición de estudiar los salmos repitiéndolos unos con otros.

Muchos de aquellos cristianos vestían ya el hábito de San Francisco por imitar a su maestro, y también porque habían tomado costumbre de trocar entre ellos las ropas por mostrar que nada de lo que portaban era propio del uno o del otro, sino que lo aprovechaban en *“usus facti”*, que incluso habían desterrado de sus gargantas todo signo de posesión y así decían “este pan que como”, o “este sayo que visto”, y nunca “mi pan” o “mi vestido”, y para traer por obra su pensamiento, muchos de ellos trocaban las ropas por la noche como se ha dicho, y a la hora de comer hacían circular los mendrugos de pan que tenían, en lugar de tomar cada uno el suyo aparte, aunque fuera el caso que para todos hubiera. Habiales encarecido Fray Gregorio, que nada más cruzar las puertas de Medina levantasen la vista, sin agachar la barba al caminar, porque no tomase el Diablo su actitud de natural recato por nefanda adoración a su persona. Iba por delante el de Berbería, con un hábito de tosco sayal de color parduzco, que era ya más un andrajo que un vestido, y su larga barba negra que le alcanzaba a la mitad del pecho. Y como era un hombre muy alto y enjuto y en su andar deslizaba las sandalias desde la punta hacia atrás, como si resbalase

por el suelo, en unión con el canto de los salmos debió su figura componer un cierto aire solemne.»

Don Nicolás llamó a la puerta antes de abrir con su llave.

—Hola preciosa. Ya te veo que sales a tu padre, seguro que has estado estudiándote esa carta todo el rato. ¿Por dónde vas?

—¡Yo qué sé! Está hablando de uno que era muy pobre, y que quería echar al diablo de Medina del Campo. ¿Qué interés tiene eso?

— ¡Fray Gregorio de Berbería!

—Sí, ¿Es famoso? A mí me parece que me suena de algo, pero no sé. Mi padre me habló de él cuando estuve por aquí con Nando.

—No. Es todo menos famoso. Según tu padre, puede haber tenido un papel en la Historia más importante que el de los Reyes Católicos, pero nadie lo conoce.

—El mundo decidió callar su recuerdo, Nicolás... Esto es lo más grande que he tenido jamás entre manos...

—Perdone que le pregunte, esforzado narrador, pero yo he oído decir que la historia de Fray Gregorio llevó a Felipe II a destruir el testamento de su padre.

Es cierto que el testamento del Emperador acabó en el fuego de la mano de su hijo. Algo diría que no convenía recordar.

—Dicen también que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y las reinas castellanas de los siglos siguientes se hicieron enterrar con el sayal franciscano en memoria suya.

No sé si en su memoria, pero Fray Gregorio de Berbería debió de ser famoso en un tiempo. Crónicas no hay pero sí que hay romances. Por lo visto hay un motón de romances que lo tratan como una especie de frailón heroico. Un franciscano de más de dos metros de altura que les daba matarile a los moros.

—Tu padre juntó un montón de romances muy antiguos. O trozos de romances que hablaban del “Páter de Berbería”. Mira este:

«En esto dice Gregorio  
el Páter de Berbería:  
mal me conminas Abdala  
a hacer lo que no podía  
que quien de sí nada tiene  
mal te ha de dar lo que pidas;  
que son aquestas reliquias  
del buen Dios, que no son mías.  
En esto diciendo el Páter  
desgaja un ramo de encina  
con él se guarda del moro  
con él le quita la vida.»

—¡Un cura! ¿Mi padre se pirraba por la historia de un cura que mataba moros a palos?

—No sé, tal vez hice mal en regalarle eso, pero yo qué sabía. Yo no soy más que un aprieta-tuercas.

—¡Vamos, tío!... ¿Y quién era ese hombre que venía contigo?

—¡Ah!, ¿le has visto?

—Varias veces. Es un tipo muy raro, ¿no?

—Es un hombre muy culto. Arqueólogo creo que es... Bueno, no es que sea como tu padre; es de aquí del pueblo.

—¿Y tú de qué lo conoces?

—¡Je, je! Oye, que yo aprieto tuercas, pero también me puedo juntar con gente estudiada, no creas.

—¿Y tiene algo que ver con la historia del fraile?

—Yo creo que no. Él no ha leído eso. Dice que tu padre estaba muy cerca de algo muy grande... No sé... Pero no se refiere a Fray Gregorio. Es verdad que es un tipo raro; siniestro, diría yo.

—¿Y mi padre lo conocía?

—Según él, eran íntimos; pero si algo hago bien yo es torear a la gente... ¡Je, je! Yo tengo ya muchos kilómetros y éste no me da buena espina. Si yo hubiera podido estudiar... Tú dime si le debo dejar que lea el manuscrito ese. Si te digo la verdad... yo... pero es que yo no entiendo...

Es verdad que Don Nicolás se juntaba con gente estudiada. Seguramente, el tipo raro no era uno de ellos, pero a veces Don Nicolás había hablado con los contactos de Pascual (Sloman Professor) más que el propio Pascual. Y esto, por supuesto, muy a pesar del Profesor Morebro. Se podrían citar muchas anécdotas, y habría muchos criterios para seleccionarlas.

—¿Cuál fue la más onerosa para el doctor Morebro?

En esto no hay duda: el triste episodio del homenaje académico. Pero no sé si viene al caso ahora.

—Pues cuéntelo aquí mismo, si de todas formas esto va totalmente desordenado.

Ahí le doy la razón. Esto ya no tiene remedio. Seguramente esto habrá que darlo a componer. En fin, el caso fue que a Don Pascual Morebro, Sloman Professor, etc. le dieron la medalla de oro de la Academia Nacional de las Ciencias.

—Debería usted añadir que eso de “nacional” quiere decir aquí, americana.

Bueno, me pareció evidente. Nunca dije que Pascual fuera el tipo de personaje al que le darían de repente algo así en España. Tenía dicho que era un científico insigne. Su universidad organizó un refrigerio: “brindar una tostada” que dicen ellos, en honor al profesor Morebro. Pero hubo sorpresa. Y la sorpresa fue que apareció por allí Don Nicolás.

—Ya, pero la culpa fue de Pascual que lo comentó en una carta. Porque todavía era tiempo en que se usaban las cartas.

Por eso fue.

“Además, te diré que me han concedido un galardón muy importante. La noticia ha salido en el *New York Times* y en todos los periódicos de aquí. Hasta allí, no creo que llegue. Ya sabes la importancia que le dan aquí a la Ciencia (la que tiene, diría yo). Es por un descubrimiento que hicimos en mi laboratorio hace más de un año. Sobre la heredabilidad por línea masculina de unas ciertas propiedades de unos bichitos. Ya sabes, cosas mías. No sirve para nada, pero igual un día te vale a ti para que no se te caiga el pelo... Llama de vez en cuando a Marta. Creo que ya tiene novio y todo, aunque a mí no me cuenta esas cosas. La llamé por su cumpleaños y me dijo que Martín, el amigo de su madre, le había regalado un libro de Erich Fromm. A veces siento que ya no es hija mía. No lo digo por Erich Fromm. Yo ahora podría mandarle uno de Jacques Monod, pero no hace al caso. Bueno,

que si puedes quedar con ella, la invitas a un helado y le dices que tú crees que la quiero mucho. Tú, como cosa tuya. Tú vas y se lo dices...”

—¡Un helado? ¡Pero este hombre...!

Nicolás llamó al departamento de la universidad. No me pregunten como se entendió con aquella gente sin hablar un carajo de inglés.

—A lo mejor recurrió a una secretaria bilingüe.

Puede ser. El caso es que cogió un avión y apareció en el homenaje que la universidad le hacía a su hermano. En ese tiempo dos billetes a Nueva York valían casi como un coche pequeño.

—¿Y para qué quiere uno el dinero? Yo llamé a Marta y le dije: ¿te vienes a Nueva York? Yo te invito. A tu padre le van a hacer un homenaje porque ha descubierto un crecepelos.

—Imposible. Estamos preparando una exposición. Martín, el amigo de mamá, la organiza en la tetería de Nando, el chico de que te hablé. Son esculturas hechas de alambre y pasta de papel...

Seguramente Martín era un artista integral. Era profesor de Literatura en la Complutense. Había publicado ya tres poemarios...

—Entre los tres, dos mil palabras.

Hombre, no me sea cuantitativo. Que también usted parece de ciencias... Y un ensayo sobre Cortázar.

—En el servicio de publicaciones de la universidad, para tener algo que citar en su oposición.

Bueno, en España hay otros valores; es un país de letras.

—Lo que yo he oído decir es que Martín orinaba sentado.

¡Hay que ver las cosas que le llaman a usted la atención! Creo que era una especie de actitud feminista, una manera de evitar gestos discriminatorios.

—El macho de nuestra especie hace alarde de su masculinidad fálica en el acto de la micción. Entre los canes, el macho levanta la pata; y los hombres, en un lamentable acto de altivez miccionan vestidos, introduciendo el pene por el pequeño orificio de la bragueta, con claras intenciones de humillación hacia las hembras.

—También es posible que no atinase mucho.

También. Pero el caso es que allí se presentó Nicolás. No en lo de la pasta de papel, en la universidad de su hermano, quiero decir. Sin avisar. Una sorpresa.

—Me hubiera gustado venir con Marta, pero ella tiene ya su vida, con no decirle nada a Pascual...

Ya digo que lo que había montado la universidad no era gran cosa. El edificio sí que estaba bien. Era un caserón de piedra en medio del campus, rodeado de un jardín de flores y árboles enormes: robles, hayas, y hasta un “Ginkgo biloba” de más de veinte metros, que daba gloria verlo.

—Y, perdone usted que me entrometa, pero ¿tenía yedra aquel edificio?

Por supuesto que tenía yedra, Yedra, toda la que usted quiera.

—Ya me quedo más tranquilo.

Pero allí lo que habían puesto era unos canapés y unos refrescos.

—¿No había vino?

Pues creo que no. En aquellos años en las universidades americanas no había vino. A cambio, se podía fumar. Ahora, con esto de que el vino se ha convertido en una cosa fina, pues hay vino, pero ya no se fuma ni en la calle. No se puede tener todo.

—Me hago cargo.

Pues el salón era una maravilla, con un ventanal al fondo para admirar el jardín, y en el centro una escultura de mármol blanco en la que una mujer salía de la piedra como desperezándose.

—Parece que lo estoy viendo, el mármol de Carrara, y la mujer desnuda, ¿a que sí?

Pues creo que sí, pero no viene a cuento. Lo que sí puedo decirle es que pese a lo exiguo del refrigerio allí había gente de muchísimo predicamento. Varios premios Nobel de ciencias (nada de la paz, o cosas de esas), el presidente de la universidad, Y el mismísimo Jacob Sloman, con su hijo David.

—¿Se refiere al de la “Jacob Sloman Professorship”?

El mismo. Con su silla de ruedas y todo. Debía de tener más de noventa años.

—He oído que era un filántropo de los que ya no quedan.

Había ganado dinero a espuertas a lo largo de su vida. De él se contaba una anécdota. Seguramente falsa, se cuenta parecida de otros millonarios judíos.

—¿Por qué se queda mirando? ¿Le parece poca propina?

—Bueno, señor Sloman, el caso es que su hijo me suele dar bastante más.

—No lo pongo en duda. Pero ha de tener usted en cuenta que mi hijo tiene un padre millonario, y yo no.

Parece ser que en la segunda guerra mundial Jacob Sloman contribuyó a la financiación del proyecto Manhattan para construir la bomba atómica.

—Yo no fui nunca a Alamogordo, pero ¿Qué podía hacer? Si no, la hubieran hecho los alemanes. La Wehrmacht tenía a Werner Heisenberg, y el general Groves me lo dijo muy claro.

—Señor Sloman, tenemos muchos científicos judíos que darán su sangre para parar a Hitler. Pero nadie es tan listo como Heisenberg. A ese cabrón le dieron el Premio Nobel con treinta años.

—¿Y cuánto habría que pagarle para que viniera aquí? ¡Yo lo pago!

—No se trata de eso, ¡qué más quisiéramos! Pero tenemos que hacer pruebas. Heisenberg tiene una libreta y un bolígrafo, nosotros tenemos que probar la bomba para ir más rápidos, y eso vale mucho dinero.

Parece que le convencieron.

—Dicen que Oppenheimer, y hasta el propio Roosevelt se reunieron con él.

No sé, también dicen que Einstein le escribió una carta, pero no hay nada probado. El caso, es que después de lo de Hiroshima y Nagasaki, Jacob Sloman hubo de hacer frente a una grandísima culpabilidad.

—Es que las bombas no cayeron sobre Alemania.

No diga usted barbaridades, seguramente si los muertos hubieran sido alemanes, también le habría causado cierto remordimiento. Al acabar la guerra, Jacob Sloman decidió contribuir a la Ciencia en un aspecto muy distinto. Así nació “La Cátedra Sloman de Biología”. Algo más tarde se añadió eso de “Molecular”.

—¡La vida! Yo quería contribuir a la Ciencia de la Vida, en mayor medida de lo que lo había hecho a la de la muerte.

El sueldo era bueno, pero tampoco espectacular. Lo que Jacob Sloman quería era que la cátedra se ocupara por alguien que quisiera, por encima de todo dedicarse en cuerpo y alma a investigar la vida.

—No me lo podía creer. Cuando me ofrecieron aquella cátedra, me comentaron que había un presupuesto anual para personal de laboratorio y material... ¡Joder! ¡Era más que el presupuesto de toda mi facultad en España!

Pues sí. Allí estaba el viejo Sloman, en el homenaje académico. Yo creo que era muy de agradecer.



«Tan fuerte era el hedor al alcanzar la ciudad, que muchos de los que entraron vieron sus estómagos aligerados luego de lo poco que en ellos hubiera. Nadie andaba en las calles, y el suelo estaba esparcido de cuerpos muertos y de ignominiosos detritus, y también de cristianos en el último capítulo de una espantosa agonía. También se dice que enfoscaba las paredes de las casas un cierto tono negruzco, semejante al que manaba de aquellos horribles bubones que se adherían a las carnes de los hombres; y no siendo esto siquiera posible, nos hace caer en la cuenta del terror que embargaba a los cronistas, que les hacía ver las cosas de la oscura color de sus pensamientos.

Los que entraron, viéronse al punto movidos de la caridad y acudieron a socorrer a los moribundos, y obraron así, pues díjonos el Apóstol *“maior autem his est caritas”*. Diciendo con esto que es la caridad la más querida por Nuestro Señor de las tres virtudes teologales. Pero Fray Gregorio siguió caminando con la vista al frente, y no parecía que por ninguno de sus sentidos diérale el mundo señal alguna de su existencia, por más que tales señales eran harto visibles, palpables y rudas para todos los demás.

No pocos serían los que opusieran a la actitud de Gregorio en tal circunstancia bien fundadas consideraciones de Doctrina. Más acaso no lo hicieran de saber que si distrajo en aquel momento los más inmediatos ímpetus de la caridad no lo hizo sino por satisfacer la resolución de la causa remota (*“causa prior”*) del mal que afrontaba. Y obró así en consonancia con el posterior tratado que se dice *Malleus Maleficarum* (martillo de brujos) de los doctores dominicos Heinrich Kramer y Jacobus Sprenger, quienes nos hacen saber que los tres concomitantes necesarios de la brujería son el demonio, un brujo y el permiso de Dios Todopoderoso. Y pensó Fray Gregorio, siguiendo el análisis que hiciera el Doctor Angélico sobre la distinción aristotélica de las causas, que era el demonio quien en esta circunstancia había trazado la causa final de aquella desgracia; la cual *“causa finis”* no era otra que la destrucción de la ciudad. Y pues la causa final es anterior *“per viam perfectionis”* a la causa eficiente, que sería el brujo que hubiese emponzoñado el aire o el agua, y aún a la causa material que era esa misma ponzoña, resolvió contener la capacidad generativa de dicha causa sin entretenerse en otros más inmediatos principios. Y también porque Fray Guillermo de Ockham (un hermano de nuestra orden que en mucho erró, más también en mucho aportó muy discretas razones) había dicho *“Frustra fit per plura quod potets fieri per pauciora”*, pues es vano empeño acometer muchas causas cuando puede obtenerse el mismo efecto sobre una sola; y una era en este caso la causa final, e innumerables las materiales y eficientes. Dícese llanamente, que resolvió enfrentarse con el Diablo excusando por el momento, hacerlo con los brujos o con el sufrimiento de los moribundos. Pues así nos dice el Doctor de Aquino que el fin es la causa de todas las causas: *“finis est causa causarum, quia est causa causalitatis in omnibus causis”*.

Con tal disposición alcanzó Fray Gregorio la plaza de la ciudad, dónde muchos comerciantes habían abandonado sus mercaderías porque no les estorbasen la fuga. En

aquel punto, ninguno de los que le seguían manteníase a su paso, pues todos habían encontrado gente necesitada de socorro. Así fue que entró Fray Gregorio solo en la plaza, se colocó en el centro, descubriose de la capucha del sayo, y con la mirada fija en el lucero del alba, que se dice Lucifer, y que entre la neblina veíase cercado de un aro de fuego, recitó con potente voz:

*“Quomodo cecidisti de caelo Lucifer. Hodie et dabit te Dominus in manu mea ut sciat omnis terra quia est Deus in Israhel et noverit universa ecclesia haec quia non in gladio nec in hasta salvat Dominus ipsius est enim bellum et tradet vos in manus nostras. Coram illo procident Aethiopes. Ad Satan increpet Dominus in te Satan et increpet Dominus in te qui elegit Hierusalem. Ex hac, in hoc apparuit Filius Dei ut dissolvat opera diaboli. Morte incircumcisorum morieris in manu alienorum. Veni ad me et dabo carnes tuas volatilibus caeli et bestiis terrae. “*

Lo que era tanto como decir en romance castellano:

“¡Cómo has caído de los cielos, Lucifer, lucero, hijo de la aurora! Hoy te entregará Yahvé en mis manos y sabrá toda la tierra que hay Dios en Israel y toda esta multitud que no es por la espada ni por la lanza como Yahvé da la victoria, porque la batalla es de Dios, y Él será quien os entregará en nuestras manos. Ante Él se doblará la bestia. Yahvé te atenace, Satán, reprímate Yahvé, el que ha elegido a Jerusalén. Que así el hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo. Tendrás la muerte de los incircuncisos a manos de extranjeros. Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo.”

Así fue como Fray Gregorio de Berbería retó al mismísimo Diablo a combate singular en la plaza de Medina del Campo; hecho histórico el cual ha sido retirado de las crónicas por las mismas razones que muchos otros de aquellos en que tomó parte aquel siervo de Dios. Razones las cuales serán bien entendidas por Vuestra Sacra Majestad en breve término. En su discurso guardose Fray Gregorio de usar palabras propias, y por el contrario, compuso aquél de citas de las Sagradas Escrituras, haciendo así por él hablar a los profetas Isaías y Zacarías, al primer libro de Samuel, al Salmo de Salomón y al libro de Ezequiel. Pues las razones humanas son débiles ante los engaños del maligno, mas ¿cómo podrá éste que como nos dijo el profeta Zacarías no es sino “un tizón sacado del fuego” (*torris erutus de igne*) zafarse del poder de la Palabra de Dios?

Muchos fueron los que acudieron a admirar tan descomunal enfrentamiento, y todos guardaban silencio y procuraban verlo desde lugares en que pudieran sentirse protegidos. Así, eran muchos los que se ayuntaban en la ventana de la iglesia, y otros asomábanse por entre los quicios de las puertas o por los alféizares de las ventanas. Fue entonces cuando se desató la tormenta, primero de agua y con gran profusión de truenos y relámpagos, después de piedras de granizo tamañas como huevos de tórtola. Fray Gregorio no mudó su postura, ni aún la expresión de su semblante por más que algunas de aquellas lajas llegaron a alcanzar de plano su tonsurada cabeza haciendo brotar la sangre que empezó a correr por su rostro, y aún por sus barbas, lo que lejos de torcer la su expresión, le confería una inusitada gravedad.

La violencia de los elementos le hicieron recordar el salmo que dice “*super peccatores laqueos ignis et sulphur et spiritus tempestatum pars calicis eorum*”, que quiere de-

cir, “sobre los pecadores lloverá Él rayos y azufre, y un viento abrasador como porción de herencia”, y así pensó que Dios le mandaba aquella penitencia por sus muchos pecados, y para que afrontara con mayor humildad el trance en que hallábase sumido. Las gentes simples, por el contrario, lo tomaron como un signo de la ira de Satanás y eran más entonces los que buscaban sitio debajo de los jergones que a la vera de las puertas. Y así he de advertir que en esto demostraban su poca doctrina, pues no es el Diabolo quien puede actuar sobre los cuerpos celestes, sino sólo Dios. Más como dijo el Filósofo y así lo citó el doctor de Aquino, “*Quod quidam imprudentissimi sunt maxime praevidentes: nam intelligentia horum non est curis affecta, sed tanquam deserta et vacua ab omnibus, et mota secundum movens ducitur*”. Lo que quiere decir que algunos seres muy ignorantes son en muchos casos los más atinados en sus previsiones, pues se está su inteligencia desnuda de cualquier cuidado, y como desierta y vacía de todo, dejándose llevar por Aquél que la guía. Fue por tanto el caso que, errando en la inmediata interpretación de los hechos, atinaron al cabo en las consecuencias.

Mientras allí permaneció Fray Gregorio, fueron muchos los que vieron salir a un brujo que vivía en la ciudad, caballero en una sierpe por sobre los tejados. Y así parece que salieron muchos de aquellos siervos de la corte de Satanás, por hurtarse de esta forma del poder omnímodo de la Palabra. Y unos cabalgaban sobre escobas, y otros sobre cañas o basiliscos, y siendo todas aquellas bestias y adminículos en que iban caballeros muy desusadas caballerías, carentes en algunos casos aún del principio del movimiento, apreciábase al punto que mediaba en aquellos menesteres la proterva mano del Diabolo. Pues como dijo el Filósofo en su séptimo libro de la Física, es menester que todo lo que se mueve lo haga en razón de alguna fuerza: “*omnia quod movetur ab alio movetur*”. También se dice que un cierto hidalgo de aldea, que había hecho pacto con el Maligno, por así salvar su vida, vióse transportado por acción diabólica desde el páramo de León hasta un erial entre Málaga y Cártama, que era tierra de moros, y llamábase el hidalgo Rodrigo de los Santos, y el diablo lo libró de su oscuro destino y le dio allí grandes prebendas. Mas pues la obra de Satanás es siempre incompleta y torpe, no alcanzó a excusarle de la pestilencia, pues el hediondo brillo de su podredumbre se sentía de media legua, y tal, que nadie se acercaba a él de grado. Mas siendo poderoso, vióse rodeado de prosélitos que a pesar del hedor, permanecían a su lado por así alcanzar mundano beneficio.

Más de una jornada permaneció Fray Gregorio en aquella postura que conjugaba el recato de la oración con la arrogancia del desafío. Y fue así que al amanecer Dios el día siguiente parecióle la mañana poblada de símbolos de paz, pues no de otra forma habíase de interpretar el canto de las aves y el sereno fluir de las nubes, y la cálida mano de los rayos de sol que secaban su cuerpo aterido. Pues nunca se siente la paz tan luminosa como después de las tinieblas de la guerra. Y así resolvió Fray Gregorio dar gracias al señor con los salmos que el hermano Francisco nos enseñó para el oficio de Maitines y para el de Prima, que empiezan diciendo:

Domine Deus salutis meae in die clamavi et nocte coram te.

Y terminan:

Quoniam magnificata est usque ad caelos misericordia tua et usque ad nubes veritas tua. Exaltare super caelos Deus et super omnem terram gloria tua.

Y en los que se dice: “Señor, Dios de mi salvación, de día y de noche clamé ante ti. Porque tu misericordia se ha engrandecido hasta los cielos; y hasta las nubes tu verdad. Álzate sobre los cielos, oh Dios; y sobre toda la tierra tu gloria.”

Mas fue su dicha efímera, pues luego que salió de la plaza pudo ver que eran más los muertos y menos los vivos, y que a la clase de los primeros habíanse unido o estaban en el camino de hacerlo muchos de sus hermanos, alcanzando así el martirio en el socorro de los moribundos. Largamente lloró Gregorio aquel engaño del maligno pues llegó a sentir con la luz eterna de la razón (*lumen rationis aeterna*) que mientras él incitaba la ira del diablo contra sí mismo, había éste aprovechado para enfrentarse, felón y temeroso, a los más débiles. Y así sábese desde entonces que es el Cabrón, a más de mendaz, cobarde.»

—Pues mire Don Jacobo, yo no tengo estudios pero soy hombre de campo, y estoy con usted en que la Biología es cosa de mucha importancia. En esto queda mucho por aprender. La mayoría de los bichos pueden hacer más de lo que nos imaginamos. ¿Ha echado usted alguna vez un lagarto a la lumbre?

—La verdad es que no.

—¡Pues brincan que da gusto! Usted echa un lagarto a la lumbre y pega un brinco de dos metros. Y digo yo: si no brincan normalmente será porque no quieren, que poder, sí que pueden.

—Eso debe de ser. Tiene usted razón, en Biología queda mucho por descubrir.

Allí estaba Nicolás, hablando con el viejo Sloman. Cuando entró Pascual con el rector de la universidad lo vio al fondo de la sala. Hablando con el mismísimo Jacob Sloman sobre lagartos saltarines.

—¿En inglés?

¡Cómo va a ser en inglés! El viejo Sloman hablaba un perfecto español con un pausado acento argentino.

—Yo no sabía que Sloman hablara español. ¡Y mira que yo había hablado veces con él! Mi hermano me contó lo de que su madre era argentina y todo eso. Yo no sé cómo hace mi hermano para enterarse de todo.

Más bien era que Pascual Morebro (Sloman Professor) no se enteraba de nada.

—¡Este hombre nunca se entera de nada!

Es triste decir que no se alegró de verle. Desde aquel momento estuvo temiendo, casi adivinando, que su hermano le dejaría en ridículo cuando menos se pensara. Sobre todo por un sentimiento algo complicado que recorría su vida en común. Es cierto que se avergonzaba un poco de algunas de las cosas de Nicolás, pero sobre todo, no se gustaba a sí mismo cuando estaba su hermano delante. No podía evitar comportarse como un niño meón.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Qué sorpresa! ¡Je, je!

—¡Hombre! ¿Cómo me iba yo a perder esto? ¡Ja, ja, ja! ¡Mi hermanito pequeño todo un premio Nobel!

—Era horrible. En aquella sala había varios premios Nobel de verdad. Seguramente no le entendían nada, pero yo me sentía fatal.

Lo peor estaba por llegar. Pascual estaba enseñando la medalla a sus compañeros de departamento cuando el rector anunció que Nicolás Morebro, el hermano del homenajeado, que había venido desde España, iba a decir unas palabras.

—¿En inglés?

Ya le he dicho que en inglés no podía ser.

—¿En español?

Nicolás Morebro avanzó hacia el centro de la sala empujando la silla de ruedas de Jacob Sloman. La silla era eléctrica pero Nicolás la empujaba y el otro se dejaba hacer. Sobre las rodillas del señor Sloman le había puesto un paquete envuelto en papel de regalo, con lazo y todo. Un paquete rectangular, como si fuera un cuadro.

—Buenas tardes. Ante todo, quiero agradecerles su asistencia en este día tan señalado para mi familia. Yo no soy un hombre de letras,...ni de ciencias tampoco, ustedes me perdonarán porque tampoco sé inglés, pero aquí Don Jacobo que es un tío cojonudo, que se dice en mi tierra, ¡Je, Je! se ha ofrecido para traducirles lo que yo les diga.

—¡No me lo podía creer! ¡Dios mío! ¡No me lo podía creer!

—Qué mejor momento para hacer entrega a mi hermano Pascual de este escudo heráldico. El escudo de la familia Morebro, que viene de un rancio abolengo, como se podrá ver inmediatamente.

—“Venga ya la dulce muerte, el morir venga ligero, que muero porque no muero.”

Nicolás había conocido a un tipo que hacía escudos familiares. El hombre se ganaba la vida con eso, y le vendió un par de escudos, después de una minuciosa investigación...

—La familia trae las armas que fueron concedidas por el rey sabio Alfonso décimo al caballero Don Juan Beltrán. El cual, por lo que parece, descabezó tres moros en Zaragoza, con la mala suerte de que en su regreso perdió las cabezas de los moros por un despeñadero y fueron a parar al río. Pero como seguramente era persona muy esmerada, fue por el cauce abajo a buscarlas; por si acaso no le creían la gesta. Y preguntaba en todos los lugares, a todas las gentes y por todas partes si alguien había visto unas cabezas de moro de su propiedad en el río. Esto le hizo tomar por mote lo de caballero “del moro en el Ebro”, que el uso hizo pasar a decirse Morebro, con el posterior reconocimiento real. Y las armas son así: “En campo de sinople, tres fajas de azur y tres de plata ondeadas, surmontadas de tres cabezas de moro con turbante de plata. Las tres chorrean sangre de gules por lo que les queda del pescuezo. Bordura de gules con siete lises de oro”.

Nicolás leyó todo aquello del sinople, y de las lises y todas esas cosas.

—¿Y Don Jacobo las traducía?

Jacob Sloman hacía lo que podía, con su hilillo de voz y su carita descarnada; y Pascual deseaba la muerte con insistencia.

—Yo ya sólo esperaba que el caballero del Ebro ese no hubiese descabezado también algunos judíos.

—¡Hombre no!, los judíos nunca tuvieron dimensión épica. A los moros se les descabezaba, o se les partía por la mitad. En fin, que se les trataba como a caballeros. Pero a los judíos... hasta el Cid les dio unos cofres llenos de arena diciendo que eran de plata.

«Gran parte de sus haberes  
ha gastado el Cid en guerras,  
no halla para el camino  
dinero sobre su hacienda.  
A dos judíos convida  
y sentados a su mesa,  
con amigables palabras

mil florines les pidiera.  
Diceles que por seguro  
dos cofres de plata deja,  
y que si dentro de un año  
no les paga, que la vendan.  
y cobren la logrería  
como concertado queda.  
Dióles dos cofres cerrados,  
entrambos llenos de arena  
y confiados del Cid  
dos mil florines le prestan.»

A los judíos no había porqué guardarles la palabra. En eso no hay cuidado. Con los moros era distinto.

«Espérame, moro Abdalla,  
no demuestres cobardía.”  
A las voces que el Cid daba  
el moro le respondía:  
—Muchos tiempos ha, buen Cid,  
que esperaba yo este día,  
porque no hay hombre nacido  
de quien yo me escondería;  
—Alabarte, moro Abdalla,  
poco te aprovecharía;  
Defiende tú lo que dices  
pues menester te sería.—  
Estas palabras diciendo  
contra el moro arremetía:  
encontróle con la lanza,  
y en el suelo le derriba.»

El caso fue que Pascual tuvo que acercarse a recibir el escudo de la familia, el cual le era entregado por su hermano con toda la ceremonia de que era capaz. A Pascual se le notaba mucho que quería morir. Los asistentes aplaudían como si aquel episodio tuviera algún sentido.

—¿Los premios Nobel también aplaudían?

Ya le digo que aplaudían todos, incluso el presidente de la universidad lo hacía con especial énfasis, y mirando para todos lados como jaleando a los demás. No sé si tenía sentido o no, pero fue así.

—Seguramente ellos se lo sacaban. Esto del ridículo es cosa subjetiva. Tanto puede pasar que uno se sienta elegantísimo mientras despierta la mofa generalizada, como lo contrario.

Pues debió de ser lo contrario. En la portada del periódico de la universidad “*Campus Weekly*” aparecía Pascual, con aquella cara de pena. En una mano, la medalla de oro de la Academia. En la otra, el escudo de la familia.

—“El profesor Morebro, del departamento de Biología recibe la medalla de oro de la Academia Nacional de las Ciencias. Pascual Morebro, titular de la cátedra Sloman de biología molecular y descendiente de una noble familia castellana, cuyo escudo muestra orgulloso en la foto...”

—Se hablaba más del escudo que de la medalla.

Como casi siempre, Pascual terminó más avergonzado de su comportamiento que del de su hermano. Hasta Jacob Sloman parecía orgulloso del linaje de los Morebro.

—¿Pero eso del linaje era verdad?

Seguramente era un timo. Yo creo que a Nicolás le querían vender unos escudos y si para eso tenían que convencerle de que un antepasado suyo descabezaba moros... Tenga usted en cuenta que esto de la ascendencia es muy relativo. Cada hijo de vecino tuvo cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos... Como la progresión es geométrica, y con tres generaciones por siglo, en la época de Alfonso X la parentela de los hermanos Morebro sería de más de dos millones de personas. Alguno descabezaría algún moro.

—Muy probable. Pero entonces, en la época de Cristo los Morebros eran varios billones. ¿Cuánta gente vivía en el mundo?

Ya veo por dónde va, pero hágase cargo de que la misma persona puede ser antepasado nuestro por muchas vías. Con que se casen un par de primos, ya nos ahorramos un montón de antepasados.

—Pues va a tener razón Don Nicolás en que algo tendrá que ver la Genealogía con la Genética.

«Poco pudo hacer Fray Gregorio sino confortar el espíritu de los moribundos y enterrar cristianamente los cuerpos de los muertos. Y así fue como volvió a mudar su ocupación, pues pronto apreció que aquella pestilencia interesaba pueblos, aldeas y ciudades por toda la cristiandad y aún en tierras de infieles, y por todo lo hasta aquel punto descubierto del universo mundo. Mas nunca mostró el padre Gregorio prevención alguna de arrimarse a los enfermos, que con ellos compartía su pan y acercábase a ellos para confortarlos en su agonía, y limpiaba sus heridas con aceites perfumados, para así tornar el pútrido y diabólico aliento de la enfermedad en santo y saludable aroma. Dícese también que jamás en aquel tiempo desapareció el llanto de los ojos de Gregorio pues lloraba con los moribundos y también mientras conducía los cuerpos muertos a su sepultura, y así parece que Dios habíale dotado, como a muchos santos varones del “*donum lacrimarum*”, con el que le era dado el poder llorar por todo el día sin secar su cerebro. Y fue por aquella época cuando Fray Gregorio empezó a recorrer las tierras cristianas con una lámpara en la que quemaba incienso y rozas bienolientes del campo, y en sus sermones se enfrentaba a la desesperación de las gentes tanto como a la superstición que se había adueñado de la Cristiandad, pues una y otra eran los mayores servicios que el mundo hacía a Satanás.

Mudaba lugar Gregorio con mucha asiduidad, pues siempre le pareció haber otras tierras donde pudiera hacer mejor uso de su presencia que en aquella que estaba. Y así era que al llegar a un lugar, siempre encontraba que allí era mayor la necesidad que en aquél que había dejado, pues en cada sitio trataba de convencer a los naturales de que no abandonasen la caridad para con los enfermos y con los cuerpos muertos, y les diesen cristiana sepultura, y no los arrojasen por las ventanas, como muchas veces hacían por así librarse de ellos y de su pestilencia, como quien se libra de los piojos aplastándolos entre los dedos.

Y más, encarecíales que no los enterrasen vivos, pues con tal uso allanaban el camino al Diablo para hacer acopio de almas, pues en el punto en que vense sepultados, pocos hombres guardan la serenidad, y por el contrario, son los más los que caen en la mayor desesperación, y así cometen un pecado que no ha lugar ser perdonado en esta tierra.

Además de los cuidados del alma, encarecíales Fray Gregorio porque no abandonasen los del cuerpo, y que hicieran hogueras purificadoras en todas las casas, y no se acercaran a los enfermos sin un bozal o careta rellena de sustancias fragantes, para así protegerse de la pestilencia, y que no se bañaran nunca por no abrir los poros de su piel a la miasma, y por el contrario purificasen sus cuerpos con el humo de las hogueras en que hubiesen quemado tomillo, romero y espliego. Pues si bien el hombre ha de ser valiente ante las desdichas, no debe mostrar desprecio por el cuerpo que le fue dado como regalo de Dios, y que como dijo el Apóstol, no es humana posesión, sino santuario del Espíritu Santo: *“membra vestra templum est Spiritus Sancti qui in vobis est quem habetis a Deo et non estis vestri”*.»

—Mira sobrinita, aquí están los gemelos de tu padre. ¡En una caja de zapatos los tenía! ¡Qué hombre este! El alfiler no lo encuentro, pero seguro que anda por cualquier sitio.

Nicolás acababa de encontrar entre las porquerías del piso de Pascual, los gemelos de oro con el escudo de la familia que le había regalado. Tenían su alfiler de corbata a juego y todo, pero eso no aparecía por ninguna parte.

—A lo mejor el hombre lo había usado para comer aceitunas.

Puede ser. Marta no hacía mucho caso, parecía absorta en la lectura de la carta.

—Seguramente el episodio del reto al diablo le interesaba más que lo de los gemelos. Debíó de ser un suceso famoso.

Debíó de serlo. Yo no he visto que nadie lo cuente por ninguna parte, pero sin duda fue nombrado durante un par de siglos.

—No está mal.

Eso digo yo, que tampoco hay que traer aquí al caso grandes conspiraciones. Que nadie recuerde a un tipo que vivió hace seiscientos años debería ser lo normal. Si todos hablaran de él sería lo raro, ¿no le parece?

—Y ¿por qué sabe que se habló en ese tiempo?

Sobre el reto al diablo (“el riepto”) hay romances. Seguramente ninguno se conserva completo, pero está claro que el asunto andaba en boca de los juglares por las plazas de los pueblos y por los palacios. Hay muchas versiones...

—No se sabrá usted alguna...

Si, hombre. Le recito un trozo:

«Bien oiréis lo que allí dijo  
El que buena sombra había  
“Yo os riepto el Perro de Averno  
Yo riepto al que no veía  
Que Dios vendrá en mi consuelo  
Si me quitares la vida.  
Y si yo vos la quitare

Al mundo vendrá la dicha”.  
Yo voy con los pies descalzos,  
vos con pezuñas morcillas.  
Yo con el gozo en el pecho,  
vos con soberbia y envidia.  
Volved a vuestras moradas,  
dejad en paz a Castilla  
Que es la palabra del Cristo  
La que os acecha en Medina.»

—Pues no tiene usted mala voz, y le da buen tono.

Muchas gracias. A lo que iba es que el asunto debió de ser famoso aun en el siglo XVI que es cuando el otro fraile escribe al emperador. En este caso está claro que la fuente no son los romances. El fraile lo cuenta de forma muy distinta. En los romances es casi una gesta de caballería.

—Y... ¿de dónde lo saca?

¡Hombre!, del texto ese en latín del propio Fray Gregorio. No ve usted todas las referencias bíblicas y todo el rollo ese escolástico de las causas finales, la cita de autoridades para sustentar los argumentos y...

—Pero eso lo podía haber metido el fraile del siglo XVI.

No creo, apenas hay citas posteriores a la época de Fray Gregorio. Está claro que el fraile nuevo no tiene el nivel cultural del viejo. No digo que fuese un ignorante, entiende el latín y todo eso, pero no era un maestro de teología ni nada aproximado. Se ve que en las partes más intrincadas es muy literal al texto de Gregorio, y ahí no pasa de Guillermo de Ockham.

—Vamos, que la carta es un plagio.

Seguramente si Carlos V hubiera sabido latín se la hubiera mandado sin más. Lo que hizo fue rehacerla un poco en vez de traducirla literal. Con la Biblia no se atrevió porque podían tacharle de luterano. El textual bíblico lo dejó en latín, y de paso, hizo lo mismo con las citas de los filósofos. El objetivo principal de todo ese despliegue es dejar muy claro que Gregorio de Berbería era poco menos que un santo. En eso, el fraile nuevo no regatea esfuerzos. Trata de evitar todos los asuntos caballerescos que aparecen en los romances, y se ciñe al punto de vista que presenta el propio Gregorio en el texto escrito; probablemente en su senectud, y desde un monasterio cisterciense, en el que pretende meter en el compás de la doctrina todo lo que ha hecho en su vida.

—Que, según parece no es poco...

Es muchísimo. Pero en la época del Emperador, había para pocas bromas con las cosas de la doctrina. El fraile nuevo trata de no dejar dudas sobre la virtud y hasta la limpieza de sangre de Gregorio

—Pero era moro o no era moro.

Por lo que yo sé, era hijo de una familia de conversos del norte de África.

—¡Moro!

Bueno, sus padres fueron de los que convirtió Raimundo Lulio en Túnez. Musulmanes o judíos que cayeron en las redes del “*Ars Magna*”. Lo que quiere decir que a cuenta de haber dado vueltas a ciertos engranajes de figuras perfectas, como el triángulo o el círculo, conocieron sin duda alguna que Dios era uno y trino a un tiempo.

—¡Qué cosas cuenta usted! En fin que fueron convencidos racionalmente de la Verdad del cristianismo.

Efectivamente.

—Eso explica muchas cosas. Tal vez Gregorio tenía ya una cierta formación teológica cuando llegó a Montpellier.

Sin duda. Al menos debía de estar muy puesto en las artes liberales: todo eso del “*Trivium*” y el “*Quadrivium*”.

—Pero, ¿por qué en la carta no se habla de eso?

Bueno, Raimundo Lulio no era una buena recomendación. Era un terciario franciscano un poco raro. Es posible que se citara en la obra en latín de Gregorio, pero el fraile anónimo prefirió omitir la referencia en la carta al Emperador. Incluso, si nos fijamos bien, en el extracto del sermón de los dos caminos se refuta la teoría luliana de identidad entre Filosofía y Teología.

—¿Condenada por la Iglesia?

Sí, aunque formalmente no lo había sido aún, el fraile nuevo no quiere dejar lugar a dudas; así que lo que añade por su cuenta al texto de Gregorio es precisamente ese sermón. Podía pensar que el emperador tal vez manejase otras fuentes, y quería rebatirlas por si acaso. ¡Vamos!, que quería curarse en salud.

—Sobre todo, para no reconocer que Fray Gregorio no era cristiano viejo.

Seguramente.

—Pues mintió al decir que Gregorio pasó a berbería de mozo.

Mentira o subterfugio: pasó a berbería, pero no por primera vez. “Subterfugio jesuítico” se llama eso. Lo usa quien odia mentir pero teme las consecuencias de la verdad. Gregorio debió de ser predicador antes que fraile, por decirlo así. En su juventud, tal vez siguió la huella de Lulio convenciendo a infieles. Por eso hablaba tantas lenguas cuando llegó a Montpellier.

—Y aunque Lulio había estado en Montpellier, y tal vez quedaban por allí discípulos suyos para acoger a Gregorio, el fraile prefirió citar a San Roque, el del perro.

El del perro, sí. Es una figura más amable, que a nadie preocupa. Un santo analfabeto siempre es buena referencia.

—Ya veo. ¿Y por qué ese afán de dejar bien a Gregorio ante el Emperador?, ¿por si sacaban sus huesos de la tumba para quemarlos?

Por razones de Estado que se diría ahora. Ya verá como todo queda más claro si Marta termina de leer la carta. El caso es que seguramente la versión traducida y retocada en el siglo XVI se empeña más en dejar bien a Fray Gregorio, que el propio texto original.

—Claro, él sería más modesto.

Eso lo puede usted dar por seguro. El manuscrito en latín de Fray Gregorio sería mucho más austero. Seguramente era un texto escolástico con más pretensiones filosóficas que biográficas.

—Ah, ese manuscrito que apareció de una forma tan curiosa que usted no nos lo quiere contar.

¡No hombre! Yo le cuento lo que quiera, que para eso estoy. Sólo decía que igual se salía algo de la historia. Aunque es cierto que eso ya importa poco.

—Pues cuéntenos, que estamos impacientes.

Bueno, el propio fraile resume el episodio en una carta a un compañero de la congregación, así que si le parece pongo por aquí la parte que interesa y me ahorro explicaciones.

—Y yo se lo agradezco.

«...Pues fue entonces que vinieron a hacerme una consulta bien desacostumbrada de parte de un hombre rico que habíase unido a la Orden Tercera de Hermanos de la Penitencia. El hombre, por lo demás piadoso y en extremo temeroso de Dios, decía haber tomado bula por la que le era dada la potestad de comer carne en tiempos de Cuaresma.

Como fuera que otros hermanos le habían hecho dudar de la tal bula, habían dado en traerme la consulta pues era fama que yo tenía cierto saber del asunto. Era el caso que el hermano compró aquella bula en un lugar de La Sagra de Toledo, tras concurrir al caso la circunstancia de que un alguacil que negó su autenticidad anduvo revolviéndose por el suelo, echando espumajos por la boca y haciendo todo lo que no hiciera quien no tuviese al Diabolo en el cuerpo.

Esto lo tomaba el hermano por la más pura demostración de la verdad de la bula. Mas siendo el caso que algunos hombres doctos a quienes se la había mostrado dudaron de su verdad, venía a mí a enseñármela porque yo le aconsejase. He de decir sin mayores preámbulos que la tal bula era más falsa que los milagros de Mahoma, y tanto es así que la historia del dicho engaño ha sido recogida en un libro que se dice “La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades”. El cual no ha mucho que fue hecho imprimir.

Mas comoquiera que el hermano no quedara del todo convencido fue a buscar al buldero que húbole vendido la bula, y éste díjole que tan verdadera era aquella bula que él guardaba un texto donde se contaba su historia. Y que el tal texto era escrito en lengua latina por un afamado maestro de Sagrada Teología, y traía consigo el texto las citas de toda la caterva de filósofos y aun de las Sagradas Escrituras; de tal forma que quien lo leyese no habría hospedaje para la duda. Tras rogarle con instancia, el buldero vendióle el texto al hermano, pues éste no conocía el latín y quería traérmelo a la vista para ver de convencerme. No pocos dineros hubo de pagar de nuevo al buldero por aquel texto, mas no diré yo que fuesen en este caso tan malgastados; pues si bien allí no se trataba de bula alguna, traía el texto la historia de Fray Gregorio de Berbería trazada de su propio puño y letra.

Cómo es que llegó el dicho texto a manos de aquel buldero estafador es asunto ajeno a mi conocimiento. Más no debe de ser sino la copia que el propio Fray Gregorio guardó de su carta al Emperador.»

—Pues sí que es curioso. Parece que en España siempre hubo tontos y nunca faltaron los listillos.

En España y en cualquier parte, los segundos no tienen mucho que hacer sin los primeros.

—Y, ¿Por qué no metió el fraile esa historia en la carta? ¡Con lo que le gustaba irse por las ramas!

Muchos franciscanos eran bastante críticos con el asunto de la venta de indulgencias. Tal vez le pareció un tema espinoso. Igual empezabas hablando de una bula falsa y terminaban acusándote de luterano. Fíjese que el autor del Lazarillo tampoco firmó la obra, y el asunto ese del buldero se retiró de muchas ediciones, al menos en parte.



## VI

—Bueno Marta, he reservado un hotel razonable. No esperes gran cosa que esta zona no es de mucho turismo.

Hacia un buen rato que Marta había perdido el tren de la tarde.

—Vale, pues cuando quieras nos vamos.

Había entrado en una especie de trance, y se dejaba llevar por los acontecimientos. No era nada raro. A ella le pasaba a veces que le daba pereza pensar en todo lo que había a su alrededor. Entonces soltaba las riendas de su vida o las dejaba en manos de otros y claro, normalmente el borrico la llevaba a la querencia del establo. El borrico esta vez era, con perdón, su tío Nicolás.

—Tío, y ¿tú por qué crees que mi padre se interesó tanto en la Religión al final? Tú sabes que a él esas cosas no le iban.

—No sé, lo de la carta esa... No creerás que yo hice mal...

—No, tío, deja ya ese tema. Es que... no sé, me recuerda a lo de Nando.

Nando, el ex marido de Marta había tenido un accidente y, como consecuencia, se había convertido en una persona mística. Lo que quiero decir es que se dio un golpe en la cabeza y empezó a amar a Dios sobre todas las cosas.

—¡Qué barbaridad!

No me diga que no le suena, ¡si salió hasta en la prensa!

—Pues no caigo.

El equipo de neurología que le trató publicó un artículo sobre el caso en una revista científica de mucha relevancia. El artículo se titulaba: "*Mystic awareness after post-traumatic temporal-lobe seizure*".

—Pues ya le digo... es que yo el inglés...

No, pero la noticia la recogieron los periódicos.

—Igual, si me traduce el título...

Bueno, es algo como "Conciencia mística tras un espasmo postraumático en el lóbulo temporal".

—Ah, no hay como el español para tener seguridad de que uno no entiende algo

Un tipo se clava en la cabeza la manija de la cisterna del baño y al cabo de un mes empieza a sentir la presencia de Dios por todas partes.

—¡Qué cosas!

Pues pasa mucho, aunque usted no lo crea. La epilepsia del lóbulo temporal produce ese tipo de cosas. Ideas místicas y trascendentales.

—¿Por caerse en el retrete?

Tampoco fue una caída sin más, Nando estaba arreglando la lámpara del techo, y se le resbaló la escalera. Fue a dar con la cabeza en la manija esa, que salía como el tolete de una barca por un lateral de la cisterna. El golpe fue de órdago, se astilló el cráneo y todo.

—También fue mala suerte.

Sí, parecía que no había pasado gran cosa pero al cabo de un tiempo le vinieron los espasmos, y el episodio de la telenovela, y también parece que hablaba sin parar y que no entendía nada de lo que se le decía.

—Pero eso, a lo mejor ya le pasaba antes.

Sí, hay gente que es rarita de natural, y cuesta diagnosticarle las lesiones cerebrales por eso. Pero lo de la telenovela no era normal.

—¡No me diga que no me lo va a contar!

Sí, hombre. Nadie había notado cosas muy raras en Nando. Bueno, un poco sí, pero nada muy alarmante. Hasta que un día estaba en el salón viendo una telenovela. “Licenciado Carlos Manuel; llegó el momento de decírselo. Su padre nunca le abandonó a usted, porque yo soy su padre.”

—Hasta ahí normal.

Si, pero entonces el personaje abandonó el televisor, era una imagen brillante, con una túnica blanca: “yo soy Dios Padre, Nando, y nunca te he abandonado”.

—¡¡Joder!!

Marta estaba en la cocina.

—Casi siempre me tocaba a mí recoger las cosas, y desde el accidente, mucho peor.

Se asustó muchísimo.

—Tampoco era para menos.

Desde luego. El caso es que Marta llamó al neurólogo y éste le dijo que fuesen corriendo para allá.

—En quince años de ejercicio de la profesión yo no había tenido la oportunidad de ver a un epiléptico del lóbulo temporal en un episodio agudo de misticismo.

—Señora, usted perdone, el doctor Andrade tiene una urgencia y no podrá atenderla esta tarde, pero dice que siga con lo que está tomando que le irá bien.

—Ya, pero es que se me están acabando ya las pastillas esas de color rosa...

—No se preocupe, que yo le paso la receta a la firma. ¡Está usted estupenda! Ya verá como pronto se da cuenta de que las pastillas son azules.

—¡Ay! No sabe usted cómo se lo agradezco.

El caso es que Marta pensó que a lo mejor su padre tenía algo como lo de Nando.

—Papá también se clavó un hierro en la cabeza una vez, ¿no?

—¡Pues no hace años de eso Marta! Si yo todavía tenía el taller de Vicálvaro.

—Pero le dio fiebre y todo ¿no? Igual luego le vinieron las “*seizures*” esas y nadie se enteró, como siempre estaba metido en el laboratorio...

Daba gusto oír a Marta pronunciar el inglés. Por eso nunca le faltó trabajo. Se notaba enseguida que lo aprendió de pequeña en el colegio aquel de los niños listos de padres listos. De mayor, la gente ya no coge ese acento, por más que se empeñe.

—¡Qué iba a tener mi hermano “sises” de esos! Tu padre tenía la cabeza sobre los hombros... ¡Y no me hagas hablar!, ¡que no lo quiero comparar con nadie!

No se refería a Nando. Nicolás no podía soportar que dijeran nada malo de su hermano, y no aguantaba al tipo aquel que hacía esculturas con pasta de papel, “el amigo de mi cuñada”, que decía él. Pero Marta se quedó callada. Seguramente no porque pensara que hablaba de Nando.

—Pues me da tiempo a leer un poco más antes de irnos ¿verdad?

—Si, claro, tú lee, lee y verás.

«Parece que fue en algún lugar cerca de Zaragoza donde encontrábase Fray Gregorio dando cristiana sepultura a una familia de desdichados, cuyo hedor apreció desde el camino que limitaba la casa, cuando hubo lugar el famoso episodio de los flagelantes. Pues tal como sucedía en otras partes ya no quedaba un palmo de tierra consagrada donde enterrar los cuerpos, había Fray Gregorio ampliado el cementerio, quitando algunas de las piedras del muro y colocándolas en círculo, junto con otras que traía de las casas derruidas que no faltaban nunca en los alrededores, pues muchos eran los que quemaban las de los muertos sin esperar a veces a que terminasen su agonía dentro de ellas. También había construido una especie de exiguu *“gestatorium”* con dos palos largos de carrasca, no del todo rectos, que ceñía a su cintura con el cordón del hábito, para así poder arrastrar los cuerpos hasta el camposanto. Sobre aquel ingenio pendía la lámpara que le servía de incensario, y que malamente podía disimular el hedor de los cadáveres.

Así cruzóse Fray Gregorio con la dicha procesión de flagelantes, que era una de las muchas que en aquellos años se hacía a los caminos; pues ya tengo dicho a Vuestra Sacra Majestad que no pocos eran los que atribuyeron aquella gran mortandad a la ira de Dios por los muchos pecados de los hombres, o aun por lo que entendían como errores de la Santa Iglesia, con lo que encontraban muy puesto en razón, y aun conveniente y necesario el abrirse las carnes con látigos y penitencias, para así mortificar el cuerpo, pues pensaban con ello dar grande satisfacción a Nuestro Señor. Fray Gregorio, que iba inclinado arrastrando la camilla y además llevaba puesta la capucha del sayo, y una máscara de trapo con hierbas aromáticas, no torció su camino ni levantó la cabeza al cruzarse con los disciplinantes, que casi todos ellos iban en pelota o aun sin camisa y se golpeaban a cada paso con mucho gusto las espaldas. Y tampoco se turbó Fray Gregorio cuando algunos de aquéllos le gritaban *“Penitentiam agite”*, y profirían descomunales insultos y blasfemias, pues eran muchos los disciplinantes que despreciaban tanto a la Santa Iglesia Católica cuanto a sus representantes, y habían caído en la herejía de pensar ser la pestilencia fruto de la degeneración de la Iglesia.

Pero era el caso que venían aquellos flagelantes con un clérigo apóstata, quien se acercó a Fray Gregorio para increparle diciendo: “¿Eres tú ese Gregorio de que hablan todos?, ¿el berberisco?, ¿el que hizo pacto con el Diablo para librarse de esta gran mortandad, y dice ser servicio diabólico la Santa Penitencia?”. Retiró Fray Gregorio la máscara y la capucha de su rostro, y así dejó ver sus negros ojos y su oscuro semblante bañados en llanto, y con voz tenue dijo: “yo sólo soy un grandísimo pecador”, y añadió en lengua latina la frase de San Agustín: *“Initium quippe omnis peccari superbia”*, diciendo con esto que es la soberbia el principio y causa de todo pecado. Pues también nos advierte el Doctor de la Gracia, y lo proclama el de Aquino, que la soberbia, así como la envidia, son los pecados del Diablo, que aun no siendo borracho ni fornicador, adquiere por arte de tales protervos defectos el mayor grado de maldad *“Diabolus non est fornicator aut ebriosus, neque aliquid huiusmodi, est tamen superbus et invidus”*. Y habló así Fray Gregorio pues pensaba entonces que su diligencia de retar al diablo había sido un acto de soberbia que había dado ocasión al maligno para cebar su cólera con los más débiles. Mas los disciplinantes, que tampoco andaban sobrados de latines, tomaron aquella frase por un insulto hacia ellos y empezaron a amenazar al de Berbería con sus látigos y azotes, y si algo se demoraron en

su aplicación fue por ser Gregorio hombre correoso. A lo que se dice, de hasta ocho pies de altura en medida castellana, lo que viene siendo una descomunal grandeza. Y a quien el mucho sufrimiento y la mucha miseria conferían, según se mirase, un aspecto falsamente feroz. Mas luego que cataron su mansedumbre prestáronse a descargar sobre él sus azotes, con mayor aplicación de la que obtenían sobre sus propias carnes, pues si al azotarse ellos mismos utilizaban las sílabas de los salmos como rosario para no perder la cuenta, sobre Fray Gregorio no hubieron menester industria semejante. Y con tanto aprovechamiento le azotaron que dieron con él en el suelo; y fue la circunstancia que como iba Fray Gregorio uncido a las andas con que transportaba su lóbrega carga, al caer salió escupida la lámpara en que ardían las hierbas, las cuales fueron a prender las barbas de algunos de los disciplinantes, así como las del propio Gregorio y las del muerto que transportaba. Y pues el arder de las barbas, sobre todo si son propias, distrae mucho a los hombres de sus inmediatos intereses, pues no hay ninguno que tome con paciencia el trabajo de apagarlas, dejaron desatendida la aplicación de los azotes, y una vez sofocado el fuego, siguieron su camino dejando a Fray Gregorio molido, chamuscado y exánime.

Sucedió después que estando los disciplinantes en la aldea, donde es menester decir que nadie había hecho mucho caso a las prédicas de Fray Gregorio, llegó hasta allí la noticia de que aquellos flagelantes habían muerto al “Páter”, como así habían dado en llamarle, y fue de esta forma como después de chamuscados, viéronse los flagelantes corridos por las gentes del pueblo, que iban con varas y con artes de labranza. Mas, bien se veía que aquellos flagelantes que tan de buen grado recibían los azotes propios no excusaban fuerzas para librarse de los ajenos, pues los hubo que corrieron más de tres leguas sin tomar aliento. Mas no tuvo tanta fortuna el apóstata, pues tras verse acorralado en la puerta de la iglesia donde íbase a refugiar y la cual halló cerrada, empezaron a lloverle golpes de vara y de tranca que no pararon hasta separarle el alma del cuerpo. Quiero decir que lo mataron. Y sin juramento me podrá creer Vuestra Majestad, pues es grandísimo conocedor del ánimo y la ánima de los españoles, que aquellos aldeanos fueran harto más diligentes en matar por un caudillo de lo que lo habían sido en obedecerle.»

Marta se iba convenciendo cada vez más de que su padre había sido víctima de los “*seizures*”.

—Diga usted “espasmos” que queda más castellano.

Tiene usted razón.

—O “convulsiones”.

Casi mejor, “convulsiones” suena más clínico. El caso es que Marta estaba prácticamente segura de que le había tocado vivir el segundo caso de epilepsia postraumática con consecuencias místicas entre sus familiares más próximos.

—Y mira que es raro eso.

Sí, pero es que el texto se parecía cada vez más a la biografía de Fray Escoba, y menos a un trabajo científico como los demás que leía su padre.

—También leería otras cosas.

¡Nunca!

—Jamás vi a mi padre leer una novela.

—Con lo que me cuesta a mí fundamentar cualquier afirmación en un artículo científico, y llega un cantamañanas y se saca de la manga quinientas páginas de sandeces, y queda como un señor.

A Don Pascual las novelas le parecían un timo, incluso parecía que le molestaba ver que la gente las leía.

—Hay hasta quien se cree una persona culta por haber leído muchas novelas. Cuando yo era pequeño, las novelas eran un entretenimiento de chachas.

Es raro que alguien cambie tanto. Pero Nando tampoco se había interesado nunca por la Religión. Al menos, no especialmente.

—Yo creo que algo tiene que haber, pero yo lo veo más como una energía que está detrás de todo... Mira, el otro día una mujer salvó a su hijo moviendo un mueble de más de cien kilos...

—¿El dios de Spinoza?

—¡El dios de los tontos! Tu Nando creía en Dios a lo tonto, como todo lo que hacía. Ahora... bueno, ahora ya no sé qué decirte, pobrecillo; pero tú no puedes seguir así.

También la madre de Marta había empezado de repente a hablar de Nando en pasado, como si hubiese muerto. Casi todo el mundo hacía eso sin darse cuenta. La propia Marta había vivido esa sensación extrañamente.

—Sentí que el hombre que vivía conmigo ya no era Nando. Nando había muerto.

De la noche a la mañana empezó a añorarlo. Tal vez si hubiese muerto de verdad habría tardado más en asumirlo.

—Cuánto le gustaba a Nando esta canción.

Hasta le echaba de menos, aunque aquél hombre estuviese a su lado en la cama.

—Cómo me hubiera gustado ir con Nando de viaje este verano.

Llegó a idealizarle, como a los muertos queridos.

—¡Era tan dulce cuando me llamaba Martela!

Pero es que el hombre aquel no se le parecía en nada.

—¿Ya no la llamaba Martela?

Curiosamente había dejado de hacerlo. No parecía que sufriera; por el contrario sonreía beatíficamente todo el rato.

—¿Como el Dalai Lama?

Parecido. Y estaba sin duda absorbido por sus piadosos pensamientos. No era capaz ni de beber agua sin sentir a Dios.

—Tenía sed y noté como el agua entraba dentro de mí para devolverme la armonía, sentí todo el recorrido del agua hasta mi piel.

El mundo había pasado a tener intenciones. Lo que para cualquiera no pasaba de ser una trivialidad, al pobre Nando le conectaba con el Altísimo.

—Claro, y la pobre Marta pensó que a su padre le había pasado lo mismo.

Evidentemente. ¿A qué si no cambiar su vida por una historia como ésa? Que si enterrar cristianamente a los muertos, que si soy un pecador cargado de soberbia... No me diga que no era una cosa rara; para quien conociera a Don Pascual, sobre todo.

—Sí, ya veo.



## VII

Por fin, Don Nicolás y su sobrina durmieron en un hotelito sencillo pero limpio, en un pueblo a unos quince minutos. Ellos llegaron en cinco. Marta iba en el asiento de al lado pisando el freno inexistente todo el rato.

—Si no he pasado de ciento treinta, Marta, si ya con esto de los radares...

—Tampoco has bajado de ciento treinta, ¡ni en las rotondas!...

—Bueno, ahí no hay radares. ¡Je, Je! Y este coche va de cine. ¿Eh? Sobrevira un poco si le das caña, porque es de propulsión trasera, pero a algunos nos gusta eso. ¡Je, Je!

Nicolás Morebro llamaba sobrevirar a tomar las curvas como una peonza. El eje delantero pegado a la mediana, y el trasero bailando alrededor. De todas formas, con su sobrina se cortaba mucho, aunque ella pensara que no.

—Con las chicas hay que conducir de otra manera. Sobre todo si son decentes, ¡Je, Je! Con las golfas, se conduce a lo golfo también.

Don Nicolás reservaba una sorpresa a Marta para la mañana siguiente. Seguramente desagradable.

—Para mañana hemos quedado con el tipo raro ¿te acuerdas?

—¿Yo también he quedado?

—Tú sobre todo. Mira, ese hombre habla de un montón de cosas, y a mí me calienta la cabeza. Yo no sé si tiene razón o no, pero seguramente tú le entiendes mejor, que tienes estudios y...

—¿Por la mañana?

—Sí, como en este hostel no dan desayunos, él dice que nos invita en su casa.

—¿Nos vamos a meter en casa del tipo ese tan raro?

—¡En peores plazas he toreado yo! Tú no te preocupes que de otra cosa no, pero de tipos raros...

—¿Y qué nos quiere contar?

—Me dijo que no te lo dijese todavía, pero, en fin, no voy a guardarte yo un secreto a ti para dar gusto al chico ese.

—¿Tiene que ver con mi padre?

—Él dice que tu padre tenía la clave para descubrir un tesoro. No sé. Por eso quiere ver la carta.

—¿Un tesoro? Eso es todavía más raro que lo del cura ese.

—El de la tumba del Moro Alcanfor, creo.

—Será Almanzor.

—Eso será, ¡tú ves como tienes que venir!, yo no entiendo de esto.

—Yo tampoco.

—No digas tonterías, tú hasta conoces al moro ese y todo. A mí tanto me da alcanfor como alcachofa. Yo de moros no entiendo.

—Bueno, a ver qué nos cuenta mañana este hombre.

Marta se quedó algo extrañada. En su habitación del hostel encontró algo de la soledad que le hacía falta, y decidió volver sobre el manuscrito. Repasó las páginas anteriores, por si se le hubiese pasado alguna referencia al moro Almanzor y su época. Después siguió leyendo.

«Debió de haber permanecido Fray Gregorio en aquel letargo por muchas horas; y como así dijo el Poeta que el sueño es pariente cercano de la muerte (*“consanguineus lethi sopor”*), muchos de los que por allí pasaban lo adivinaban en el mismo estado que el cuerpo junto al que yacía. Mas acertó a cruzarse con los yacentes uno de los que habían acompañado a Fray Gregorio hasta Medina del Campo, y que había seguido su consejo de no entrar en la ciudad. Y era este cristiano un mercader de lanas llamado Pero Guzmán, natural de Valladolid, el cual había vuelto a su tierra, con la mala fortuna de haber, por razón de aquella gran mortandad, perdido a la familia que le había dado razón para abandonar a Gregorio. Viéndose así huérfano de toda secular ligadura, repartió sus riquezas, que no eran pocas, entre los pobres y salió a buscar a Fray Gregorio para unirse a él y servir a Dios y a los hombres en su compañía.

No era difícil seguir el rastro del Páter por aquellas tierras, pues todos se hacían eco de su buen discurso y su caridad para con los apestados. También el dicho Pero Guzmán dio por muerto a Gregorio luego de verlo, mas pues su prevención hacia los difuntos no era tamaña como la de los demás hombres de aquel tiempo —temerosos todos de la mortandad— se acercó a él y al punto apreció que no era su cuerpo frío como el de los muertos, sino por el contrario, víctima de una desmedida calentura. Desde aquél momento, compartieron Pero y Gregorio un mes de vida, que fue el término en el que curó Gregorio de la calentura y enfermó y murió Pero de la pestilencia.

Por aquel Pero Guzmán tuvo noticia Gregorio de algunos hechos notables del momento. Así fue como pudo saber que un judío interrogado en Ginebra por el duque de Saboya, y al punto que le fueron mostrados por segunda vez los instrumentos de la tortura, prestose a jurar por los cinco libros de la Ley Mosaica haber envenenado las aguas en muchas ciudades cristianas, y que así lo habían hecho muchos otros de su rastrera condición judaica, que habían traído la ponzoña, en forma de polvo, en saquitos de cordobán desde Toledo. Y que la tal ponzoña hacíase mezclando sangre de niños cristianos con hostias consagradas y algunas otras sustancias sólo de ellos conocidas. Y de tal manera quedaba dispuesto aquel elixir, que bastaba una porción tamaña como un grano de mostaza para envenenar las aguas de un pueblo entero. Así que era desde aquel punto aceptado muy comúnmente que la gran mortandad que era entre las gentes no venía siendo sino la expresión de algo que estuvo en potencia propincua desde el principio de los tiempos en la secular ignominia judía. Mas no era esto sino el decir de la gente común, pues el Papa Clemente, viendo que la pestilencia alcanzaba lugares en que jamás había morado judío alguno, habíase hecho rodear en su aposento de Aviñón por grandes hogueras de incienso, por si fuera cierto, como así afirmaban los maestros de la Medicina de París y de Montpellier, que la mortandad discurría por el aire más bien que por el agua. Aún sin perjuicio de tal parecer, en Basilea encerraron a todos los judíos en un edificio de madera y allí los quemaron vivos. Y en muchas otras ciudades, miles de ellos fueron acabados de muy diversas formas.

También por Pero Guzmán pudo saber Fray Gregorio de las últimas noticias de aquél a quien llama su hermano Rocco, el cual ha sido ya venerado por Pablo III como santo, aun no siendo hoy la fecha en que recibiera la canonización romana. Y así supo que aquel santo varón había recibido del Espíritu Santo la gracia para apartar la pestilencia de cuantos a él se acercaban. Y que había hecho un muy grande uso de aquella gracia, pues era fama que había recorrido toda la Italia limpiando de aquel horrible mal a cuantos encontraba a su paso. Mas no había alcanzado a excusarse a sí mismo de él, pues en la ciudad de Piacenza encontrase enfermo de mucha gravedad, con lo que resolvió retirarse al bosque para no hacer partícipes de su mal a las demás gentes, y allí vivió de la caridad que Cristo le hacía llegar por medio de un perro que le alimentaba y lamía las heridas. Es por ello que se dice desde entonces, que quien trate cruelmente a un can no ande luego buscando el favor de Fray Roque al columbrar el azote de la peste. No obstante esto, el hermano Roque había dado su alma a Dios aquel verano. Al saberlo, sintióse apenado Gregorio por el triste destino de su hermano, mas a un tiempo sintió una santa envidia por aquél que recibió la gracia que el cielo tuvo a bien regatearle a él, la de curar a los hombres o morir con ellos.

No fueron pocos los que maliciaron de la extraña salud de Gregorio. Pues si a muchos bastaba con acercarse a diez pasos de los enfermos por la mañana para reunirse con sus antepasados por la noche, nuestro hermano Gregorio jamás temió limpiar sus heridas o acarrear sus cuerpos muertos, y nunca pareció estar al alcance de la mortandad. Y pues ninguno podía persuadirse de que tal valor reinase en corazón de hombre, fueron muchas las patrañas que contra el Páter se levantaron. Que algunos decían que usaba de artes diabólicas, y hasta que aquel Gregorio no era sino el Judío Errante, condenado, por tanto, a vagar sin encontrar la muerte hasta la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo. Y para esto decir encontraban causa en que nadie sabía de él sino que venía de la Berbería, siendo además hombre instruido en muchas lenguas, y que había recorrido los reinos de Aragón y de Francia, y aún La Sicilia y La Toscana, y que no eran conocidos sus padres o su patria, ni él hacía mención de ésta o de aquéllos. Y también porque siempre buscaron excusa para suponer en su sangre mezcla de alguna raza malsonante.

Era así que mientras unos le juzgaban hombre santo y valedor de la gracia de Dios, otros le sentían siervo del Diablo. Y era la cuestión que para lo uno y lo otro eran parte los mismos hechos, que son los que hacían caso a la excepción que Natura parecía dispensarle en aquello de la pestilencia. Y esto era así, pues es sabido que hace Naturaleza excepciones a sus leyes en ciertos casos de pacto diabólico. Mas lo es igualmente que si un hombre hubiera sido elegido por Dios para una postrer hazaña en esta tierra, nada le pasara, así que todos los diablos se ayuntaran en una redoma y él la bebiera.»

Marta pasó la noche algo alterada. Se había despertado varias veces sobresaltada por sueños extraños. Parece que su mente había trazado un cierto paralelismo entre Gregorio de Berbería y Nando. No se dio cuenta mientras estaba despierta, pero le había puesto a Fray Gregorio la cara del pobre Nando.

—¿Con gafas y todo?

Es posible. Todos aquellos diablos que andaban sueltos por el manuscrito, y la dosis masiva de religión no le sentaban bien. Todavía estaba reciente lo de Nando. Sin embargo, aquel frag-

mento le había abierto una cierta esperanza sobre el posible interés de su padre. Una esperanza de que no estuviese loco o tuviera lo de Nando. De que no hubiese dejado de ser el científico descreído de siempre, para convertirse en un fanático religioso al final de su vida.

—¿En ese texto?

Bueno, en realidad al margen. Había una anotación de su padre a mano y en inglés: "*Yersinia Pestis cannot survive over 41 °C*". Junto al comentario de las grandes calenturas que padeció Gregorio. Nadie le había comentado a Marta que hubiese anotaciones de su padre en el texto.

—Nadie las entendería. Les pasaría como a mí.

Bueno, parece que el profesor Morebro había estado buscando una explicación para el hecho de que Gregorio de Berbería no muriese a causa de la Peste Negra. Según se ve, la bacteria que la causa no sobrevive a más de cuarenta y un grados, y si Gregorio tuvo tanta fiebre...

—Mató al bicho.

Eso es. Y a la larga, esa exposición previa podría haber actuado como una especie de vacuna.

—Pues tiene gracia que los flagelantes aquellos en vez de cargárselo le curaran. Porque la fiebre le vino de las heridas ¿no?

Supongo, pero lo principal es que Marta empezó a pensar que su padre estaba interesado en explicar científicamente el hecho de que el Páter no enfermase.

—“La excepción que Natura parecía dispensarle en aquello de la pestilencia”

Exacto. Lo esencial para Marta era que su padre estaba hablando de bacterias y temperaturas; de sus cosas, no como el pobre Nando. Pascual no había glosado las partes religiosas del texto, sino una que podía señalar a una causa natural. ¡Era el de siempre!

Por la mañana, en la soledad de su habitación, Marta decidió que ya sabía todo lo que podía interesarle sobre el asunto. Su padre se había tomado el texto como un conjunto de datos biológicos y ya está. Tendría que ir a ver al chiflado aquel de la tumba de Almanzor, pero trataría de irse pronto. Tampoco llevó muy lejos sus pensamientos. No le dieron mucho tiempo. Desde la ventana, vio que su tío estaba fumando en la acera junto al tipo raro.

—¿El tipo raro también fumaba?

No, ni fumaba ni bebía. El tipo raro sólo hacía... Bueno, las cosas que hacen los tipos raros.

—¡Buenos días preciosa! No te he presentado a Mariano, es un tipo un poco raro pero buena gente, ¡Je, Je! Mira Mariano, esta es mi sobrina Marta.

—Encantado de conocerla, señorita.

—Buenos días, Mariano.

—Me he tomado la libertad de invitarles a ustedes a desayunar en mi casa. Así probarán las cosas típicas de la zona. Y podremos admirar el manuscrito. Espero, señorita Morebro, que me haga usted el honor...

—Muchas gracias, no me llame señorita. Si es por aquí cerca... yo no tengo intención de quedarme mucho. El manuscrito no tiene mucho que mirar, ya le daré una fotocopia.

—¡Je, Je! Ten cuidado, Mariano, que ésta es tan lista como su padre... Y encima, mujer.

—Disculpe usted, como la veo tan joven... Llegamos enseguida.

—Si vamos en mi coche, seguro, ¡Je, Je!

—Tendrá usted que seguirme, he traído el mío.

—Haré lo que pueda, ¡Je, Je!

Mariano vivía en una vieja casa de pueblo con su madre, al parecer, viuda. La madre tenía maneras de criada. Los trataba a todos con reverencia, incluso a su hijo. Es posible que no se comportase así en privado con él, pero transfería el estilo que usaba con aquellos huéspedes que estimaba importantes.

—Mamá, mañana vienen los familiares de Don Pascual. Ya sabes lo importante que es esto.

—Sí hijo, te he planchado la corbata que te trajo tu tío de Zaragoza.

—No hará falta, pero te lo digo para que no saques temas tontos de conversación.

—Ya, hijo, ya.

Presidía la cocina una chimenea de gran tamaño decorada con azulejos algo pasados de moda pero no antiguos. En el centro, una pesada mesa de sábana, surtida de no menos sólidas viandas esperaba a los invitados.

—En verano cocinamos en el butano, si no aquí no hay quien aguante el calor. Esto del butano es un invento buenísimo.

—Ya, pues se está muy fresquito aquí, ¿verdad tío?

—Ya lo creo, el adobe es lo que tiene; es como vivir en una cueva... Con perdón, señora, no era mi intención, quiero decir...

—Mi madre ha preparado unas cosillas. Por aquí es costumbre hacer vida en la cocina, como en invierno no hay quien pare en otra parte... Espero que no les moleste.

—¡Qué nos va a molestar! Si esto tiene una pinta estupenda, ¡Je, Je!

En realidad el tío Nicolás comía poco, se le iban los ojos detrás de las cosas pero luego, se hartaba enseguida. Algunos dicen que con las chicas le había pasado siempre lo mismo.

—Algunos dicen también que en el fondo... tampoco le gustaban mucho.

También hay quien no dice más que tonterías. Un hombre rico, solterón...

—Mucha envidia sí que hay, sí. Tiene usted razón. ¡Diga usted que sí!

—Ustedes coman sin miedo que todo es de casa.

—No hay más que verlo, señora, que estos chorizos... en Madrid... ni se huelen. Fíjate Marta, que cosa más rica.

—Yo es que el chorizo... ya sabes...

—Esta es medio vegetariana, y medio yanqui. No se lo tome a mal, señora. Peor para ella, así está de flacucha, ¡Je, Je!

En ese momento, Don Nicolás tuvo a bien hacer lo que Marta más detestaba de él, darle un cariñoso cachete. El tipo raro comía con desinterés y miraba a Marta de una forma...

—¡Repugnante!, ¡este tipo da asco!

—Tengo observado que las mujeres soléis sorprenderos cuando un hombre os da asco. Por el contrario, los hombres no nos admiramos por este hecho. Nos parece lo normal. ¡Je, Je!

—Bien, pasemos a mi humilde biblioteca, allí hablaremos con tranquilidad.

Subieron por una escalinata algo retorcida que ascendía entre unas paredes rechonchas que a veces parecían querer cerrarles el paso. Pese al encalado, el camino se oscurecía al ascender, de forma que al llegar al aposento, y cegados por la luz del día, no podían ver nada.

—Espérenme aquí.

El tipo raro se adelantó para abrir las puertas de una buharda que debió de usarse en algún tiempo para trajar cereales o lo que guardaran en aquel aposento. Al entrar la luz, los visitantes descubrieron una habitación colmada de libros, que aún así no conseguía transmitir, como

acaso pretendía, aspecto de biblioteca. Como el desuso es un criterio poco escrupuloso para ordenar las cosas, en ella se habían dado cita los objetos más variopintos. A la colección de cacharros viejos, el actual usuario del aposento había añadido, junto a los libros, gran cantidad de cosas raras.

—¿Restos arqueológicos?

No sería extraño que su dueño los llamara así. Hasta es posible que alguno lo fuera realmente, como los trozos de cerámica y algunas de las armas.

—¡Ah!, ¿había armas?

Armas antiguas, o trozos de ellas, pero estaban mezcladas con toscas reproducciones compradas por catálogo.

—Estas son las dos espadas del Cid: la Tizona y la Colada.

Al decir esto, el tipo raro tiró de los dos pomos y desenvainó las dos espadas de las juntas de los adobes sin enlucir de la pared. Marta dio un respingo.

—Bueno, comprenderán que son reproducciones...

—No juegue usted con fuego o se meará en la cama, Mariano.

—No se preocupe, don Nicolás que ni tienen filo ni nada, pero son de Toledo, no crea. Son de buen acero. Un vecino me dijo que él me las afilaba con la radial y me las dejaba como cuchillas de afeitar, pero yo ya me apaño con la Philishave, ¡Je, Je!

—Hace usted bien. Que no lo veo yo con pulso como para eso. ¡Je, Je, Je!

Marta se impacientaba.

—¿Quería usted enseñarnos alguna cosa relacionada con mi padre?

—Es usted una mujer directa, señorita Morebro.

De nuevo le había llamado “señorita”, y de nuevo le repugnaba aquel hombre.

—Yo he dedicado mi vida al estudio de los tesoros históricos de esta comarca. No me gusta darme bombo, pero hay temas en que poca gente puede toserme. Recuerdo que al alcalde de Medinaceli le dio por traer a un catedrático de Madrid para hablar de la historia y la leyenda del pueblo. Ya sabe, lo de los “cuerpos santos” y todo eso.

—Seguro que mi sobrina ha oído hablar de todo eso, pero yo soy más bien zoquete.

—En mi vida he oído hablar de ello, y tampoco tengo mucho interés. Últimamente oigo hablar mucho de santos, eso sí.

El tipo raro envió a Marta una sonrisa de complicidad totalmente no correspondida. Era algo como:

—Tú y yo sabemos de qué estamos hablando.

Pero la mirada de Marta expresaba más bien:

—Cada vez estoy más convencida de que eres un cretino.

—No, los cuerpos santos son los de Arcadio, Pascasio, Eutiquiano, Probo y Paulino. Son mártires de principios del siglo séptimo.

El tipo raro tenía la costumbre de hacer alarde de su sabiduría recitando enumeraciones sin respirar. Así hizo con los nombres de aquellos santos, y lo hubiera hecho igualmente si hubiese tenido la suerte de que le preguntaran por las piezas de un arcabuz.

—Cazoleta, serpentín, muelle real, guardamonte, platina, disparador y culata.

Pero no tuvo esa suerte.

—Bueno, pues al catedrático aquel le hice yo una pregunta de la que todavía se debe acordar.

El tipo raro sonreía como buscando la admiración popular, pero el público era inadecuado, Don Nicolás estaba más bien aburrido y Marta...

—¿Entonces dice usted que mi padre vino a buscarle para que le diese alguna información?

—Su padre, señorita, era un hombre sabio.

—Eso ya lo sabemos, mi hermano era una eminencia, sale en todos los manuales: “Morebro coma Pe”.

Marta pensó que precisamente por eso le extrañaba que viniese a hablar con el tal Mariano.

—Podemos llegar a un acuerdo, señorita, yo sé cosas y usted sabe cosas, juntos podemos llegar muy lejos en esto.

—¡Ni a la esquina!

Eso fue lo que pensó Marta, pero decidió comprobar definitivamente que el tal Mariano era un cretino.

—¿Mi padre le habló de Almanzor?

—Su padre que en paz descansa era un sabio, pero no sólo como lo entendemos en occidente, era también una persona... Digamos... iniciada.

Al decir la última palabra bajó la voz, como si estuviera revelando algún secreto. Marta y su tío se miraron con cierto estupor, lo que el tipo raro tomó por asombro.

—Como se lo digo, a veces me hablaba en clave, porque sabía que yo le podía entender. Usted también sabe más de lo que parece.

Mariano se ponía cada vez más enigmático.

—¿Pero le habló de Almanzor, o de qué le habló?

—Su padre me habló de muchas cosas. Él sabía que en esta comarca se esconde algo muy grande.

—¿Un tesoro? ¡Je, Je! Sí, mi hermano era una especie de Indiana Jones.

—Más que un tesoro...

Aquí el tipo raro inauguró un gesto nuevo para los presentes. Levantó la ceja izquierda acompañada de un movimiento de la cabeza en la misma trayectoria, a la vez que se ajustaba una patilla de las gafas.

—Seguramente con gran elegancia.

Ya se puede usted imaginar que no.

—¿La tumba del moro Almanzor?

—Al principio yo también lo pensé. Pero no estoy seguro de que no hubiese algo más, por eso me gustaría leer la carta...

—No se preocupe, ¿pero por qué cree que mi padre sabía dónde estaba la tumba esa?

—¡Mi hermano sabía dónde estaba la tumba de un moro? ¡Eso es todo?

Esta vez el tipo raro había tenido suerte, podría contar una de sus historias:

—Almanzor es el caudillo árabe más importante de la Historia de España. En su momento, uno de los hombres más poderosos del mundo.

A Don Nicolás eso de “caudillo” le sonaba a algo muy concreto, pero prefirió no meter baza.

—Y era español, Almanzor era musulmán, pero malagueño. Otros dicen que gaditano, en fin... Que vino a morir a Medina, después de arrasar con toda la cristiandad, y atreverse con la tumba del Apóstol, en Santiago, aunque respetó el santo cuerpo, eso sí.

—¡Muchas tumbas veo yo en esta historia! El número de tumbas debería controlarse de alguna manera; igual que el de cuerpos santos. Habría que regular eso de forma que no anduviese cada cual a su aire en un asunto tan comprometido. Yo una novela con más de diez cuerpos santos la encuentro desmedida. ¿Qué quiere que le diga?

Pues igual no anda usted muy descaminado.

—“En Calatañazor perdió Almanzor su atambor”.

—Eso, y además dicen que Dios le mandó una disentería de órdago. A él y a todos aquellos moros. Vamos, que iban cagándose chilaba abajo por el camino de retirada hasta Medinaceli. Y allí, cuando echó lo último que había en su cuerpo vino a morirse Almanzor. Usted perdone, señorita Morebro; la historia a veces es cruda.

—Y maloliente ¡Je, Je!

—En fin, que el moro traía un tesoro inmenso.

—Sí, supongo que todo lo que había saqueado por el norte de la península.

—Hay quien dice que algo más.

El tipo raro volvía a ponerse enigmático. Con lo de las evacuaciones pestilentes de los moros se había relajado un poco. Ahora volvía a su ser.

—Usted sabe de qué le hablo, Señorita Morebro.

—Pues no tengo ni idea, Don Mariano.

Llevarle “Don Mariano” era una especie de venganza ñoña por lo de “Señorita Morebro”.

—Ya veo que le gusta hacerse la interesante. Pues permítame que le diga que no le hace falta. Ya lo es usted de natural.

—Oiga Mariano, no ande ligando con mi sobrina, ¡Je, Je, Je!

El tipo raro se ruborizó un poco.

—No hay nada que ocultar. La mesa de Salomón, dicen algunos que la traía el ejército de Almanzor pero... yo sé que no es verdad.

—¡Ahora una mesa!, ¡Pues sí que...! Mi hermano andaba buscando una mesa, pues yo le hubiese conseguido una reserva en cualquier restaurante...

—Yo sé que no la trajo Almanzor porque la mesa ya estaba allí.

De nuevo se quedó esperando el efecto de sus palabras.

—La trajo Tarik en el siglo octavo, por eso la ciudad se llamó “*Medina al Shelim*” ... ¡Ciudad de Salomón!

—¡Qué cosas!

—Pues a mí me habían dicho que Medinaceli era “Ciudad del cielo”.

—Ya le digo que estas cosas se tratan de ocultar como se puede. A los historiadores académicos no les conviene que salgan a la luz...

—Y dice usted que mi padre buscaba la tumba de Almanzor, la mesa de Salomón ¿o qué buscaba?

—Bueno, su padre no era tan directo como usted... pero yo creo que el que encuentre una cosa encontrará la otra. Que Almanzor no la trajese, no quiere decir que no la encontrase.

—Mi sobrina y usted sabrán de qué están hablando, pero yo... ¡Je, Je! ¿un moro que buscaba una mesa mientras se iba por la pata abajo? Yo hubiese buscado más bien un retrete, ¡Je, Je!

—¡Todo el conocimiento de la humanidad! En la mesa de Salomón se representa... bueno, según la Biblia, el Nombre de Dios.

—¡Ah! ¿Dios no se llama Dios?

—Parece que el Doctor Morebro se dio cuenta de que había desperdiciado su vida dejándose llevar demasiado por el camino de la “ciencia oficial”

El tipo raro era un cretino. Marta no tenía ya ninguna duda

—Y... ¿qué pistas siguió mi padre para buscar el tesoro?

—Bueno, él tenía sus propias fuentes. El texto ese que usted tiene, claro. Por aquí lo que sabemos es que Almanzor está enterrado en “la cuarta colina”. Para esto hay que seguir las crónicas musulmanas, porque para los cristianos... les basta saber que acabó pudriéndose en el infierno: “*mortus est Almanzor, et sepultus est in inferno*”. Pero, la cuarta colina ¿hacia dónde? Y... ¿desde dónde? De eso su padre de usted sabía algo. A mí me enseñó un romance sobre ese asunto. Seguramente lo conoce, acaba diciendo:

«Volved a vuestras moradas  
Dejad en paz a Castilla  
Que es la palabra del Cristo  
La que os acecha en Medina»

—Trata de alguien que retó al propio Almanzor, al que trata de “diablo”, como todos los cristianos de la época. Está claro que el autor del romance sabía algo. Para mí es más que evidente que está diciendo que “el nombre de Dios” —la palabra del Cristo— le aguarda en Medina. Es decir, la mesa de Salomón, que Almanzor encontraría la muerte al acercarse a ella.

Marta y su tío se fueron pronto. Buscaron una excusa simple.

—¡Huy! que tarde se nos ha hecho, y tenemos que recoger las cosas del hotel antes de las 12...

—¿Qué piensas de lo que nos ha contado el tipo raro?

—Que está como un cencerro. El poema ese habla de un fraile del siglo catorce; Almanzor llevaba más de trescientos años enterrado. Y ese fraile retó al diablo en la plaza de Medina del Campo, provincia de Valladolid, no en Medinaceli, provincia de Soria. Todo eso lo dice el documento que me estoy leyendo.

—Ya. La verdad es que no veo yo a Pascual buscando tesoros de moros; que casi todo lo que llevan para vender es de baratija. No es por ofender, pero es que esto lo sabe todo el mundo

—Lo que hacía mi padre con este Mariano es lo que no me explico.

La curiosidad es buen acicate, así que Marta consintió en quedarse por allí hasta enterarse de algo más. De momento, lo mejor era seguir leyendo el texto.

—No creo que aquí diga nada de Almanzor ni de la mesa de Salomón, ni de ninguno de los desvaríos del tipo raro.



## VIII

Y fue por aquel tiempo el día en que llegaron al lugar por el que se hallaba Gregorio hasta diez hombres de a caballo buscando al Páter; lo que debió de ser cosa de mucha noticia, pues todos portaban armas y capas de buen paño, y se tapaban la cara con amplios pañuelos, por apartar a un punto la pestilencia y el polvo del camino.

Mas no sorprendió tanto a los aldeanos el porte de los caballeros como el de los caballos, que eran de gran alzada, como los que se usan para la milicia y no para las labores del campo, y llevaban todos muy ricos jaeces, que no aceruelos de rocín o albardas de jumento. Y como en aquel tiempo no era muy acostumbrado el herrar los caballos, parecíanles a los aldeanos que en su piafar aquellos animales iban arrancando la tierra por donde pasaban.

A la vista de los caballeros, fueron muchos los que fueronse a esconder; sobre todo, los que tenían hijas doncellas o mujeres jóvenes, aunque también sucedió que algunos las mandaban llamar para recibir a los caballeros, pues es el Diabolo tal que puede trocar en pecado aun el santísimo don de la pobreza. Siendo Fray Gregorio hombre discreto y juicioso, no era ajena a su ingenio la idea de que ciertas autoridades, tanto de la Iglesia como del Siglo, pudieran traer entre ojos los más de sus actos y algunos de sus pensamientos. Mas también se ha dejado dicho que no era raro que las gentes le viniesen a buscar con muy diversos recados. Y como no era hombre medroso resolvió presentarse ante los caballeros, respondiendo a cuantos le prevenían que mal puede ejercitar la caridad quien anda escondiéndose.

Dijéronle los caballeros que traían mandato de llevarle a Burgos, donde le esperaba una persona muy principal que necesitaba de su favor. No consintieron que caminase como era su costumbre, midiendo con sus pasos lo por entonces descubierto del mundo, porque no se demorase más de lo preciso, y antes le montaron a las ancas del caballo del que parecía el capitán de aquella partida, y en dos jornadas se encontró ante las puertas del Real Monasterio de las Huelgas.»

Don Nicolás interrumpió la lectura de Marta para decirle que ya había reservado el hotel por otra noche.

—Lee tranquila, que igual esta tarde podemos ir a ver al señor cura.

—Vale.

—Igual encuentras el tesoro del moro, ¡Je, Je!

«Desde que saliera de Francia no había visto Fray Gregorio una abadía de tal dimensión y riqueza, cuanto más que no era siquiera monasterio de frailes sino de monjas. Esto le confirmó en lo que le habían dicho sus emisarios; que era una alta dama la que esperaba su ayuda. La riqueza del atrio y de la iglesia de tres naves marcaba un vivo con-

traste con la pobreza del sayo de Gregorio, pues no era éste tan cumplido que alcanzase a taparle las corvas, ni tan limpio que no partiese su peso por medio si acaso alguien se prestase a lavarlo.

Cuenta Fray Gregorio en su historia que permaneció por un cierto espacio en la iglesia, puesto en oración en espera de la dama, con los brazos extendidos en cruz, como era su costumbre, y la frente sobre las frías losas al pie del presbiterio, por así templar con humildad la soberbia. Mas fue grande su sorpresa cuando hiciéronle pasar al aposento de uno de los capellanes y encontró allí a un personaje del cual hace ver que era un padre dominico de grande sabiduría, del que deja dicho más adelante que había sido maestro de Retórica y Sagrada Teología en París. Fue en este punto cuando Gregorio pensó que lo que allí le había conducido no era la necesidad que algunos tenían de su doctrina, sino la duda que sobre esa misma doctrina guardaban otros. Pues díjose que si tenían en Burgos un maestro de París, no habían menester correr treinta leguas para buscar uno de Montpellier.

Fue por este sentimiento que Gregorio se mostró azorado al oír la pregunta del dominico: “Sois discípulo de San Francisco, ¿no es así, Gregorio?” Debo recordar a Vuestra Majestad que en aquel tiempo los hijos del hermano Francisco pasaban por no pocos trabajos, los cuales debieran sentirse hoy como pruebas de las que pone Nuestro Señor a sus más queridos siervos, como así lo hizo con Job, de quien al cabo vino a duplicar todos sus bienes: *“addidit Dominus omnia quaecumque fuerant Iob duplicia”*. Mas también debo decir que algunos hermanos hicieron mal uso del tesoro de la Santísima Pobreza que Dios había concedido al hermano Francisco por revelación de San Pedro y San Pablo, y llegaron a hacer un uso soberbio y lujurioso de aquel tesoro de perfección, como igualmente sucedió con algunos dominicos demasiado celosos con la flagelación; y en esto, el propio Gregorio había mediado en sus sermones, pues es el dolor a veces concomitante de la lujuria. Siendo así que mientras se aplican la penitencia ciertos religiosos ven animadas aquellas partes de su cuerpo que, en lo posible, debieran permanecer inánimes en un religioso. Y esto es cosa tan sabida que aun puede encontrarse dicho en el Talmud.

Es así que en la fecha en que Gregorio se encontraba en Las Huelgas, apenas habían corrido treinta años desde que el papa Juan condenase como erróneas y heréticas las proposiciones del capítulo general de nuestra orden sobre la pobreza de Cristo y sus Apóstoles. Así también había extendido carta de excomunión contra el ministro general de los franciscanos. Y fueron muchos los hermanos que devolvieron al papa la acusación de herejía, faltando así al voto de obediencia. Mas es bien posible que muchos de aquellos no fueran hijos legítimos de San Francisco, sino más bien de Dulcino y de Clareno, y estuvieran por tanto tomando parte en el error de pensar que sólo ellos mantenían la espiritualidad de la Iglesia, y que era el papado mundano y simoníaco, y los sus clérigos pecadores indignos de administrar los sacramentos.

Bien puede ser que, igual que en el caso de Job, Nuestro Señor dejase andar por un tiempo al Diablo en los asuntos de nuestra orden, confundiendo con sus argucias aun a algunos hombres de santa vida; pues no de otro modo ha de interpretarse que algunos de aquellos varones, empeñados en rechazar cualquier mundanal posesión, muriesen en la hoguera entonando el *“Te Deum”* y otros salmos y cantos de acción de gracias al Señor por lo que ellos entendían un santo martirio. Mas como la infiel interpretación de la doctrina

cuando se sostiene con pertinacia por una persona bautizada se denomina herejía, hay que decir con dolor que aquellos desacertados infelices fueron sencillamente herejes.

Y he de afirmar que la respuesta de Fray Gregorio a la ociosa cuestión sobre su pertenencia a la orden de los menores fue esta: “Tú bien sabes quién soy, y así, en justa implicación, debieras saber quién no soy.” Y traigo aquí el literal de su frase pues se ha dicho con maldad que remedó Gregorio en aquel trance lo que Nuestro Señor dijo a Moisés “*ego sum qui sum*” queriendo con ello acusarle de un horrendo pecado de sacrílega soberbia. Mas es la razón de la frase la negación de su pertenencia a aquellas heréticas congregaciones de hermanos de la vida pobre, que recorrían por entonces los reinos de Italia y el de Francia, y que muchos de los de la orden de Predicadores seguían uniendo al manso nombre de San Francisco.

Parece que el encuentro de aquellos dos hombres sabios se extendió por varias jornadas. Se interesó Fray Gregorio por las noticias de la Universidad de París, cuya situación preocupaba al dominico, pues estaba regida entonces por un maestro secular de Lógica de la escuela de Artes llamado Juan Buridano, que se decía discípulo del maestro franciscano Guillermo de Ockham. Este Buridano ha pasado al común recuerdo por haber disertado sobre un asno que dudara entre dos hacinas de heno, muriendo al cabo de hambre, y también por haber mantenido supuestos amores con la reina de Francia, y no tanto por sus doctos escritos sobre la Lógica, y la física del movimiento. En este punto fue informado Gregorio de la muerte del maestro de Ockham, víctima de la pestilencia, y tras este anuncio no hubo sino un cierto silencio, pues era especie común que Gregorio había conocido al sabio inglés en alguna triste circunstancia por la que aquél había pasado años atrás. Pues dicese, tal vez sin fundamento, que el grande cuerpo de Fray Gregorio sirvió de muralla al maestro de Ockham cuando, temiendo por su vida, hubo de huir de Aviñón. Bien parece que a esta sazón y no sin criterio, aquél a quien Gregorio llama “Doctor invincibilis” dio en confiar más en el cuerpo disforme de su hermano y en la espada del Emperador, que en la promesa de justicia en el análisis que gentes interesadas habían de hacer de sus cincuenta y seis comentarios a las Sentencias de Pedro Lombardo. Dicese que por ello escapó sin esperar las conclusiones de la delegación papal.

Alegróse no obstante Gregorio de saber que un texto bien conocido por él, el “*Tractatus*” de Pedro de España ( “*Summulae Logicales*”), seguía siendo de obligatoria lectura en París, y así el dominico y el franciscano, ambos muy versados en el arte de la Dialéctica, dedicaron un buen espacio a hablar sobre aquella obra. Tal vez el magíster dominico utilizase el sabio subterfugio de sacar a la luz un asunto de común interés para así calmar los ánimos del franciscano. En cualquier caso, no es mal uso comenzar cualquier alto coloquio con los asuntos de la Dialéctica, pues como expresa el propio Pedro de España: “*Dialectica est ars artium et scientia scientiarum ab omnium metodorum principia viam habens*”, queriendo decir con esto que es la Dialéctica el arte de las artes y la ciencia de las ciencias, y el camino para alcanzar todo lo que honestamente salgamos a buscar por la vía del conocimiento. Y nada les parecía mejor de aquellos libros que el tratado de las falacias, lo que les llevaba a comentar con muchísimo gozo los “*Insolubilia*”, que quedan fuera del empeño de la inteligencia. Pues es tal la razón de los doctos que se complace en sus propias limitaciones, lo que la diferencia largamente de la de los zotes, que halla placer en sus exi-

guos aciertos, y esto al cabo viene a hacer que los segundos anden por el mundo más satisfechos que los primeros.»

La infancia de Marta, hasta que su madre ya no pudo más, había transcurrido en la sobriedad de una comunidad académica de élite. Su padre (Sloman Professor) estaba siempre en el laboratorio, y ella se juntaba con niños cuyos padres estaban siempre en el laboratorio.

—¿Es verdad que un día el profesor Morebro se dejó a su hija olvidada en un parque?

No es exactamente cierto. Bueno, igual es peor. Se olvidó de la hija y de la madre. Las consecuencias son mejores porque no se quedó la niña sola, pero el olvido es mayor.

—El doble.

Más o menos. Resulta que habían ido un domingo a que la niña jugase con el perrito en los jardines de la universidad.

—También se olvidó del perrito, entonces.

Ahora que lo dice, también. Bueno, pues en un momento Pascual fue a comprar un refresco. Como no había dónde hacerlo se acordó de la máquina expendedora que había en su departamento, y decidió entrar con su llave.

—Hasta ahí, buena idea.

Exactamente, pero se ve que por el camino empezó a pensar en sus cosas y cuando entró en el departamento, se fue a su despacho...

—Como los burros al pesebre, este marido tuyo será muy listo, pero anda que...

La abuela de Marta pasó alguna temporada con ellos en América. Seguramente no influyó en la separación, pero es verdad que Ana, la madre de Marta encontró en ella una especie de voz de la conciencia. Alguien que no pensaba, como todos los de su entorno, que no había cosa mejor que un buen laboratorio.

Los sábados por la tarde el profesor Morebro invitaba a su casa a todo su equipo. Lo llamaban el “*Lab dinner*”. Alguno de sus colaboradores presentaba los resultados de sus más recientes investigaciones, y se discutían...

—Informalmente, así nos salimos del ambiente universitario y, no creas, el cambio de aires suele ser productivo para las ideas.

Es decir, que el sábado por la tarde también se trabajaba. Pero las salchichas las compraba y las preparaba el profesor Morebro.

—Sólo hubiese faltado, que me tuvieran a mí de cocinera.

También a veces traían algo los demás.

—La mayor parte de las veces lo que traían eran las ganas de comer.

—¿Fue allí donde Marta conoció al señor Dabolí?

Sí, bueno, no se llamaba así. Ese apodo viene precisamente de la abuela de Marta. Resulta que en el laboratorio del profesor Morebro empezaron a hacer modelos de ordenador de procesos biológicos.

—Fuimos uno de los primeros laboratorios del mundo en hacerlo.

Y Pascual consiguió dinero para contratar a un ingeniero eléctrico para que se ocupase de la parte técnica. Resulta que allí era costumbre llamar así a los ingenieros en electricidad: “*Double E*”, es decir, EE, de “*Electrical Engineer*”. Leído “Dabolí”. Era precisamente en la época en que

estaba por allí la suegra de Don Pascual, y él hablaba en casa con bastante ilusión del “Double E” que había llegado.

—Es un chico de origen paquistaní. No debe de tener más de veinte años. Una verdadera lumbrera de las matemáticas. Y ya sabes que los biólogos no solemos andar sobrados de matemáticas. Es un apoyo estupendo para el laboratorio.

Efectivamente, no debía de tener mucho más de veinte, pero aparentaba quince.

—Era pequeñito, pequeñito, las manitas pequeñitas, y la cara de niño.

—Y tenía unos ojos preciosos.

La abuela de Marta había oído hablar de él, y cuando entró, lo reconoció enseguida. Ella no hablaba una palabra de inglés.

—¿Señor Dabolí? encantada. Está usted en su casa, aunque ésta es la de mi hija y mi yerno, pero yo me siento como si...

Evidentemente el Señor Dabolí no entendió nada, y tampoco sabía por qué se reían tanto Marta y su madre. Casi no se podían tener en pié con lo de “Señor Dabolí”. La verdad es que en aquel laboratorio se reían de él con cierta frecuencia así que tampoco le extrañó mucho.

—Lo que yo veo en esa fórmula es que si el número de alelos adopta un valor negativo, se produce una indeterminación.

—¿Y cuándo has visto tú un organismo con un número negativo de alelos, Abid?

A veces eran crueles con él. Y todos se reían mucho con estas cosas.

—¡Ten cuidado, no pongas un número negativo de salchichas en la parrilla, Abid! ¡A ver si se nos produce una indeterminación!

—¿Pero Marta estaba enamorada de él?

Bueno, cosas de crías. Era el que más podía parecer de su edad, aunque le llevaba unos cuantos años.

—Además, era tan tímido, y se le veía tan bueno.

Todo hay que decirlo, los estudiantes de doctorado del grupo lo miraban con cierto recelo. Un tipo que sabe matemáticas da miedo. Si has conseguido fichar por un laboratorio de élite, no te puedes permitir quedar por imbécil a cuenta de una ecuación.

—Es muy brillante Ana, lo que pasa es que su formación le lleva a mirar las cosas de otra manera. Él siempre se plantea algo así: “¿y como podríamos hacer para que esto casque?” Creo que es un gran fichaje.

—Ya, pues quería decirte que he pensado volverme a España con mi madre. Me apetece estar una temporada por allí.

—¡Ah!

—Que aquí me siento un poco inútil. Últimamente no hago más que leer noveluchas de Marina Miranda.

—¿Y la niña?

—Nada, la niña se viene, y hace el curso allí, por eso quería irme este verano.

—¿Pero te quieres ir todo un año?

Seguramente Ana ya sabía que su hija y ella no iban a volver nunca. A veces, Pascual Morebro actuaba como si él no lo supiera. Estuvo actuando así varios años.

—¿No intentó que Pascual volviese también?

Sí, esa fue su primera opción, al menos un tiempo antes, al poco de llegar, apenas llevaban unos años allí. Fue en 1966.

—También puedes tratar de volver tú a España. Muchos están volviendo. Las cosas han cambiado bastante. Acuérdate de lo que contó este profesor de Madrid que estuvo a cenar el otro día.

—Ya, los catedráticos de Madrid hablan mucho. Debe de ser lo que más se valora en las oposiciones.

—Sí, pero tú conoces a Lora Tamayo, y ahora es ministro de “Educación Nacional”. Bueno, que hasta le ha cambiado el nombre al ministerio y todo, y ahora se llama: “Educación y Ciencia”.

—Sí, tiene gracia.

—Pues tú decías el otro día que eso de que el nombre de la Ciencia esté en un ministerio...

—Si lo de Lora Tamayo está bien. Es de los pocos que saben de Química Orgánica en España, pero allí el que marca la política científica ha sido siempre el padre Albareda.

—Otro químico.

—Sí, pero es que en España no hay forma de apartar a los curas de la Ciencia. ¡Ni de ninguna parte!

—Pero si Albareda murió hace unos meses. Lo leímos los dos en el periódico.

—¡Ah! ¡Es verdad!, pues pondrán a otro del Opus en el CSIC; o a uno de esos de la “Ciencia Católica” como ése que también fue ministro, Ibáñez Martín, ¡que encima de falangista es de letras!

Hay gente que lleva las discusiones a terrenos muy extraños. Pascual Morebro enfocaba su crisis matrimonial como si fuese un asunto de Biología o de Química.

—Bueno, algo tendrán que ver la Biología y la Química en estas cosas de pareja.

No le saque usted punta a todo; que ya me entiende. Lo que le pasaba a Pascual es que él sabía que en España no le iban a dar dinero para investigar como él estaba acostumbrado. Y cuando allí hicieron ministro a Lora Tamayo, internacionalmente, les habían dado el premio Nobel a cinco biólogos moleculares.

—Ahora sí que no pueden cerrar el grifo, con el Nobel de Perutz, Kendrew, Watson, Crick y Wilkins.

En realidad, Ana tardó aún varios años en volverse a España con su hija.

—Hola Mamá. Que al final me quedo algo más en el pueblo. El Tío Nicolás me está enseñando la zona. Me viene bien respirar aire puro.

—Bueno, tú verás, pero no comas mucha grasa que luego te salen espinillas.

No quiso contarle nada de los muchos enigmas que parecían rodear la última época del profesor Morebro.

—¿Para qué? El problema de mi madre es que todo eso lo hubiese resuelto en un instante.

—Tu padre... En fin, ¿qué quieres que te diga?

«Pronto esquivó Gregorio aquella conversación pues hizo ver al maestro dominico que el espíritu ha de gozar de la verdad y no de la vanidad (quicumque sunt veritate, non vanitate felices) como así nos dijo San Agustín. Y habló así el de Berbería pues era hombre muy crítico con la disputa escolástica, la cual se movía a veces más como una justa entre campeones que como búsqueda de la verdad, y hacía mayor servicio a la vanidad de los antagonistas que al verdadero conocimiento. Y tan cierto es, que está escrito en el Evangelio de Mateo que los hombres habrán de dar cuenta de toda palabra ociosa en el día del jui-

cio: *“omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines reddent rationem de eo in die iudicii.”*

Díjole el magíster que si le había recordado su filiación franciscana no era por traer al caso las acusaciones que se hacían a los hermanos de la orden sino, muy al contrario, para así recordar un pasaje de la santa vida del hermano Francisco. Pues era cierto que muchos acusaban a Fray Gregorio de muy graves ofensas contra la Santa Iglesia, como eran la de haber andado errante por pueblos y aldeas como clérigo goliardo, al frente de una congregación de hombres que no habían recibido ordenamiento alguno y a los que admitía *“ad obedientiam”*; y que en la tal congregación se habían recibido mujeres. Y de haber sustituido a clérigos seculares de vida licenciosa en la aplicación de los sacramentos, usurpando con ello la potestad de la Iglesia, y de haber enterrado en sagrado a gentes de las que no se conocía si acaso estaban bautizadas o si eran moros; y de negarse a aceptar cualquier tipo de posesión, haciendo pública distinción entre el uso de los bienes necesarios y su propiedad, contra la bula *“Ad conditorem canonum”* del papa Juan XXII. Y en fin, de haberse gloriado con petulancia de su extremada pobreza, y haber hecho pública defensa de tal forma de vida. *“Y permítame Vuestra Paternidad que no preste oído a vuestra defensa de las tales acusaciones, porque aunque bien sé que todas son en alguna parte falsas, no quiera el cielo que oiga en aquella defensa alguna proposición que me haga perder el respeto que ahora os tengo, y me obligue a elevar vuestro caso a la Jerarquía.”* Tras hablar así, le hizo ver que no había contra él en Castilla cargo alguno, pues no existía en este reino el afán de persecución de herejes que se daba en Francia o en Italia, y aun en Aragón. Y es así que no fue sino mucho más tarde cuando hubo en Castilla que componer el tribunal del Santo Oficio; y no por causa de los herejes valdenses, o pauperistas de cualquier índole, sino por razón de reprender a aquellos que diciéndose cristianos, judaizaban horriblemente en privado.

Traigo pues al caso el pasaje de la vida de nuestro padre Francisco a que se refirió el magíster. Y es que siendo aún un hombre rico que viajaba a caballo, encuentre Francisco con un leproso, y eran los leprosos aquello que a él, como a todos los hombres de su tiempo, más le movía a repugnancia. Mas sintiendo el mandato divino detuvo al punto el caballo y besó y dio limosna al hombre. Así, dijo el magíster a Fray Gregorio, *“es el caso que así como nosotros pedimos los más trabajosos favores a quienes más amamos, Dios pide a sus hijos más amados renunciar a cuanto más quieren y hacer lo que nunca hicieran de grado, y aun lo que más repugna a su voluntad, como es el caso de lo que he venido a demandaros”*.

Pasó el magíster a referirle a Gregorio los guarismos de la mortandad, la cual, le dijo, él conocía muy bien por los particulares, pero sería de su conveniencia el hacerlo también por los universales. Y esto dijo el dominico aun a sabiendas de que tal vez Fray Gregorio, como doctor franciscano había de ser muy gran censor de la doctrina de los universales. Mas de admitir como el maestro de Ockham que sólo existen los individuos, no podríamos explicar cómo las tres personas de la Santísima Trinidad conforman un solo Dios Verdadero, y con esto incurriríamos en la horrenda herejía triteísta Rosceliniana. Así, dicho en números exhaustivos era el caso que ya era muerta la mitad de la cristiandad, y entre los franciscanos la mortandad alcanzaba los tres cuartos de los hermanos. Y muchas de las casas más nobles de Castilla y de otros reinos habían quedado sin herederos

que continuasen su gloria y el servicio de armas. Pues era así que los ejércitos se desmembraban aun antes de llegar al campo de batalla. De lo cual no se librara el propio rey Alfonso de Castilla, el cual había muerto en el sitio de Gibraltar, no por el hierro sarraceno, sino por la miasma de la pestilencia. Y esa misma suerte había corrido la reina de Aragón. Pero Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, siempre dota de gracias especiales a ciertos varones para librar a su pueblo del total exterminio. Y así lo hizo con Lot en Sodoma, y con Noé en la ocasión del diluvio, “y tal parece, que Vuestra Paternidad es el elegido en este trance.”»

## IX

No fue mucho después de leer aquellos episodios cuando Pascual Morebro cayó en la cuenta de que Abid (el señor Dabolí) se había convertido en una persona particularmente interesante para sus investigaciones. No por casualidad esto coincidió con que los demás miembros del laboratorio empezaron a despreciarle abiertamente.

—Yo tengo un contrato posdoctoral, y llevo ya tres años en el laboratorio, y Abid tiene ya un despacho para él solo.

El señor Dabolí había hecho un programa que simulaba la selección natural de Darwin. Se podía cambiar la tasa de mutaciones y todos los parámetros poblacionales, y comprobar hacia dónde iba el proceso.

—Abid no hace más que jugar con su maquineta. Todo el día encerrado en su despacho individual, que no se yo para que...

—¿Será en la sala de computación?

—Como sea, pero eso es para él solito, y menuda pasta que ha costado...

Digo, que fue en esa época cuando al profesor Morebro se le ocurrió “la idea extraña”. Curiosamente, leyendo aquel manuscrito que le regaló su hermano.

—Yo no leo estas cosas pero... Nicolás le puso tanta ilusión.

La cosa es simple. Él lo leyó como si fuese un artículo científico. Tampoco sabía ya leer de otra manera. Empezó a darle vueltas a la gran epidemia del siglo XIV. Parece que murió la mayor parte de la población europea.

—¡Se dice pronto!

Pues sí. Imagínese que en el total de la población europea la mortandad fue similar en proporción a la que se registró en Hiroshima tras la bomba atómica. En Hiroshima murió el cincuenta y tres por ciento de los habitantes. Algunas estimaciones para la Peste Negra son mayores. Fue como si hubiesen tirado una bomba atómica en cada ciudad, en cada pueblo...

—¡Qué horror!

Pues sí, no ha habido nada parecido nunca.

—Por suerte.

Seguramente por suerte, sí. Quiero decir que no porque se haya hecho mucho para evitarlo.

—Antes de que existieran las vacunas y los antibióticos, poco se podía hacer.

Tiene usted razón. No sólo no se sabía qué hacer, es que la gente no entendía lo que estaba pasando.

—Me imagino el terror, igual hasta hoy en día hubiésemos quemado a los judíos, o... ¡vaya usted a saber a quién!

Por eso precisamente, porque no se podía hacer nada, lo que más impresionó al profesor Morebro, no fueron los que murieron, sino los que quedaron vivos.

—Lo curioso no es que la gente muriera, sino que nosotros estemos aquí. ¿Por qué no murieron todos? ¿Qué fue lo que paró la epidemia?

En un principio él no le contó nada a nadie. Poco después le dijo algo al señor Dabolí. En realidad, Abid se hinchó a hacer modelos de aquello de la pestilencia.

—¡Se mueren todos, Profesor Morebro! En todos los modelos que hago se mueren todos. Vamos, que la población tiende a cero cada vez más rápido.

—¡Pero no se murieron todos, Abid!

—Lo único que se me ocurre es cambiar la tasa de contagio. He estado pensando en una cosa..., me va a decir que es una tontería...

—Seguramente, pero dímelo que yo estoy perdido.

—Que... igual, como en aquel tiempo eran tan bestias, no sé, que igual mataron a los enfermos, o los encerraron antes de que contagiaran a los demás.

—Eso es imposible, Abid. El cocobacilo de la peste tarda mucho en manifestarse con síntomas en los humanos. Eso lo tienes en el modelo. Cuando los fueran a matar ya habrían infectado a otros pocos. Como no metamos Estreptomocina en tu modelo, me parece a mí que...

—¿Estreptomocina?

—Es broma, Abid, se aisló hace apenas 20 años.

—¡Ah!

—Aquí cerca, por cierto.

—¿Aquí cerca?

—Lo de la Estreptomocina, digo.

—Ya.

—¿Y las ratas? En tus modelos, también se morirán todas las ratas, ¿no? Al fin y al cabo eran las trasmisoras de la peste. Estaba pensando que si *Yersinia Pestis* se pasó de lista pudo cargarse el vehículo que tenía en las ratas. El problema, claro está, es que sigue habiendo ratas, pero la rata negra que transmitía la peste (*Rattus rattus*) quedó casi confinada en Asia y en Europa dominó la rata gris (*Rattus norvegicus*).

—Curiosamente, lo de las ratas no es problemático en los modelos. Su tasa de reproducción es tan rápida que las mutaciones resultan efectivas a muy corto plazo. Pero en los humanos no da tiempo de ninguna forma; los he puesto a tener hijos hasta a los cinco años de edad, y ni por esas. Las ratas pueden tener crías a las cinco o seis semanas de vida. En unos meses tenemos varias generaciones.

—¿A los cinco años? ¡Qué brutos sois a veces los matemáticos! En fin, que en tus modelos hay ratas pero no hay gente.

—¡Eso!

El profesor Morebro y el señor Dabolí tenían un problema: sabían por qué hay ratas en el mundo, pero no por qué sigue habiendo humanos después del siglo XIV.

«Fue advertido Fray Gregorio de que en aquel asunto habríase de recurrir a una providencia muy extraordinaria. Pues el arca que había de salvar al mundo no era hecha de madera como en tiempos del diluvio, sino de carne mortal, y hallábase hoy confinada no en otra parte que en su propia capacidad seminal. “Pues bien sabéis, Magister Gregorio, que los hijos toman para sí la naturaleza corporal de sus padres; pues está el mundo puesto de tal forma que cada cosa engendre su semejante; y así, de padres etíopes nacen hijos

etíopes, y aquellos que son grandes de cuerpo como Vuestra Paternidad traen al mundo hijos corpulentos. Y existe un linaje en Castilla, que es de los mejores de esta tierra, en el cual todos, de abuelos a nietos, traen algún lunar con pelos de mucha aspereza, que por esto se les ha venido llamando a todos “de la Cerda”. Y así debe ser pues, que siendo la pestilencia dolencia corporal, quien se excusa de ella por don de Naturaleza, habrá de engendrar hijos que también se sirvan de tan venturosa providencia”.

Debieron en este punto de hacer habitación en el espíritu de Gregorio las más angustiosas consideraciones ante tal proposición; pues vino a discurrir que se trataba el caso de que él mismo mantuviera conversación carnal con alguna fémica, o aún con una cohorte de ellas. Fue así que interpuso el argumento de si acaso entonces la paternidad de la criatura engendrada debiera atribuirse en el todo, y no en una parte, a quien aportase aquella substancia en quien reside la inmediata virtud generativa; y siendo éste un cierto fraile franciscano, se habría de considerar a dicho fraile el padre de la criatura, no sólo en sus disposiciones físicas, sino también espirituales. Mas a este argumento opuso el dominico la doctrina de Santo Tomás, que era entonces, y aún hoy, grandemente aceptada entre los maestros dominicos de París, y no era menester dudar, pues había dicho el papa Juan en la causa de su canonización, que su ciencia no podía concebirse sino como un milagro del Señor: “*Doctrina eius non potuit esse sine miraculo*”. Y es el hecho que para el Aquinate la materia del feto se toma de la hembra de cada especie según su naturaleza “*materia autem foetus est illud quod ministratur a femina*”. Y en la tal materia se encuentra en acto primero el alma vegetativa, que es aquella que se ocupa de las funciones inferiores en el hombre, como son las de procurar el alimento del cuerpo, y que está presente aun en las formas más toscas de la vida, como son las plantas.

Mas no es sino la virtud seminal del varón la que altera dicha materia hasta hacer pasar de potencia a acto el alma sensitiva, que encierra en su esencia los apetitos naturales y el principio del movimiento, y que se encuentra en acto en todas las bestias, y en el feto humano en potencia propinqua hasta que es desplazada de su lugar por el alma racional que es propia y privativa del hombre, pues le dota de las potencias del entendimiento y la voluntad. Y que a él es dada por el soplo de Dios Nuestro Señor después que el feto se encuentra maduro para ello.

Por tanto, y siendo así que el alma pensante es sustancia inmaterial, no puede ser producida por generación sino por la acción divina: “*immaterialis substantia, non potest causari per generationem, sed solum per creationem a Deo*”. Y se concluye así, que los padres terrenales no lo son del alma racional de sus hijos.»

—A ver si va a ser que tú a quien saliste fue a tu tío Nicolás, ¡Je, je, je!

—¿Por qué dices eso tío?

—Bueno, tu padre era listo, más listo que nadie, pero a veces se pasaba de bueno.

—Ah, ¿que yo soy mala?

—No, eso no, pero mira tú como al final no le diste el manuscrito ese al tipo raro. ¡Je, je, je!

—¡Bah! Se lo puedo dar cuando quiera. No creo que tenga mucha importancia.

—Pero Pascual lo dejó todo por ese texto. Todo lo que él más quería... Bueno, aparte de a ti, quiero decir.

—¡Todo lo que más quería!, sin más matices.

—No digas eso, Marta...

—Pero él vino a este pueblo buscando lo que siempre había buscado. Ni mi madre ni yo fuimos nunca razón para que dejase su preciosa Cátedra Sloman. Él vino aquí para enterarse de la razón por la que un fraile del siglo catorce no se contagió de la peste.

Todo lo que pudo hacer Nicolás Morebro fue abrir la boca. A él le hubiese gustado ser capaz de otra cosa. Aunque no dijese palabra, pero hacer un gesto más digno. Le asaltó la idea de que podía llegar a caérsele la baba, y eso le aterró. No hacía mucho que camino de Navacerrada había meado la tapicería de cuero de un Mercedes SL.

—Y era de las que vienen llenas de agujeritos para que salga el aire y resulten más mullidas, ¡y para que empape todo el meado de uno!

Le asaltaron unos horribles deseos de morir. Él no evocó lo de Santa Teresa como su hermano, porque era más bien un aprietatuercas como él mismo decía, pero...

—Si un hombre ya no puede subirse en un Mercedes sin ponerlo perdido de meados, ¡dígame usted qué pinta en este mundo!

El caso es que ahora andaba siempre pensando que podía babearse, mearse, o algo peor en cualquier parte.

—No tiene importancia, tío. Mi padre se planteó un nuevo tema de investigación que dejó sin terminar. Nada más.

—¡O sea, que el cura aquel no se murió de la sarna, y tu padre se vino corriendo a ver cómo había sido eso!

—La sarna no, la peste.

—Lo mismo me da a mí, pero comprenderás que eso no tiene ni pies ni cabeza. Encima que ¡anda que no hace años! ¡De hoy es la fecha!

—Los científicos se admiran por cosas triviales, es su principal virtud.

—¡Cómo va a ser eso? ¡Seguramente había algo muy gordo que no entendemos!

—Seguramente, pero no pienses en ninguna de las sandeces que dijo el tipo raro. Nada de tesoros, ni del Moro Almanzor, ni de la Mesa de Salomón, el Santo Grial o lo que sea.

—Yo no entiendo nada de eso, pero algo gordo había, ¡Seguro!

—Seguro que sí, pero tal vez fuera simplemente que pensó en encontrar una vacuna contra la peste, o una explicación de algo, no sé.

—Eso está bien, eso le pega a Pascual, podría haber sido como lo de la penicilina del doctor Fleming, que ahora tiene hasta un barrio en Madrid, pero... eso de la peste... ¿de eso quién se muere?

—Ya, de eso no se muere nadie, ya debe de haber antibióticos para eso. No sé.

—Ya.

—Pero olvídate del tipo raro, ése sí que no tiene ni idea.

—Eso ya lo sé yo. Mira, cuando un mecánico no sabe lo que le pasa a un coche tardará un rato en descubrirlo, pero como piense en una avería distinta de la que tiene, tendrá que hacer doble camino: olvidarse de lo que pensó y buscar la avería real. Yo he visto a más de uno desmontar un carburador cuando en realidad...

—Por cierto, hoy viene mi madre.

De nuevo el temor de la baba tonta.

—No sé por qué, ella no tenía intención de venir pero dice que estoy obsesionada o no sé qué...

—¿Viene sola?

—No, viene con Martín.

—¡Ah!

—Llegan esta tarde en el tren.

—¡Mejor!, que ese hombre ya debe de estar mayor para conducir.

—¡No empieces, Tío!, que además sabes que Martín no tiene carné.

—No, si ahora con el AVE...

Martín y la madre de Marta llegaron en un tren de esos que paran por todos los pueblos.

—Claro, es que si no, no habría parado en aquel pueblucho tampoco.

Cierto, pero como en la mayor parte de los asuntos de Martín, también en esto mediaban razones más hondas.

—El viaje es para disfrutarlo. Ya lo dijo Lao Tse, el buen viajero ni tiene planes fijos ni afán por llegar.

—Ese “Lasén”, ¿también era moro? Por aquí últimamente se habla mucho de moros, ¿sabe Martín?

—Lao Tse fue el sabio más grande de la china antigua. Junto con Confucio, claro.

—¿Y viajaba mucho, o qué?

—Cuenta la leyenda que hizo un viaje montado en un búfalo de agua.

—Seguramente no había coches en esa época, o si los había serían carísimos. En mi pueblo, la primera vez que vimos un coche...

Las conversaciones entre Martín y el Tío Nicolás eran algo disparatadas.

—Yo creo que Nicolás se descojonaba de Martín, y como éste tenía un ego tan gordo, pues ni se daba cuenta.

—O a lo mejor es que era tonto.

No sé.



—Marta, ahora me vas a contar lo qué pasa aquí. Me tienes preocupada.

—Nada mamá, como vino el Tío Nicolás nos pusimos a mirar algunas cosas de las que hacía mi padre. La verdad es que no sabía nada de él desde hacía tiempo.

—Si lo que más me preocupa es que tu tío ande en todo esto. Ya sabes que está senil, y que idolatraba a tu padre.

Cuando llegaron al coche desde el andén, la conversación de las mujeres tuvo que cortarse por razones obvias, pero la de ellos continuó como si nada.

—Entonces, ¿ya no hace usted aquellas esculturas con papeles? ¿Pues a qué se dedica entonces?

—Últimamente trabajo mucho el “Haiga” japonés.

—¿El Lexus?

—¿Cómo dice?

—Bueno, en la posguerra llamábamos “Haiga” a los coches grandes y lujosos. Como el Lexus es el más pijo de los que se hacen en Japón..., vamos, la marca de prestigio de Toyota...

—“Haiga” es un dibujo simple pero profundo, que suele acompañar a la poesía Haiku: “Enfermo marché, sobre la hierba seca, vagó mi sueño”.

—¡Ah! Pues no tiene nada que ver con eso. Yo lo decía porque la gente se hacía rica con el estraperlo o cosas peores, y llegaban al concesionario pidiendo: el coche más grande que “haiga”. También los toreros. De ahí se les quedó el nombre.

—Ya veo.

—¿Y se vende bien eso del “Haiga”?

Nicolás conducía con Martín a su lado. Las dos mujeres en el asiento de atrás se miraban desconcertadas. El gesto de la madre de Marta expresaba algo como: ¿no te decía yo?

Martín era un hombre de unos setenta años, ya estaba jubilado de la universidad y podía dedicarse plenamente a su faceta artística.

—La universidad ya no es un foro cultural. Eso hay que buscarlo fuera de las aulas. Demasiada ciencia, y demasiada especialización. Ahora puedes ser catedrático aunque seas prácticamente analfabeto. Muchos ni han leído a Foucault.

—Profesor, ¿Cree usted que Occidente se ha rendido a la Ciencia como una nueva inquisición?

«Sobre este asunto del origen del alma de los hijos de Adán disputó Gregorio. Pues si bien era conoedor de la doctrina del Doctor Angélico no le parecía que en este extremo hubiera tanto acuerdo entre los doctores como los maestros dominicos querían hacer ver. Así, es sabido que Platón y Orígenes (gran filósofo pagano el uno y padre de la iglesia latina, el otro) discurrieron que las almas fueron todas ellas en el mundo desde el principio de los tiempos, y si algunas de estas ánimas acabaron confinadas en carne mortal hubo de ser

por escarmiento de algún mal que hicieran. Fue en tiempo de Orígenes que Tertuliano, otro padre de la iglesia latina, coligió estar las ánimas contenidas *"in semine parentum"* de modo que la llama de la antorcha del padre enciende la del hijo sin extinguirse ella misma. Y llegó con ello a la aventurada consecuencia de que destruir el feto en el seno materno es tanto como quitar la vida a un hombre nacido. Todos conocen hoy haber en la esencia de estas proposiciones una profunda herejía, y de aquí en adelante, nunca será el caso que la Santa Iglesia compare la muerte de un feto inanimado con la de un cristiano, pues el propio Agustín las condena por heréticas, con grandísima exaltación contra Tertuliano: *"quo perversius quid dici potest"* ¡Qué perverso quien tal afirmase!

Mas pese a haber comprendido Agustín, el santo Doctor de la Gracia, que la muerte del feto no es homicidio, caminó hasta su muerte con la duda de si acaso las almas son creadas por Dios en algún instante para cada hombre, o si se transmiten de padres a hijos por vía de generación. Y fue parte para esta duda la dificultad de que la creación inmediata de ánimas por Dios estorbaría la transmisión del pecado original, pues no es puesto en razón que alguna de las innúmeras bondades divinas insuffle pecados. Y el dudar, por el contrario, sobre que tal pecado original sea en el mundo nos haría marchar por la horrible senda de la herejía pelagiana, que sostiene la inexistencia de dicho pecado y, por consiguiente, la contingencia del bautismo. Pues los niños muertos sin bautizar, que en España se llaman moritos, podrían ir directamente al cielo sin intercesión de la Gracia de Jesucristo. Y está escrito en el Evangelio de Juan que quien no renaciere del Agua y del Espíritu no podrá entrar en el reino de los cielos: *"nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu non potest introire in regnum Dei"*.

Hechas fueron estas consideraciones con el único ánimo de desabrigar la duda que albergaba Gregorio sobre la solución del Santo Doctor de Aquino al problema del pecado original enunciado por Agustín. Y a éstas unió su propio recelo sobre la cuestión del origen del alma según el dicho Doctor Angélico; pues si fuera el caso que el alma racional no se une a la materia del cuerpo para darle forma humana sino cuando se introduce por intervención divina para sustituir al alma sensitiva, no sería sino hasta ese momento cuando el infante pudiera de suyo proclamarse humano.

En esto sigue ciertamente y con no poca resolución el Aquinate a los más sabios entre los santos padres, cuales son Agustín y Jerónimo, los que coinciden en que la muerte del *"fetus inanimatus"* no es homicidio pues el alma humana no habita en un cuerpo informe como lo es el feto de cuarenta días. Así lo reconoció el papa Inocencio III al detener la causa de homicidio que se seguía contra un fraile cartujo que con industria había separado de las entrañas de una mujer el fruto del ayuntamiento carnal que hubo con ella. Y lo hizo así aquel Santo Padre por haber sido el feto inanimado. Y así, los hombres discretos hacen uso de una diligencia muy valiosa, como es que cuando la madre sintiere por vez primera el movimiento del hijo en sus entrañas fuera señal de que el feto es animado (*"fetus animatus"*) y su destrucción sería homicidio a partir de aquel punto.

Mas si hacemos caso al Doctor de Aquino, planteó Gregorio, no hallaremos forma de saber cuándo el alma racional ha sido inducida por el hálito divino y habremos de buscar los indicios sensibles de tal presencia. Pero es el caso que dicha presencia no corresponde a la animación y la sensación, pues estas potencias se hallan en los brutos, de cuyas vidas irracionales puede el hombre disponer como fuera menester, como así lo reconoce el

Aquinate al decir: *“animalia bruta et plantae non habent vitam rationalem, per quam a seipsis agantur, sed semper aguntur quasi ab alio, naturali quodam impulsu. Et hoc est signum quod sunt naturaliter serva, et aliorum usibus accommodata.”*

Mas es así que los signos de la potencia del entendimiento no los hallaremos aun en niños ya nacidos de menos de veinte semanas de vida, y aun mucho mayores en algunos casos. Que muchos son idiotas hasta bien entrados en la vida, los cuales podrían ser sacrificados, como hacen a veces las mujeres que han concebido contra la ley de Dios y de los hombres, que los ahogan en alguna fuente o bajo una manta, y que no hay clérigo, por ignorante que sea ni hombre discreto que no juzgue dicha acción fuera de toda humana consideración.

Y es así, añadió Gregorio, como tenemos conformado un silogismo de los que Pedro de España nos enseñó a llamar *“Modus Barbara”* de la primera figura conclusiva, que como así lo reconoce el maestro de Ockham, es el más perfecto de todos los silogismos aristotélicos, pues tanto la premisa mayor como la menor y la conclusión son universales y afirmativas, y así su conclusión no es contingente de circunstancia alguna. Y se diría de esta forma: “Es el decir del Aquinate que todos los seres portadores de un alma sensitiva y carentes de alma racional son bestias de cuya vida podemos disponer sin pecar de homicidio; también lo es que tras el acto de generación y previamente a la participación del hálito divino, todos los hijos de Eva son seres portadores de un alma sensitiva y carentes de alma racional; por lo que es así en necesaria consecuencia que tras el acto de generación y previamente a la participación del hálito divino, todos los hijos de Eva son bestias de cuya vida podemos disponer sin pecar de homicidio.” Quiérese decir que si bien no existe disputa entre los sabios doctores de la Iglesia sobre que el hombre bien puede disponer de la vida del feto inanimado sin pecar de homicidio, de seguir al doctor de Aquino, habríase de consentir que cualquier cristiano acabase con la vida aun de los fetos animados, y de muchos nacidos.

Vióse el maestro dominico afectado de cierta hesitación y tentado de negar la mayor de aquel silogismo. Mas como hombre discreto prefirió ser manso con aquél de quien había de requerir favor, y dijo a Fray Gregorio que era de sabios el dudar donde lo había hecho un santo padre de la Iglesia como Agustín, mas era mayor precaución recurrir de nuevo a la *“auctoritas”* del Doctor Angélico, el cual concluye que es herejía admitir que el alma racional se transmite por generación: *“Et ideo haereticum est dicere quod anima intellectiva traducatur cum semine”*. Es por esto que podemos admitir que si Fray Gregorio consintió en lo que se le requería más fue por santa obediencia que por discreto entendimiento. Y quedó establecido de esta forma que si acaso un hombre engendrara hijos en una mujer, habrían estos de ser semejantes en lo corporal a sus padres, más en lo que toca al espíritu, sólo Dios puede fijar su destino; y en esto, bien puede Él excusar la participación de las causas segundas y obrar de forma inmediata como Primera Causa. Así, de una familia de labradores sacaron al anciano Wamba para hacerle por la fuerza Rey de España; y lo fue por la Gracia de Dios, y tan bueno como el que más. De este modo, los hijos engendrados por Fray Gregorio habrían de tomar de éste la herencia de los asuntos corporales que tanto hacían al caso en aquella circunstancia, como lo fuera el guardarse de la pestilencia, mas podrían ser cada uno de ellos tan grandes en espíritu como Dios tuviese dispuesto.»

Martín había tenido tiempo de leer gran parte de aquel texto en el tren, aunque a ratos se relajaba mirando el paisaje y se quedaba dormido. Ana tenía una copia desde hacía algún tiempo. En realidad era la que Nando le pidió a Pascual.

—Mira lo que tú ves ahí, Martín. Yo no he pasado de las primeras páginas. Cuándo hablan del perro de San Roque. Ahí me quedé.

—Bueno, ya sabes que la Historia no es mi especialidad, pero déjame para el tren. Por si acaso, también me llevo un par de libros de los míos.

No debió de parecerle mal del todo, porque Martín no sacó otro libro en todo el viaje.

—Es un ensayo sobre la paternidad. La figura del padre.

—Pero a Marta no creo que le interesen esas cosas.

—Ana, Marta está pasando por un momento de gran confusión sobre su propia identidad. Aún no se ha recuperado de lo de Nando. No es raro que busque el apoyo de la figura paterna.

—¿Ahora que ha muerto?

—Precisamente, ahora ya no es aquel hombre concreto, con sus limitaciones y sus defectos. Ahora es la propia esencia de la paternidad, y ese texto trata ese asunto, es como un mensaje de su padre.

—No sé, no lo veo claro.

—Para Freud, la mayor necesidad del niño es la protección de la figura paterna. Marta debió de echar eso de menos y ahora está elaborando aquel trauma.

—Pero ese texto trata de un cura.

—“El Páter”, Ana, el texto en sí no es gran cosa, pero en el pensamiento de Marta alcanza un profundo simbolismo. La figura paterna como salvadora.

—Puede ser.

—Tremendamente unida a la muerte. El “Páter” reina sobre la gran mortandad, la somete. Es un gigante que nunca muere aunque en torno suyo todo sea muerte. Es la seguridad que a ella le faltó.

—Bueno, ya sabes que yo no tengo la profundidad de tu pensamiento, Martín, yo más bien veo que la niña está como perdida, y que su tío tiene algo que ver en eso.

—Nicolás es un pobre hombre, por mucho dinero que haya ganado en su vida. Ahora, a su edad, se ve solo, y Marta es todo lo que tiene.

—¡Pues que se busque otro entretenimiento! Que llame ahora a la puerta de las “pilinguis” con que se entretuvo. Que bien se gastó el dinero en ellas.

—Eres cruel, Ana.

—Las “pilinguis” o los “pilingos”, lo que fuera.

—Y bruta. También eres bruta a veces.

—Yo, por lo que dicen, que a mí me da igual, ¡pero que deje en paz a Marta!

Nicolás los llevó al hotel en que se alojaban ellos.

—No he tenido tiempo de reservar nada, pero aquí no hay problema. ¡Je, je! Aquí el turismo somos Marta y yo. No esperéis gran cosa...

—No te preocupes, Nicolás, que con que esté limpio ya nos vale, Martín y yo no somos de grandes lujos. Somos gente obrera.

—Yo igual. Yo los hoteles, con que tengan garaje... ¡Je, je! Pero aquí en el pueblo da igual. Aquí no hay ladrones; pasa como en la mili, ¡je, je, je! En la carretera hay un sitio en que se come bien. Cosas de por aquí, buen cordero y eso.

—Nosotros no solemos cenar. Yo como algo de fruta, y Martín unos frutos secos, para regular el colesterol.

—¿Secos, eh? Ya veo.

—Bueno, es lo que me manda el naturópata, que yo en la medicina oficial creo poco. Pero mañana podemos ir a probar el cordero ese, ¿verdad Ana?

—Ya sabes que no te sientan bien las carnes grasas.

—Yo tengo unas ciruelas claudias muy ricas en la habitación, me las dio una señora del pueblo.

—¡Ay hija!, pues eso sí que me apetece, que yo en los viajes pierdo completamente la regularidad. Ahora subo a tu habitación a por ellas.

Marta temía la charla de su madre, pero no supo como evitarla.

—¡No sé lo que te está pasando! Llevas varios días metida en este pueblo, sin más compañía que tu tío Nicolás, que, en fin...

—No me pasa nada, mamá.

Ana no paraba de mirar a su alrededor con la misma reprobación que expresaba hacia su ex cuñado.

—¡Menudo tugarío! Hombre, a mí no me hacía falta el Ritz, ¡pero esto...!

—Yo no lo veo tan mal.

—¡Ves? ¡Ves cómo estás rara? Vamos que yo me quedo aquí esta noche para no montar una escena, pero ni me desvisto para meterme en la cama. Me recuesto un poco así como voy, y ya.

—¡Ay mamá! ¡Qué exagerada eres!

—Tú ibas a venir y volver en el día, ¿no? ¿Se puede saber qué te retiene aquí?

—Ya te he dicho, la gente del pueblo está muy interesada por lo de papá. Yo todavía no sé bien qué le trajo aquí.

—Tú no llegaste a conocer a tu padre. ¡Tu padre estaba como una cabra! No hay más que indagar. Como una cabra y a veces como un cabrón. Aunque esté feo decirlo ahora, pero a veces incluso se comportaba como un cabrón con los demás para poder fastidiarse a sí mismo. ¡Fíjate lo que te digo! ¡Es inútil tratar de entenderle!



## XI

—Se tomará usted un güisqui conmigo, Martín?

—No sé qué decirle, es que yo bebidas blancas....

—Si es por eso, tómeselo con Coca Cola y verá como se oscurece. Y no se preocupe por Ana, que le queda buen rato para recoger las ciruelas. Ya sabe, las mujeres se ponen a hablar...

Nicolas Morebro era un hombre curioso. Despreciaba a Martín con toda su alma pero echaba de menos a alguien con quien tomarse una copa.

—Tampoco exagere usted. A él Martín le parecía un cretino porque, dadas las circunstancias, no tenía más remedio que compararlo con su hermano, pero tampoco se hubiese tomado una copa con cualquiera.

En eso tiene usted razón.

—Una vez me pasó a la salida del juzgado. Un inspector de la policía me había denunciado por un asunto de aduanas. Era sólo para sacarme la pasta... Ya conoce usted el paño... En la puerta, retiró la denuncia a cambio de un buen sobre. Entonces va y me dice: “bueno, ya está todo resuelto, ahora nos tomamos una cervecita”. Así que no tuve más remedio que contestarle: “usted ahora se guarda el sobre y la cervecita va y se la toma con su puta madre”. Yo era así. Ahora he cambiado mucho; la edad le hace a uno medio bobo.

En el primer sorbo, Don Nicolás empezó a ponerse tierno.

—Cuántas noches mi hermano y yo nos quitábamos el uno al otro el hambre a bofetadas. No teníamos qué cenar, y habíamos almorzado, a lo mejor, una cebolla cada uno, y un pan negro que abultaba como un chusco pero que se podía apretar en el puño y se quedaba como una almendra. Entonces nos aficionamos a darnos de tortas. Con eso se nos pasaba y podíamos irnos a la cama. Así nos dolía la cara más que las tripas. Martín, usted que es hombre de estudios, ¿qué piensa de lo de mi hermano?

—Usted me perdonará, pero me gusta ser franco en estas cosas. Su hermano se equivocó. No digo que no fuese un hombre sabio, pero se dejó seducir por el poder.

—¿El poder? Si mi hermano podría haber presidido el consejo de administración de cualquier empresa... Si él no hizo más que trabajar toda su vida por un sueldo que yo... en fin, que yo pagaba a gente que no le llegaba ni a la suela del zapato.

—Me refiero al poder político. El imperio americano controla la Ciencia. O lo que ellos mismos llaman Ciencia. Porque lo que no les parece bien se queda fuera. Al final de su vida se dio cuenta de su error.

—¡Ya!, ¡y se vino a este pueblo de mierda!

—Encontró un texto que le mostraba un discurso distinto. Al fin comprendió que el discurso de la Ciencia no es el único posible.

—¿Un discurso? ¿Pero no era una carta?

Marta encontró un momento para leer cuando se fue su madre.

«*Animam petis*». Me pedís mi alma, murmuró con tristeza Gregorio al apreciar que lo que érale demandado había de contravenir todo lo escrito sobre el casto conducirse de un hombre de Dios. Mas aun tuvo fuerzas para traer en su auxilio la autoridad de San Agustín: *“omnis anima omni corpore est melior”*; para decir con ella que en ningún modo habrá de ponerse por delante en el orden de las preferencias cualesquiera cuerpos a alma alguna. Y si acaso la suya, por más que fuese abyecta y pecadora, se derramara por la salvación meramente corporal y terrena de otras criaturas, estaría obrando contra el orden natural de las cosas.

A esto repuso el maestro dominico que por esta razón habría de gestarse todo aquel negocio con el uso de muy extraordinarias providencias. Y así era de todos sabido que la abadesa de las Huelgas retenía grandes poderes terrenales y espirituales, siendo en aquel tiempo tantos y aún más cumplidos que los de muchos obispos. Entre tales poderes estaba el de dispensar a los religiosos de los votos reservados a Su Santidad, como lo es así el de castidad; con la circunstancia de que su dispensa no era absoluta, sino en cuanto fuese necesario para ocurrir a algún daño o peligro perentorio. De esta forma se había obrado anteriormente en innúmeras ocasiones, cuando era el caso que un clérigo hubiese mancillado el honor de una doncella y no se avistase otra reparación que el matrimonio. Tal dispensa, no siendo absoluta, conlleva que el así dispensado retiene el voto para todos los asuntos ajenos a la circunstancia que fue parte para la dispensa. Así es decir, muerta la esposa el voto recupera su vigor.

Parece el caso que Fray Gregorio estaba en aquel punto tan turbado que excusó en todos los extremos el uso de la palabra, y aún pudiérase decir que quedó mudo en acto y potencia por un cierto término. También aquella turbación déjase traslucir en su manuscrito, pues en este punto pasa a describir el encuentro que había tenido con la abadesa al llegar al monasterio, y de cómo aquélla se había interesado porque le trasladase a romance cristiano ciertas inscripciones en escritura cúfica que aparecían en los artesonados del claustro, y que ella recelaba no fueran a ser fórmulas de infieles. Fray Gregorio la tranquilizó, pues si bien aquellos grabados eran aleyas coránicas, no había en todos ellos una sola proposición contraria a la Doctrina, sino por el contrario, grandes alabanzas a Dios. Dícese, empero, que no bien había partido Fray Gregorio del monasterio, la abadesa mandó tapar aquellas inscripciones con cal y con argamasa. Traslado a Vuestra Majestad los titubeos y las dudas que se leen en el alma de Fray Gregorio en este punto, por así hacerle sabedor del gran pesar con el que obró el servicio que se le encomendaba. El cual también hubo de cubrirse por más que fuese hecho con ánimo tan pío como aquellas inscripciones cúficas. Es así también que algunos artesanos piadosos hacen sus mejores trabajos al abrigo de la mirada del hombre, y sólo para los ojos de Dios. Y muchos maestros esculpieron las más hermosas figuras de las catedrales en sitios tales que nadie, sino el Altísimo pudiese contemplarlas, dejando así constancia de su humildad terrena y temor de Dios.

Fueron los particulares del asunto que la abadesa convenció a una dama viuda que había solicitado su admisión a clausura en el monasterio para que hiciese un mayor servicio aceptando en matrimonio a Gregorio, una vez dispensado de sus votos. En el decir del maestro dominico, era aquella dama mujer honesta y temerosa de Dios. Mas por haber sido casada por tres veces y viuda por otras tantas, no podía por menos que conocer las mañas que hacían al caso. Es preciso decir que si se hacía aprecio de tales habilidades era

porque se trataba el asunto de que Gregorio procediera con ella en el justo uso del matrimonio para que ella luego al punto trasladara aquella sustancia a otras mujeres que así lo requiriesen. Esto lo haría con tal diligencia que impidiese el desperdicio del calor vital, porque no fuera así que llegado el caso de la aplicación de la dicha sustancia, estuviera ésta desnuda de toda virtud generativa.

Observó Fray Gregorio que aquel negocio del transporte de semen era más faena de diablos que de buenos cristianos; pues nos cuenta San Buenaventura que los demonios llamados súcubos toman forma femenina para así someterse a los hombres y recibir la sustancia, cuya potencia conservan con astuta habilidad, para después, con el permiso de Dios, convertirse en incubos y así verterlo en los depositarios femeninos. Y lo hacen de esta forma, pues, como es bien sabido, el semen del diablo carece, de suyo, de virtud para la generación. Y dice San Agustín que hay tantos testigos dignos de crédito para confirmar esta actividad repugnante, que sería insolente negar su existencia. Mas fue entonces el maestro dominico quien vino a reponer que no son las causas eficiente o material las que definen la acción diabólica, sino la causa final, y en el asunto que les ocupaba era ésta de muy católica honestidad. Y no hay cuidado en ello, pues es sabido además que pronto y de inmediato se conoce a los siervos de Satanás, y así nos dice San Agustín que Cam, hijo de Noé, lanzó grandes carcajadas al nacer, con lo cual mostró inmediatamente ser servidor del demonio, y es el decir de algunos que este Cam no fue otro que el grandísimo nigromante Zoroastro.

Muchos más fueron los reparos que interpuso Gregorio para aquel servicio, pues no le pareció digno proceder para un hombre de bien el derramarse fuera de la femenil oficina de la generación, como así lo hiciera Onán quedando por ello para el sentir de los tiempos como fundador de la horrible práctica onanista. O si acaso había de obrarse "*per machinam*" y no "*per viam naturalis*" en todo aquel negocio, pues tal parece que para sacarlo adelante habría de componerse con una vejiga de carnero, una capuchita que sirviese de recipiente para el traslado de aquella sustancia. Y es así que dicha providencia podía hacer el caso tal que no sólo habíase de pecar contra Dios, lo que ya parecía casi inexcusable, sino que se hiciera también contra Natura.

Fueron, en fin, hartas en número las quejas de Gregorio, y mucho el acopio que el maestro dominico hubo de hacer de doctrina sagrada para le convencer, más por santa obediencia que por otra circunstancia alguna. "Piensa Gregorio", tranquilizóle el dominico, "que de cuantas cosas nos sea dado hacer en este negocio, no permitirá Nuestro Señor Dios que quedemos sin castigo, mas tampoco habrá de dejarnos sin misericordia". Aún preguntó Fray Gregorio cómo era que habiendo tantas personas principales en Castilla se buscaba a un modesto fraile para tal encomienda. Mas fue contestado que: "el Rey puede hacer Duques, y Condes cuantos quisiere; ahora bien, varones con la Gracia de Vuestra Paternidad para el presente ministerio, sólo Dios puede hacerlos".»

A veces el mundo sale a buscar a los suyos entre la maleza.

—¿Marta? ¿Cómo estás? Soy yo, Abid.

Esto que antecede fue dicho en español. Es decir, más o menos en español, y ahí terminaba su capacidad comunicativa en este idioma. Abid, el señor Dabolí, había llegado hasta Santa María de Huerta, ni se sabe cómo.

—Llegué tarde, Marta, menos mal que al menos te encuentro a ti.

—Mi padre ha muerto, supongo que lo sabes.

Hay veces en que todas las esquinas del mundo se unen para hacer una pajarita de papel.

—Una vez llegado al pueblo, es fácil seguirle la pista, nadie habla de otra cosa que de “Don Pascual”, aunque aquí no he visto a nadie que sepa inglés, ¡qué sitio más curioso! Por cierto, ¿eso de “Don”, significa profesor o doctor?

El señor Dabolí era fácilmente reconocible. No había cambiado mucho.

—Yo le diría que no había cambiado nada. Nada en absoluto.

Supongo que algo habría cambiado. Pero es verdad que seguía siendo un hombre pequeño, con unas manos chiquititas y unos ojos grandes y negros.

—También con mucho vello en el entrecejo.

También. Ahora parecía más joven que Marta. El señor Dabolí seguía manteniendo aquella actitud extraña que en cada gesto le hacía aparecer como el hombre más respetuoso del mundo. Movía la cabeza despacio, y miraba con una intensidad que, si en otros hombres hubiese parecido arrogante, en él transmitía una enorme serenidad.

—¡Ahora hablas español y todo!

—Sólo esas palabras que te dije al principio, aparte de “siesta”, “paella” y “sombbrero”, como todo el mundo.

—Con eso te apañarías en este pueblo pero, ¿por qué has venido?

El señor Dabolí llevaba planificando el viaje desde hacía tiempo. Tal vez le hubiese gustado acompañar a su mentor en aquella aventura, pero acababa de conseguir un buen trabajo en una fábrica de radares. Ahora diseñaba sistemas capaces de distinguir distintos tipos de obstáculos en el despegue y aterrizaje de los aviones. Le pagaban bien porque probablemente era un ingeniero brillante.

—No podía pedir vacaciones en cualquier momento para venir a ayudar a tu padre. Espero que él lo entendiera.

—Pero ¿en qué le ibas a ayudar? Mira, Abid, seguro que tú me resuelves esto. ¿Qué buscaba mi padre en este pueblo?

—Yo tampoco sé en qué le ayudaría aquí. Yo estuve desde el principio en el proyecto, hicimos unas simulaciones de ordenador y todas apuntaban al mismo sitio. Pero una vez aquí... No sé en qué.

Curiosamente, la gente se arremolinaba en torno a aquellas dos personas que hablaban en inglés como si les escucharan atentamente. Tal vez el desconocimiento del idioma les curaba de sentirse indiscretos. El tío Nicolás parecía asentir cada palabra que allí se dijese, y también había aparecido Mariano (el tipo raro), y Martín, pero éste se mostraba más distante, como si no quisiera arriesgarse a que alguien lo metiera en una conversación que no podría seguir.

—Yo es que soy de francés.

Como su madre se había subido a la habitación porque le dolía la cabeza, de los presentes, sólo Marta sabía quién era Abid. Además, ahora parecía conocerle más que nunca. Seguramente estaban manteniendo la conversación más larga de sus vidas. Aun así, de repente eran viejos amigos.

Amigos nuevos, o amigos a secas, no lo habían sido nunca, pero llevaban años recordándose el uno al otro, y eso une mucho. Lo importante no era cuántos recuerdos compartían sino cuántas veces los habían rememorado. Marta había recordado a Abid en momentos diferentes de su

vida. El mismo episodio se le apareció a la adolescente, a la mujer feliz, a la desdichada... Abid la había acompañado mucho, era como un viejo amigo.

—¿Tu padre no te habló del haplotipo estrella?

El padre de Marta no le hablaba de aquellas cosas.

—Además yo soy de letras puras, de Latín y Griego.

—Oiga amigo, ¿y eso de “haplotipo” no será, por lo menos Griego?

Seguramente, pero lo que Marta quería decir...

—Es que mi padre nunca me habló de su trabajo, también sucede que yo lo encontraba muy complicado, no es como si hubiese sido escritor o cantante.

—Es cierto, la gente de ciencias, fuera del laboratorio habla de fútbol o de coches. Los de letras sí que dan la tabarra a cualquiera con sus cosas.

—Pues a tu padre lo del haplotipo estrella lo tenía ilusionadísimo. Los haplotipos son combinaciones genéticas que se transmiten juntas. Tu padre era una de las mayores autoridades mundiales sobre eso.

—¿Pero eso tiene que ver con este pueblo y con la carta esa? ¿Tú has leído la carta, Abid?

Abid bajó la mirada como avergonzado. Era un gesto que Marta reconocía. Abid parecía avergonzarse de todo, como cuando de joven hacían burlas de él en el laboratorio.

—Yo no puedo leerla.

Se avergonzaba con una tremenda humildad, como si él, un americano de origen paquistaní, tuviese que saber español, o en otro tiempo Biología Molecular, siendo ingeniero eléctrico. Abid se avergonzaba con mucho cariño de lo que ignoraba. Nunca pensó que los demás debiesen saber matemáticas. Era uno de esos tipos poco frecuentes que exigen a los demás menos que a sí mismos.

—Tu padre me contó lo esencial.

Marta pensó que eso era mucho mejor que si Abid la hubiese leído. Ahora podía saber qué era lo esencial de la carta para su padre.

—Pues vamos a mi habitación para que me lo cuentes.

De nuevo Abid se avergonzó un poco. Ya he dicho que él se avergonzaba con frecuencia, y también con cierta gracia. En realidad no fueron a la habitación de Marta. Él tenía que registrarse en el hotel.

—La verdad es que aquella gente del hostel estaba haciendo el agosto con los personajes de este libro.

Pues sí, Nunca se sabe por dónde puede venir la fortuna. Marta le ayudó con las oportunas traducciones en recepción. Quedaron para cenar así que Marta encontró un rato para seguir leyendo. Tal vez cuando se vieran se aclararía todo. A veces se distraía de la lectura recordando la cara que puso Abid cuando ella le dijo que subiera a su habitación. Ella lo dijo sin pensar, porque en la calle había mucha gente, pero a él se le puso cara de “Señor Dabolí”; de vez en cuando aún se le ponía cara de “Señor Dabolí”, y a ella le encantaba eso.



«Acordose al cabo que amaneciendo Dios el siguiente día, que tal vez fuera de los primeros de Adviento, se celebraran los esponsales en la iglesia del que, como ahora, llamaban entonces Hospital del Rey, donde hallábase acogido Fray Gregorio, y que está menos de un cuarto de legua del convento. Sería la ceremonia tal que no fuera vista por nadie, sino por la abadesa que había de dispensar el voto de Gregorio, el maestro dominico que había de officiarla y un padrino elegido, porque su memoria no se guardara mucho tiempo, entre los moribundos asilados en el hospital.

Era Gregorio de edad que ya no hacía, como San Benito, su lecho sobre las aliagas, por así sosegar con el dolor la codicia de la carne. Ni recurría ya con tanta costumbre a la purificación de las aguas tras las contingencias nocturnas que turban el sueño aún de los más justos varones. Por el contrario, había dado en practicar un sano ejercicio que ha de recomendarse a todo hombre celoso de su castidad; y es no pararse en la superfluidad del aspecto femenino, sino ahondar con el pensamiento en lo profundo del cuerpo de la mujer, para así apreciar que la suave piel de las féminas no es sino sutil envoltorio de los más repugnantes humores. Y es así que aun las mujeres más hermosas no son en lo corporal sino plétoras de sangre menstrua, moco y substancias nefandas. De esta forma, no ardía ya en el corazón del hermano Gregorio el fuego del placer maligno que abrasaba sus noches de estudiante. Pues es así que los monjes, alejados de la visión terrenal de las hembras, al quedar a solas con sus pensamientos, conciben a veces las más malélicas imágenes. Pues he de decir a Vuestra Sacra Majestad que las más turbulentas mujeres no las hallaremos en el mundo sensible, sino en el alma de los hombres. Y son allí puestas por el Maligno, que privado de la gracia de poner seres en el mundo, contenta su ambición encajándolos en el pensamiento humano. Mas es así que los servicios y las pruebas mandadas por Dios son siempre tales que no sean tomadas por los hombres como consuelo; y de esta forma, pidió Él a Gregorio hacer uso de la afición terrenal cuando menos se lo demandaba su carne. Dícese además de la esposa que tomó Gregorio que no era mujer joven ni bella, y que tenía al parecer ciertos asomos de barbuda, y también que era tuerta de un ojo y rijosa del otro, de modo que le manaba de él un cierto fluido de no muy buena traza. Cierto es, no obstante, que por lo demás no debió de ser mujer de mal talle.

Díjonos el Santo Obispo de Hipona que fue la desobediencia de Adán la que hizo al varón perder la autoridad sobre su propia carne: *“Inoboedientia hominis Deo dignissima retributa inoboedientia carnis menti”*. Así, antes del Pecado, la voluntad de los hombres podía controlar el movimiento del miembro de la generación como lo hace con el de brazos y piernas. Y la animación de aquel que hoy nos avergüenza no era en esa dichosa edad más extraordinaria que levantar un dedo para señalar. Mas ¿cómo podríamos esperar ser obedecidos y servidos por nuestro cuerpo cuando no sabemos obedecer a Nuestro Señor? (*“Iniustum enim erat, ut obtemperaretur a servo suo, id est a corpore suo ei qui non ob-*

*temperarat Domino suo*”). Por esto dudaba Gregorio si acaso llegado al punto de satisfacer los particulares de la empresa, se arruinase aquélla por la rebelde mansedumbre de las partes de su cuerpo que eran menester animadas. Y esto temía puesto que la desobediencia de Adán suele manifestarse tanto por el exceso y la impertinencia del movimiento del miembro en la juventud, cuanto por su ausencia cuando ha menester su agitación en la edad proveya.

Mas no bien habiase incorporado al lecho, halló parte en el movimiento de su cuerpo para traer a su mente la frase del Apóstol en su epístola a los Romanos: “Veo otra ley en mis miembros que contradice a la ley de mi espíritu” (*“Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae”*). Y al hallarse él y su esposa ayuntados en uno, sintió, al parecer, con tan extraordinaria reciedumbre el hervor de su carne mortal, que de él participaban su espalda, sus piernas, y aún las partes menos sospechosas de su cuerpo, tanto como aquélla que hacía al caso.

Al punto que su esposa corrió a aplicar aquel espíritu porque no se disipara o transmutara en el trasiego de un lugar a otro, salió Gregorio, con no menos prisa hacia una charca de las que abundan en aquel contorno para lavar su cuerpo de lo que no podía desprender de su alma. Era ya el tiempo de las primeras heladas recias de Adviento y hubo Gregorio de romper una capa de hielo para arrojarle de bruces, como dicen que hacía el abad Vandrilo en el río Mosa. Allí pidió a Dios humildemente y con los ojos poblados de lágrimas que le apartase de tan horrible servicio. Y esto lo hacía tumbado sobre el hielo, y con el apéndice de la desobediencia de Adán hundido en las gélidas aguas a través del orificio que había practicado.

Allí pensó en Orígenes, quien llevó a efecto por la vía material lo que la Santa Iglesia prescribe sólo por la espiritual para sus pastores, y es seguir la recomendación de Nuestro Salvador: *“Sunt enim eunuchi qui de matris utero sic nati sunt et sunt eunuchi qui facti sunt ab hominibus et sunt eunuchi qui se ipsos castraverunt propter regnum caelorum qui potest capere capiat”*; diciendo así ser sensata provisión el hacerse eunuco uno a sí mismo por amor al Reino de los Cielos. Y fue entonces que por el pensamiento de Gregorio vino a desfilar una muy nutrida procesión de ilustres capones, como los obispos Melitón de Sardes y Leoncio de Antioquía. Y a todos envidió su condición, incluso a los que fueron hechos eunucos contra su voluntad, como el maestro Pedro Abelardo, que lo fue por sus amores con Eloísa, que tanto anduvieron en coplas, y muy en especial por el extremado celo de los parientes de ésta. Y aún vino a su memoria el romance de la penitencia del rey Don Rodrigo que tras perder el reino a manos de moros, vino a recordar los muchos pecados que hiciera, aun con hermanas y primas. Y que tal vez fueran parte para que Dios le negase su favor en aquella batalla contra los infieles. Y también porque el conde Don Julián había dejado pasar a los moros como venganza por haber Don Rodrigo seducido a su hija. Y arrepentido, se enterró en una tumba con una gran sierpe, y pasados tres días respondió así al ermitaño que le preguntó qué tal andaba con tan fatigosa compañía:

“Dios es en la ayuda mía,  
respondió el buen rey Rodrigo:  
la culebra me comía;  
cómeme ya por la parte

que todo lo merecía,  
por donde fue el principio  
de la mi muy gran desdicha”.

Había pedido Gregorio con toda la fuerza de su corazón que, apartado de aquel servicio le fuera permitido el volver a predicar por los pueblos y las ciudades, y que Dios fuera servido de mandarle una señal en aquel momento de angustia. Pronto le encontraron desvanecido y lleváronle al aposento que ocupaba en el Hospital del Rey. En sus sueños, el cielo había tenido a bien cercenar aquél infame apéndice de su cuerpo para hacerle de nuevo predicador. Más cuando despertó, el monte rojo de su ignominia todavía estaba allí. Fue además el caso, que al tratar de hablar, el mucho frío le había cerrado la garganta y no podía decir palabra. Todo esto lo tomó por señal del cielo de que suspendiese la predicación y continuase en el áspero negocio en que se hallaba.

En ello se ocupó Gregorio por más de quince años, y puédesse decir que a pocos hombres puso Nuestro Señor pruebas de tamaña aspereza, pues era mucha la asiduidad con que debía ocuparse del trato carnal, e innúmeras las damas que se sirvieron de aquella diligencia. Entre las cuales, parece que hizo número lo más granado de la nueva nobleza que vendría al cabo a dominar la cristiandad tras la gran pestilencia, y aun alguna reina de Castilla. Y es razón que las más de aquéllas llevasen a buen término su propósito, pues siendo Gregorio un maestro de Montpellier no hace al caso imaginar que no fuese grandísimo perito de la ciencia médica, en la que alcanzó justa fama aquella escuela, ni que ignorase lo escrito en el *“Tractatus de Sterilitate”*, compuesto en aquella universidad y copiado en todas las del mundo, en donde se exponen muy avisados remedios para todos los males que causan la esterilidad en las mujeres. No parece fundada en cambio la especie de que el propio Gregorio fuese uno de los autores de aquella obra, y si acaso fue en algo partícipe de su producción no debió pasar su mano de traducir los textos de la medicina arábica que fueran menester.

Sí es el caso, y nadie podrá dudarlo, que las damas que concibieron de parte de Gregorio, debieron pasar cumplidamente del millar. Pues ha de saber Vuestra Majestad que la sustancia seminal del hombre contiene en su propia esencia un accidente muy extraordinario, y es que puede dividirse en muchas partes, y en cada cual de ellas se conserva la potencia de la completa generación, y no parcialmente. Pues si dividiésemos aquella sustancia, de cada una de sus fracciones podremos extraer un hombre completo; y las mujeres que a una sazón hubiesen sido fecundadas de aquella simiente escindida, no parirán seres incompletos o truncados, sino tan bien rematados que nadie los distinguirá de cualesquiera otros. En esto se diferencia la humana sustancia seminal de las más de las de naturaleza vegetativa, pues si dividiéramos un grano de trigo y sembráramos por separado cada uno de los gajos, de ninguno de ellos hiciéramos prosperar una sola espiga.

No debió de faltar causa para que Naturaleza saliese de su uso y costumbre en un asunto como ése; pues es éste el mismo caso que podemos ver en las especies de la consagración que se transustancian en el Santo Sacrificio de la Misa, para las que ya nos dijo San Agustín, y así lo han recogido la Tradición y la Doctrina, que a quien recibiera cualquier fragmento de aquella Sagrada Forma, se daría Cristo Nuestro Señor por entero, y sin que disminuyera el esplendor de su Naturaleza en un solo punto: *“Singuli accipiunt Christum dominum, et in singulis portionibus totus est, nec per singulas minuitur, sed inte-*

*grum se praebet in singulis*”. Así, cuando fueran varias las damas que aguardaran la si-  
miente de Gregorio, podía ésta dividirse entre ellas sin hacer con ello menoscabo de su ca-  
pacidad generativa.»

—La niña dice que se va a ir a cenar con Dabolí a no sé qué pueblo.

—Bueno, ¿y a ti qué?, ¿es mayorcita no?

—¡Mira que eres tonto a veces! ¿Por qué te crees que lo digo? Se van a poner a darle vuel-  
tas otra vez al rollo ese del muerto. Todo eso del gran misterio y tal. El manuscrito ese y todo. Y  
encima creo que se llevan el coche de Nicolás.

—Bueno, el coche solo no es peligroso; el problema es el conductor...

—Pues me preocupa; me preocupa que mi hija se vuelva loca en este pueblo, ¡seguramente  
soy una histérica por eso! Será que no tengo resuelto no sé qué conflicto de cuando iba con falda  
de tablas, pero me preocupa, ¡Ya ves!

—No se vuelve loca, ¡Ana, mujer!, todo lo contrario, tiene que elaborar el asunto ese de la  
pérdida del padre, nada más.

—Pues yo no entiendo de elaboraciones de ésas, a mí lo que me parece es que esto pasa ya  
de castaño oscuro, ¡eso es lo que me parece! ¡Y no me llames “Ana Mujer”!

Aunque nadie en el pueblo sabía quién era el señor Dabolí, todos le daban una importancia  
tremenda a su llegada.

—Señor Morebro, ¿entiende ahora lo que le digo? Su hermano era un iniciado en cultos  
herméticos. Fíjese los contactos orientales que tenía, como el maestro hindú ese que ha llegado.

Afortunadamente para él, Don Nicolás no había entendido una palabra de lo que le contaba  
Mariano, el tipo raro. Que su hermano era culto, sí. ¿Hermético?, quizá también, según se mirase,  
era muy callado a veces. Él no había conocido al Señor Dabolí en América, o no lo recordaba, se-  
guramente era maestro hindú, o profesor. ¿Él qué sabía? Si él no era más que un aprietatuercas.

—Marta, yo no sé quién es el morito este, pero mira de frente y como debe ser. Si quieres  
hablar con él te vas a otro pueblo. Aquí no. Te llevas mi coche; no se te ocurra coger la chatarra  
esa de tu padre. Además creo que se la va a llevar el del taller, lo tengo casi convencido.

—Seguramente es lo mejor que hable con él. Confío en que nos resuelva el enigma, creo que  
él sabe más que todos los que andan por aquí sobre este tema.

—Sí, y éstos no harían más que fisgar... Una cosa, no sé cómo se dirá en inglés, pero trata  
de dejarle claro... Bueno, lo digo por lo que pueda pasar, tú se lo dejas caer de entrada. Así, en in-  
glés... En fin, que tú tienes quien salga por ti en este pueblo. Supongo que en inglés también se  
podrá hablar claro. Por si acaso lo digo; no por ofender.

—¡Qué cosas tienes!

—Ya, tú tómame por lo que quieras, pero llévalo en la cabeza. Que le quede claro que no va  
con cualquiera... Yo seré un viejo..., pero en media hora tengo aquí...

—Deja eso, tío.

—Vale así. Dicho queda. Toma las llaves del M3.

El restaurante era soso. Recomendación del hotel. Un bar de carretera con un comedor  
dentro donde servían platos contundentes de la zona. Abid pidió cordero, Marta no podía evitar  
dar la nota con lo de las ensaladas. Igual en casa no hubiese comido eso, pero en los restaurantes  
le daba por ponerse remilgada. Seguramente la imagen de la gente atiborrándose en público le  
parecía obscena, o algo así. Abid quería beber té con hielo.

—Los americanos tienen la mala costumbre de no beber Coca Cola casi nunca; y esto yo no lo veo bien. Los estereotipos hay que respetarlos para que el mundo tenga un orden.

Tal vez aquello no era una cena romántica. En realidad no había punto de vista desde el que lo fuese; salvo que las expectativas ajenas tienen su peso. Los pensamientos, y hasta los deseos de los demás se cuelan a veces por unas rendijas que tiene el cerebro pensadas seguramente para mejor causa.

—¡Y la mirada de Abid también!

Es cierto, Abid tenía una mirada íntima, penetrante en sentido estricto. A veces hasta dolía, o pinchaba, no sé.

—Aunque una no quisiera, cenar con él era un poco obsceno.

Tanto como eso no, porque él seguía siendo a ratos el Señor Dabolí. Además aparte de los pensamientos ajenos danzando por allí, no había en el entorno nada romántico. Sí, es cierto que Abid también miraba a Marta de forma especial.

—¿No cree que igual pudo rondar aquella escena alguna consecuencia de la desobediencia de Adán?

¡Hombre, por Dios! No diga necedades. Puede ser que la desobediencia de la carne sea una secuela de la desobediencia a Dios, pero no actúa de cualquier forma. Ya ha leído usted en la carta esa que la tal insubordinación se manifiesta particularmente en dos momentos, la pubertad y la vejez. Eso sí, empujando en sentido inverso. En la edad de Abid da menos sorpresas. Encima él hablaba de su esposa para romper el hielo, o en este caso... el fuego.

—Yalda significa solsticio de invierno. La noche más larga del año. Es una fiesta persa.

—¿Como nuestra Navidad?

—Sí, por esa época, pero es una celebración más antigua, tal vez tenga cuatro mil años.

—¿Tienes fotos de Yalda?

A Marta le extrañó su propia pregunta.

—Debe de ser que le salió del alma.

No sé de dónde, pero el caso es que antes que cualquier otra cosa quiso saber qué aspecto tenía. Años atrás el profesor Morebro se había interesado más por el nombre que por el aspecto de Yalda. Por eso Abid había empezado hablando de eso.

—Pascual, me caso con Yalda el mes que viene.

—¿Yalda?, ¿como la noche del solsticio? ¡Qué casualidad!

Seguramente era sólo timidez, solía eludir los temas personales. Bueno, también es probable que no le interesasen nada. Todo esto es opinable.

—¿Por qué es casualidad, Pascual?

De eso no hace mucho, no hay más que ver que Abid lo llama ya por el nombre de pila, y créame que le costó hacerse. El profesor Morebro estaba ya en ese punto obsesionado con la historia del Páter.

—Bueno, lo digo porque justo estaba pensando en eso, en relación con el haplotipo estrella.

—¡Sí?

—Fíjate que casi todas las culturas tienen una fiesta del solsticio de invierno, y se suele relacionar con algún nacimiento. A ver, ¿qué es lo que se celebra, Abid?

—Bueno, la noche más larga del año...

—¡Exacto!, se celebra precisamente la noche, la oscuridad, porque de ella nace la luz. A partir de esa noche, todo renace, empiezan a alargarse los días... Pero fíjate que no se celebra el día siguiente, sino la noche en sí.

Abid nunca había oído hablar así al profesor Morebro.

—Sí, parecía un profesor de letras; o peor, de eso que llaman “Ciencias Sociales”.

—También es casualidad que los historiadores llamen “Renacimiento” a lo que vino después de la Peste Negra.

—Dicen que eso tiene que ver con el gusto por el mundo clásico o algo así, ¿no?

—Sí, ¡mira que son burros! Hace falta serlo y mucho para pensar que una cuadrilla de pintores, arquitectos y escultores (muchos de ellos, encima, italianos), cambió el mundo.

—Poco después nació la Ciencia.

—Es verdad, tardó poco. Pero la clave la puso la Peste Negra. Occidente debería celebrar su propio nacimiento, su Navidad conmemorando su noche más larga: cuando murió la mitad de la población y se hizo posible el cambio, la regeneración.

—¿Gracias al haplotipo estrella?

—En parte, es posible.

En fin, no hay por qué aclararlo, el Profesor Morebro (*“Sloman Professor”*) creía más en la Genética que en Piero della Francesca. Por su parte, Marta, miraba con cierto reparo la foto que tenía Abid como fondo del móvil, y que él le enseñaba con alguna satisfacción y mucho embarazo.

—Tiene unos ojos preciosos.

Se avergonzó en cuanto se oyó preguntar por la foto de Yalda, pero aún más cuando hizo el comentario sobre sus ojos, mirando con arrebato los de Abid. También pensó que la chica era algo gordita y tenía un poco de sombra en el entrecejo. Pero, afortunadamente eso consiguió callárselo.

—Entonces, ¿de qué te dijo mi padre que iba la carta esa?

—¿Tú no la has leído?

—A mí en este pueblo no me dejan parar; entre mi tío, y todos los demás, no la he terminado, pero he leído buena parte, y sigo sin entender por qué mi padre cambió su vida por ella.

—¡No?

Abid parecía sorprendidísimo. De pronto se cruzaron dos miradas atónitas, cada una por razones contrarias. Marta no podía entender lo que había de interesante para el *“Sloman Professor”* en el episodio aquel tan curil que contaba la carta. Bueno, tal vez que al fraile le dio fiebre y entonces no se murió... Tampoco es para dejarlo todo e irse al pueblo ese... Además que ya llevaba mucho tiempo expuesto a la epidemia y tampoco se había muerto. Es decir, que igual ni era por eso. Abid por su parte, no entendía que Marta hubiese leído la mayor parte del texto y no supiera lo que a su padre le interesaba.

En eso, se acercó el camarero con un refresco de té para Abid. Allí del té helado hecho en casa, ni habían oído hablar. Tuvo que rebuscar en el fondo de la nevera. Aquel camarero seguramente no era un hombre racista; pero pensó que en España tenían eso en los bares para los niños, y también pensó que su padre había tenido suerte de morir sin ver el mundo patas arriba. “un hombre hecho y derecho comiendo cordero con Nestea, aunque sea moro, ¡manda huevos!”

—Abid, ¿Qué tiene de impactante lo del monje ese?

—¿Qué monje?

—El de la carta.

—¡Ah!, ¿Sale un monje?

—¿Cómo? Es la historia de un monje, o un fraile, como se diga.

—¡Ah!, pues de esa parte no me habló tu padre.

—¿De esa parte? ¡Pero si es todo el rato!

—No sé, ya te digo que yo no puedo leerlo.

Esta vez la expresión recatada del Señor Dabolí se le llegó a atravesar a Marta, como una especie de rejo de falsa modestia que asomase entre la maleza de sus pestañas. No es que lo hiciese notar, pero Marta también perdía a veces la paciencia. Incluso con el Señor Dabolí.

—¡A ver!, ¿de qué te dijo mi padre que iba esa carta?

Tal vez se volvió loco, pensó la pobre. Igual mi madre tenía razón y mi padre no hizo otra cosa de provecho más que volverse loco en sus últimos años. Seguramente se valió de que Dabolí no supiera español y le contó una cantidad enorme de sandeces sobre la carta.

—Bueno, todo lo que me contó fue en relación con el haplotipo estrella.

—Pues cuéntame todo eso.

—Es largo. ¡Qué cantidad de cordero! Yo no puedo comerme todo esto.

—No te preocupes que es paletilla, la pata delantera, de unos corderos muy chiquititos que se comen por aquí, y es todo hueso. Bueno, aun así es bastante.

—Está rico. Lo del haplotipo estrella es una historia curiosa. Resulta que con ese proyecto estuvimos muchos años, a tu padre se le metió en la cabeza que podíamos encontrar la razón por la que la Peste Negra se detuvo en Europa.

—¡Ya! Y seguro que tenía razón, mi padre siempre tenía razón, ¡jeje!

—Bueno, tu padre era un gran científico, y los buenos científicos se caracterizan por no pensar que siempre tienen razón, sino por dudar.

—Eso es verdad, en la Ciencia no sé, pero en su vida cotidiana era siempre un mar de dudas. Seguramente todo se le escapó de las manos mientras dudaba. Su familia, su vida...

—Sí, en lo personal era un desastre, perdona que te lo diga. Pero todos sabíamos que era un genio.

Abid se avergonzó un poco en su primera frase, así que tal vez por eso cargó las tintas en la segunda, aunque creía realmente que el Profesor Morebro era alguien especial.

—Cuando le contabas algo que se te había ocurrido, no podías evitar la convicción de que él ya lo sabía, de que te estaba dejando contárselo como para que se lo recordases, o peor, para ver si lo contabas con exactitud.

—Bueno, dicen que era muy bueno en lo suyo.

—Yo no he conocido a nadie igual. ¿Quieres que te cuente una anécdota? No es que sea muy llamativa, pero refleja lo que digo.

—Vale, pero luego me dices lo de la carta, que estoy impaciente.

Seguramente a Marta también le apetecía oír hablar bien de su padre.

—Bueno, pues resulta que una vez fui a una reunión en la que participaban grandes científicos del campo. Uno de ellos presentó una investigación en la que aparecía un resultado desconcertante. Muchos miraban a tu padre porque, si no lo conocían personalmente, al menos sabían de su prestigio.

—Sí, mi padre se movía por eso. Mi madre suele usar la palabra “prestigio” con mucho retintín: “¡Este hombre, como tiene tanto prestigio...!” Bueno... tenía, quiero decir.

Abid acompañó el sentimiento de la mirada de Marta.

—Pues él parecía distraído, y todos seguían discutiendo cómo era posible aquel resultado. Entonces tu padre va y hace una pregunta estúpida. ¡Je, je, je! Algo como... ¿por qué usaron este procedimiento? Parecía que la pregunta no tenía nada que ver con el problema que se discutía. La mayoría puso cara de extrañeza y sólo un viejo profesor de Yale le dijo algo como por cortesía.

—Pascual, es lo que se usa siempre.

—Ya, es posible.

—¡Lo sabes de sobra! ¿Por qué preguntas eso?

—No sé.

—Todos siguieron con su conversación, tu padre se puso a mirar por la ventana, y yo me sentí algo avergonzado. Yo iba allí como su sombra. Al rato llegaron a un acuerdo no muy satisfactorio, una explicación que a nadie convencía del todo, pero era la mejor que tenían; y el profesor de Yale hizo un resumen en dos frases como para dar el asunto por zanjado.

—¡No! ¡No puede ser!

Ahí sí que lo miraron como a un bicho raro. Parecía haber perdido todo su “prestigio” en un rato, y muchos ya no se preocupaban por disimular.

—Entonces se levantó hacia la pizarra. En primer lugar demostró que efectivamente la explicación aportada no podía ser correcta, e inmediatamente aportó una alternativa que daba sentido a su pregunta previa. El resultado era efecto de una propiedad del procedimiento empleado, que era el habitual, pero en ese caso tenía unas consecuencias peculiares.

—¿Y todos aplaudieron?

—¡Por supuesto que no!, lo que se produjo fue un silencio incómodo. La mayoría de ellos seguirá hoy día tirándose de los pelos sin entender por qué no se les ocurrió a ellos. ¡Je, je! Los científicos son así. Pero te puedo asegurar que a partir de ahí todos miraban a tu padre con más admiración que al principio. Hasta con recelo.

—Aquí se llegó a comentar que igual le daban el Nobel.

—Yo creo que eso era imposible. Es cierto que tenía mucho reconocimiento, pero no había hecho ningún descubrimiento excepcional. En ciencias se da el Nobel por alguna aportación muy llamativa, no por toda una carrera, como en Literatura.

—Puede ser.

—Eso refleja la idea general que se tiene sobre la Ciencia. Como si fuese una cuestión de dar un pelotazo, cuando en realidad se trata de una actividad basada en pequeños pasos.

—Seguramente más que la Literatura.

—Mucho más, y a un novelista le pueden dar el premio por haber escrito muchas novelas buenas, sin que ninguna cambiase la historia de la literatura.

—Bueno, ¿entonces tú crees que mi padre encontró en la carta esa lo que podría ser el descubrimiento de su vida?

—No sé, pero sí que estaba muy ilusionado. Pensó que lo que veía ahí podría dar sentido a algunas cosas que no lo tenían. Descubrimientos hechos hace tiempo, algunos por él mismo, sobre el cromosoma Y. Cosas que nadie entendía bien por qué sucedían.

—¡No me digas que esa carta tiene que ver con el cromosoma Y!

—Nosotros habíamos estado investigando un hecho curioso. Existe un haplotipo, —ya te dije, un conjunto de genes que se transmiten juntos por línea paterna; asociados por tanto al cromosoma Y. Aunque yo los detalles de eso los desconozco, yo no soy más que un ingeniero. Pero era

algo que tenía intrigado a tu padre. Parece que él ya lo había observado casualmente en unas investigaciones previas.

—¿Había encontrado un patrón extraño?

—Bueno, una repetición que no parecía deberse al azar. Tenía una habilidad especial para ver lo que nadie ve en unos datos. Sobre todo... ¿Cómo te lo diría?... Para darse cuenta de lo que está y no debería estar, o lo que falta y tendría que aparecer. Lo que pasa es que en aquellos años los medios no eran muchos. Después me puso a mí a trabajar en eso con los ordenadores de la época. Efectivamente, la probabilidad de que esa repetición se produjese por azar era una entre muchos millones. Sin embargo, pronto lo dejamos.

—¿Y encontró alguna clave en la carta?

—De la carta, le sorprendió inicialmente que una pandemia como aquélla se detuviese en un espacio relativamente corto de tiempo.

—Bueno, igual que empezó, ¿no?

—No, lo normal es que algo así hubiese terminado con la especie humana. Yo hice simulaciones por ordenador y pasaba eso. Por más que probaba a cambiar parámetros, con los datos de la Peste Negra... terminaba muriendo toda la humanidad. Quiero decir, toda la población euroasiática, los americanos y eso no, claro, que aún no estaban expuestos. Entonces tu padre tuvo una idea brillante, rara, desde luego, pero resultó que funcionaba.

—No sé si te sigo.

—Bueno, si por alguna razón un varón hubiese sido inmune a la peste, y eso se reflejase en su descendencia, todos sus hijos tendrían una gran probabilidad de sobrevivir; muy superior a la de cualquier otra persona. Esto haría que los genes de esta persona se prodigasen más que ningunos otros.

—¡Dios mío! ¡El fraile!

—¡Ah!, ¡que era un fraile?

—Sí, en la carta aparece un fraile que tiene muchos hijos. Ya sé que suena raro..., y es largo de contar...

—Bueno, en mis simulaciones de ordenador a partir de la distribución de ese haplotipo, el personaje en cuestión tendría que haber vivido hace poco más de 600 años. Los datos poblacionales eran tan exactos que el margen de error no llegaba a los 100 años por encima y por debajo. Yo estaba orgulloso de ese trabajo, pero tu padre... ¡Casi le da un pasmo cuando le dije la fecha!

—Profesor Morebro, el haplotipo estrella es del siglo XIV. Yo diría que más bien a finales.

—¿Estás seguro Abid?

—Totalmente, además en la población europea actual está presente en un gran porcentaje de la población general.

—Y estoy seguro que en todos los aristócratas.

—¿Por qué en los aristócratas?

El profesor Morebro había sido bastante cauto hasta ese momento.

—¡Escepticismo científico!

Eso mismo, Marta y Abid no entraron en ello, así que les dejamos cenar en paz, pero aquello era una prueba totalmente independiente. Sin hipótesis previa, porque no conocía la carta, Abid había analizado todos los datos y apuntaban a una época exacta, y además a un lugar concreto. Ya no había por qué ignorarlo, el haplotipo estrella tenía que ser la herencia de Gregorio de

Berbería. Era muy probable. Y un científico dice que algo es muy probable cuando cualquiera diría que pone la mano en el fuego.

—¿El lugar también se sabía?

Aproximadamente. Las poblaciones más cercanas al lugar de origen mostraban mayor saturación, es decir, había más gente con el haplotipo ese.

—¿Castilla?

¡Exacto! Así que Pascual Morebro decidió comprobar que el haplotipo estaba presente en las familias nobles europeas. Las casas reales y todo eso...

—¿Por qué especialmente ahí?

Sería una prueba de que no todos habían tenido el mismo acceso a esa fuente de código genético.

—¿A la fuente del fraile?

Bueno, dicho así parece un pueblo de Albacete. Lo que digo es que igual que cualquier otro privilegio, el acceso a “aquella sustancia seminal” que dice la carta, se debería haber prodigado especialmente en la nobleza. Además, en este caso hubo una clara intención inicial, no fue selección natural sino guiada: no creo que ninguna mujer pobre recibiera “la tal sustancia”. Por otra parte, en aquel tiempo los nobles tenían más hijos y más posibilidades de sacarlos adelante; todo se podría haber combinado a favor de la expansión de aquella combinación genética.

### XIII

—¿Y consiguió mi padre el código genético de todos esos aristócratas?

—No, eso era imposible, pero consiguió algunos, y todo cuadraba con las predicciones. Eso le hacía suponer que realmente el origen estaba en la persona que él pensaba, el que sale en la carta.

—Sí, era apasionado con los descubrimientos.

—Esa vez más que nunca, por eso pensó que tenía que buscar los restos del hombre que dio origen a la dispersión por el mundo del haplotipo estrella. Sólo así tendría la prueba definitiva. Hasta ahí eran todo conjeturas, como decía él.

—En la carta hay una anotación de mi padre indicando que tal vez el fraile se inoculó por casualidad contra la peste en un cierto momento.

—Bueno, si fuese así nuestra hipótesis sería incorrecta. Si la causa de que esta persona no enfermase hubiese sido adquirida durante su vida, no tendría reflejo en su código genético, y no pasaría a su descendencia.

—Entonces, ¿por qué lo anotó mi padre?

—Pues no lo sé, pero supongo que precisamente por eso. Se fijaba siempre en los datos que podían contradecir sus hipótesis —justo aquello que los demás solemos ignorar— por eso él era tan brillante.

Realmente, el profesor Morebro creía encontrarse ante un hallazgo de una importancia tremenda. No sólo era la solución al problema de la parada en la expansión de la peste, sino que además inducía a pensar en un antepasado común para gran parte de los europeos.

—¿Cómo Adán?

Más bien como Noé, alguien que se convierte en padre de la humanidad tras una catástrofe.

—Ya, el padre nuestro que está en los cielos. ¿Pero esto es posible biológicamente?

No sólo lo es, sino que hay un caso más radical, lo que se llama el “Adán cromosómico”, un personaje del que desciende toda la humanidad y que vivió en Africa hace setenta mil años.

—¡Ah! Pues a ese pobre le debió de pasar lo mismo que al Páter, que “...a pocos hombres puso Nuestro Señor pruebas de tamaña aspereza, pues era mucha la asiduidad con que debía ocuparse del trato carnal”.

Bueno, no sé. El caso del Páter Gregorio es muy distinto, sobre todo porque desde el punto de vista biológico es muy reciente, lo que supone una expansión muy rápida.

—Una propagación muy selectiva de sus genes.

Eso es, esto sólo es posible en una situación en que dichos genes tengan una ventaja muy clara sobre los demás. Por ejemplo, parece demostrado que los genes de Genghis Khan están presentes en cinco de cada mil humanos actuales,

—Pues eso son casi treinta y cuatro millones de personas.

Algo así será.

—¡Menuda descendencia!

Simplemente el poder de una persona y de su linaje puede producir una selección social tremenda. En el caso del Páter, el efecto pudo ser aún mayor que en el del Gran Khan, porque se da la circunstancia de la peste, y además una clara intención reproductiva.

—Clarísima: “se trataba el asunto de que Gregorio procediera con ella en el justo uso del matrimonio para que ella luego al punto trasladara aquella sustancia a otras mujeres que así lo requiriesen. Esto lo haría con tal diligencia que impidiese el desperdicio del calor vital, porque no fuera así que llegado el caso de la aplicación de la dicha sustancia, estuviera ésta desnuda de toda virtud generativa”.

De todas formas, no parece que el caso de Gregorio alcanzase a toda la población, pero casi...

—¿Y cómo es que detuvo la epidemia entonces?

En los modelos del Señor Dabolí, eso era posible aunque no todo el mundo fuese inmune. Bastaba con que surgieran barreras de gente invulnerable a la bacteria. Ellos actuaban como cortafuegos. Es decir que la epidemia se topaba con una población así, y se consumía en la puerta. Eso hacía que otras poblaciones no inmunes que se encontrasen detrás de la barrera también pudiesen sobrevivir,

—Siempre hubo aprovechados.

Sí, como los niños que andan sin vacunar por el primer mundo porque sus padres son esotéricos u homeópatas, o qué se yo. Que sobreviven gracias a que todos los de su alrededor crean la barrera. Aunque en el caso de los hijos del Páter, los siglos harían que los que portaban el genotipo de la inmunidad tuviesen ventaja siempre, de forma que el haplotipo estrella cada vez era más frecuente.

—En fin que el profesor Morebro creía haber encontrado al padre de todos los hombres. Ya entiendo lo de: “*Semen illius crescet in gentes*” que se dice en la carta.

Algo así. Como decía, parece que todo el linaje de Gregorio era inmune, por eso la generación siguiente detuvo la plaga, y por eso nunca volvió a haber una peste igual. A eso apuntaban los datos, aunque faltaba la prueba definitiva

—Encontrar el cuerpo del fraile y hacer un análisis genético.

Seguramente era imposible, aunque llegase a aparecer, sería raro que estuviese en buen estado. Pero el profesor Morebro no quería desistir. Lo que no le faltó nunca fue la constancia.

—¿Gregorio de Berbería está enterrado aquí?

—Eso no lo sé, Marta, pero ahora me suena ese nombre que dices, un nombre larguísimo como los típicos españoles, yo soy incapaz de repetirlo, pero a tu padre se lo oí alguna vez.

—Ya, voy entendiendo algo, creo.

—Oye, ¿por qué los españoles usan nombres tan largos?

Volvieron pronto al hotel, Marta estaba deseando terminar la carta. También tendría que repasar algo de lo que ya había leído. Seguro que se le habían escapado muchas cosas. Ahora la leería de otra forma. Al despedirse de Abid, no pudo evitar mirarle de nuevo de frente, y ruborizarse un poco; más que nada por las expectativas ajenas.

«No terminó aquel tan vitando servicio de Gregorio sino en el punto en que murió su esposa. Y lo hizo de una espantosa muerte, pues habiendo recogido su sangre menstrua en un

pañó, dejó éste allá donde un perro pudo ir a lamerlo. Y al efluvio de aquella sustancia inmundada, rabió el animal. Y con esto confirmó lo que Plinio el Viejo e Isidoro de Sevilla dijieran sobre las terribles consecuencias de aquella superfluidad repugnante sobre los canes y sobre muchas otras criaturas, y así lo recogió el papa Inocencio III: *“et si canes inde comederint in rabiem efferantur”*. Junto con las horrendas postrimerías de la suya, llevóse el perro la vida de la mujer. Y fue mucha la tristeza de Gregorio en aquel punto pues aunque había estado ligado a ella por un lastimoso servicio, no faltó la ocasión para que su corazón la colmase de amor cristiano y afán de virtud.

Al verse de nuevo custodio de sus votos sintióse aliviado del grave peso de su carga, y como era el caso que ya la pestilencia no se mostraba tan mordaz en aquellas tierras, nadie le urgiera para que obrase de forma distinta a la que le dictaba su conciencia. Fue la resolución de Gregorio acogerse a la obediencia de un monasterio, y debió de ser el que halló más a mano, el cisterciense de Santa María de Huerta, lugar en el que había predicado largo tiempo atrás.

Mas era tanta su humildad, que no sintiéndose correspondiente de las sagradas órdenes, pidió se le acogiera como hermano lego. No fue empresa espinosa el conseguirlo, pues de la mortandad se había derivado una gran falta de gente trabajadora. Y entre los legos pasó los que vinieron a ser sus postreros días, que tal vez fueran de mucha felicidad, y allí fue donde escribió la carta a la que atiendo para ésta que mando a Vuestra Majestad. Mas dícese que un día en el refectorio de los legos, notó Gregorio que éstos comían sin la compañía de la Palabra o de la lectura de la Santa Regla, y al preguntar cómo era esto de esa manera, dijéronle que ellos no tenían escritos, ni sabían de latines, y que sólo servían a Dios con su trabajo. Díjoles Gregorio que no sería necesaria ninguna de aquellas diligencias pues él les recitaría las Escrituras de memoria. Así empezó a hacerse, y tal parece que en llegando a oídos del abad aquella novedad extraordinaria pidió trajeran a su presencia a aquel sabio lego.

Mucho se sorprendió el abad al ver entrar a Gregorio en la sala capitular, pues es sabido que aquel abad supo oír la voz de la vocación tras haber escuchado en su mocedad la de Fray Gregorio predicar en su lugar. Y levantándose de su cátedra acudió hasta donde, hinojos fitos, hallábase Gregorio: ¡Magister! fue la sola palabra que salió de sus labios. Debió de discurrir en aquel punto el abad que si el último de los legos era un maestro de Sagrada Teología, ¿quién podría en aquel monasterio tomar la dignidad abacial por merecida? Mas fue la respuesta de Gregorio: *“Magister nisi unus Christus”*; diciendo así ser Nuestro Señor Jesucristo el único digno del nombre de maestro. No consintió Gregorio ninguna de las dignidades con que el abad quiso regalarle, y fue su vida la más atinente a un común hermano lego, que era tanto en aquel tiempo, y aun hoy, como la de un gañán de hacienda. Y aunque no era ya un hombre joven, como no le faltaran las fuerzas, tanto ahechaba el trigo para la cilla como cortaba la leña para la cocina. En esto termina Gregorio su referida historia, dando gracias al cielo por permitirle pasar la edad provecta donde pudiera esperar con serenidad una muerte honrada.

Mas dícese que Dios guardaba para él nuevas aflicciones. Y siendo así que la *“Regula Sancti Benedicto”* pide a los hermanos se abstengan de comer la carne de los cuadrúpedos, pues es ésta, sobre todo para los hombres jóvenes, una muy grande despabiladora de la concupiscencia, no la había en los corrales del monasterio: *“Carnium vero quadrupe-*

*dum omnimodo ab omnibus abstineatur comestio, praeter omnino debiles aegrotos*". Cuando era así que por la enfermedad o debilidad extrema de algún hermano era ésta necesaria, no faltaba en las aldeas del partido algún vecino que la proporcionase.

Mas debió de ser el caso que fueran muchos los enfermos en el monasterio, o que faltase la carne por cualquier otro asunto. Y un joven novicio de edad de hasta trece o catorce años dijo haber visto un corzo que bajaba por las tardes a beber al río Jalón, cerca de Belimbre. Y él, por haber sido pastor de ovejas, se daba muy buena maña en hondear, y así podía ir a buscarlo si alguno le acompañaba. Fueron con él Gregorio y otros dos hermanos legos, y tal era verdad lo que decía el muchacho, que allí hallóse el corzo y allí le hirió aquél con la honda. Aún herido, el animal corrió hacia el monte siguiendo el curso del que los naturales llaman río del Vadillo, y lo hacen de esta manera pues en ninguna parte es aquel riachuelo tan profundo que no permita vadearse con facilidad por hombres y bestias. Todos se urgieron a seguir al animal, mas ninguno lo hiciera con la presteza de Gregorio, pues era fama que nadie en campo abierto poníase a su paso, que sus largas piernas le hacían dar trancos de más de dos varas, y también porque siempre fue hombre muy hecho al camino.

Así fue el caso que tras haber corrido más de dos leguas viose solo y cerca de la torre que allí llaman del Mareque o Maíque, y que en lengua morisca, —pues en aquel tiempo los más de los vecinos de aquel contorno tenían algo de sarracenos— decían Almadeque, que es tanto como decir en cristiano "del collado". Pues es torre que guarda un cañón o garganta que es paso entre los reinos de Aragón y Castilla, y que lo fue entre tierra de cristianos y de moros. En el tiempo en que llegó allí Gregorio eran en guerra Pedro I de Castilla y su hermanastro Enrique, el de Trastámara. La torre de Almadeque era en manos de los nobles leales al Trastámara, y era allí mucha hueste apostada por cerrar el paso a los aragoneses que eran del partido de Don Pedro.

Al ver llegar con tanta prisa a un hombre de tan disforme grandeza como lo era Gregorio, tomáronle por un jayán o por un descomunal moro. Y quiso el infortunio de Gregorio que entre aquella hueste tuvieran a un arquero inglés, de los que prestaban su brazo y su gran arco de tejo (que en su farfulla llaman "*lonbou*") a quien mejor lo pagara. Y eran estos arqueros muy requeridos de muchos señores, pues podían matar a un hombre de media legua, y sin que éste tuviera ni aun el consuelo de ver la cara de quien quitaba su vida. Y los que en su tierra son tan admirados que andan en romances como si fuesen cides campeadores, o al menos caballeros de los que luchan de frente y con armas parejas. Y no es otro el caso de uno al que llaman "Robín", que es como decir "petirrojo", que se agazapaba en los bosques para desde allí hacer, tal vez, lo que nunca hiciera un hombre temeroso de Dios, y el cual, tengo para mí que no debió de ser sino un grandísimo bellaco.

Desde la torre del Mareque hirió el arquero a Gregorio, el cual corrió a guarecerse entre la hiedra que es muy densa en la pared frontera del barranco, al otro lado de la torre, por donde baja, aún en verano, una buena torrentera. Pronto faltáronle las fuerzas, y los que bajaron a le buscar y dar caza encontráronle tendido boca abajo. Al moverle, una gran culebra salió de bajo su costado, con lo que todos se espantaron gritando: "¡Malum signum!"; que si hubieran sido tan católicos cristianos como eran supersticiosos y agoreros, otra cosa hubiesen gritado, y de otro modo habríanse conducido. Mayor fue el espanto que hubieron al ver la cara de Gregorio, pues les pareció que el rostro de aquel gigante y el

del hijo de su señor, excusadas las diferencias de edad, eran todo uno. Y en su ignorancia de los particulares, discurrieron ser todo aquel asunto de parecerse tanto un ferocísimo jayán de cuyo seno asoma una sierpe a un muchacho noble, cosa de brujería y encantamiento.»

La madre de Marta había estado acechando el regreso de su hija. Nunca hubiese admitido la intriga que ya empezaba a causarle aquel asunto de la extraña búsqueda que emprendió Pascual al final de su vida. Su versión sobre su propia inquietud era más simple.

—Menos mal que has vuelto pronto, estaba algo intranquila.

—¿Por qué? Te dije que iba con Abid a cenar.

—Ya, pero te veo rara con todo este asunto, Martín y yo nos vamos por la mañana a Madrid, ¿vendrás con nosotros?

—Bueno, el tío Nicolás dice que podemos volver en su coche.

—¿Y tú le has dicho que sí? ¡Ni se te ocurra! A mí me lo ofreció también. Parece que ahora le ha dado por hacerse de la familia.

—Bueno, él tiene coche, y cabemos los cuatro.

—¿Y Abid?

—No le he preguntado cuándo se va ni cómo.

—No, digo que si te contó algo de interés.

—Nada, parece que papá buscaba cosas relacionadas con sus investigaciones.

—¡Ya te decía yo que sería una tontería!

No sólo su madre, la propia Marta restó siempre importancia al trabajo de su padre. Con frecuencia se pone de moda despreciar a la Ciencia. A diferencia de la de mantenerse delgado, esta moda se sigue sin esfuerzo; porque es fácil despreciar lo que no se entiende. Curiosamente, después de tanto tiempo sin interesarse lo más mínimo por el trabajo de su padre, ahora Marta casi no podía dormir por descubrir a qué dedicó sus últimos años. Unos meses atrás le hubiese bastado una llamada de teléfono para enterarse.

—Y al profesor le habría encantado.

¡Imagínese! Si su hija le llama para preguntarle por sus investigaciones le da un ataque de orgullo.

—Igual hasta se hubiese muerto antes.

Puede ser. No contaba esas cosas a nadie, pero hacía tiempo que padecía del corazón y a veces, al acostarse, tenía dificultad para respirar.

Al llegar a su habitación, Abid recibió una llamada por el teléfono interno del hotel.

—Disculpe, no hablo español.

Era la frase que más había repetido últimamente. No sólo por las calles de aquel pueblo, sino incluso a Marta para justificarse por no haber leído el manuscrito. En esa ocasión la usaba algo a destiempo porque su interlocutor creía estarle hablando en inglés. Y al darse cuenta, Abid siguió en su idioma.

—Disculpe, no me había dado cuenta de que me hablaba usted en inglés.

La disculpa no quedaba muy bien. Parece feo espetarle a alguien que habla fatal, pero...

—Estamos en la parte baja Mariano y yo abajo, por favor baje, por favor abajo.

Abid bajó al vestíbulo sin saber bien quién le buscaba. Pensó que tal vez fuese de recepción, aunque allí no había nadie cuando subieron.

—Supongo que no era un hotel fino, con recepción veinticuatro horas.

Hubiese llamado a Marta para que le volviese a hacer de intérprete, pero prefirió no molestarla de noche. Aunque aún no serían las diez, él era algo inglés en el fondo. Posiblemente por su ascendencia pakistaní.

—¿Va usted a transcribir la conversación que se produjo?

No crea que no me gustaría, pero va a ser imposible. De todas formas trataré de que se enteren de tanto como los propios contertulios. Creo que eso no será difícil. Al bajar le esperaban en el recibidor Mariano (el tipo raro), y otro casi tan raro como él aunque de manera distinta. En este mundo hay muchas formas de ser raro; muchas más que de ser normal. Abid recordaba haber visto a Mariano, aunque no tenía ni idea de quién podría ser. El otro no le sonaba.

—¿El otro era el intérprete?

Se puede decir así. Era un chico joven, de unos veinte años, tan flaco que la piel de su rostro parecía tendida sobre su calavera, como una toalla en una silla. Era alto, aunque menos de lo que parecía de lejos; y Abid lo encontró en una de sus posturas habituales, inclinando su cabeza hacia la derecha, como en busca del hombro de un ser querido imaginario y altísimo. Por debajo de su oreja, y junto a una columna rematada con un arco que había en la entrada, Mariano parecía entre paréntesis. A un gesto suyo, el intérprete se dirigió educadamente a Abid.

—Buenas noches Mister Abid, permítame presentarle a Mister Mariano.

El tipo raro era bastante persistente, no le había salido muy bien su plan con Marta, y ahora atacaba a Abid. Desde el primer momento pensó que aquel individuo tenía algo de enigmático, y para Mariano había un tipo de enigmas a los que no podía resistirse.

—Bueno, lo que tenía de enigmático era su aspecto de maestro de yoga, ¿no?

Pues no tenía mucha pinta de eso, como no fuera por su raza, y eso, en todo caso sería sólo para un occidental poco acostumbrado. Vamos, que no lo parecía más que cualquier paquistaní que hubiese aparecido por el pueblo. El caso es que Mariano pensó que Abid podía resolverle el misterio. Como Mariano no hablaba una palabra de inglés pidió a un primo suyo de Zaragoza que veraneaba por allí que le ayudase en aquella empresa. Su primo Iván había pasado el verano anterior en Dublín trabajando en una hamburguesería. Además estudiaba Derecho, y en la familia tenía fama de listo. Lo cierto es que su inglés era bastante mediocre, como pronto se vio.

—Mira Iván, este asunto es de gran importancia. Más de lo que te puedes imaginar.

—Pues entonces, no sé, igual puedes buscar un traductor más experto...

—No seas modesto, ¡Je, Je! Además tú sabes mucho del mundo del misterio, que has tenido en mí un buen maestro. Y a veces, eso es más útil que un acento impecable en inglés.

Iván había tenido que sufrir durante su infancia algunas de las enseñanzas de su primo, y había sido iniciado en los ritos más extraños. Recordaba bien el día en que casi quemaron la casa de su tía en su torpe elaboración de la “antorcha ritual de Hécate” a base de manteca de cerdo untada en un palo vendado.

—Es que yo no tengo mucha soltura con el inglés.

—¿Sabes?, o yo me equivoco de parte a parte, o todo esto no va a hacer ni falta. No me extrañaría que ese maestro hindú y yo fuésemos capaces de comunicarnos telepáticamente.

—¡Ah!, pues razón de más.

—Mira, tú vienes más bien para ayudar un poco, además, ¡no querrás perderte un encuentro así!

A Iván no le hubiese importado perderse cualquier cosa. Era un chico tímido, y sabía que iba a pasarlo mal. Claro, que esa misma timidez le impidió negarse con rotundidad, y acabó acompañando a Mariano en un episodio algo estrambótico.

—Dice Mariano que venga con nosotros a beber.

Bueno, está claro que no se le daban bien los circunloquios en inglés. Abid no hacía más que abrir los ojos cada vez más.

—Dile que sabemos lo del manuscrito: la historia de Gregorio de Berbería.

—Dice Mariano que conocemos a Gregorio, el de la “*barber shop*”.

—¡Ah! Yo soy nuevo en el pueblo, no conozco a nadie, pero no me quedará mucho. Se lo agradezco de todas formas.

—Dice que no lo conoce y que se va, pero te da las gracias de camino.

Mariano trataba de componer la mirada más enigmática de que era capaz para dirigirla sobre Abid. Por el contrario, éste más bien era presa de una completa desorientación. No sabía si aquellas personas eran los representantes de un barbero, o pretendían venderle algo. Desde luego era extraño su comportamiento pero el país también lo era. Igual en España era costumbre hacer reuniones de “Tupperware” a las once de la noche. Lo cierto es que contra los intereses tan diversos de uno y otro, Mariano percibía una mirada mucho más enigmática en Abid que viceversa.

—Dile que tengo algo que enseñarle, que nos acompañe.

—Tenemos una lección para usted, venga con nosotros.

—Lo siento, no estoy interesado en comprar cursos ni nada.

—Que dice que lo siente, y que no le dice adiós a nadie.

—¿En qué sentido lo siente?

Este comentario de Mariano fue hecho sin despegar la mirada de Abid y con un tremendo despliegue de magnetismo. Ya ni miraba al pobre Iván, que había arrancado a sudar. Toda su piel se acababa de convertir en una extensa espita. A la vez, empezaba a rondarle un deseo que era en él habitual en situaciones tensas. Hurgarse la nariz.

—¿Es posible que Mariano empezase a sentir la emisión telepática de Abid?

No sé qué decirle. Lo cierto es que Mariano seguía enfrascado en la situación que había planificado, y no se dejaba defraudar fácilmente.

—¿Qué sentido siente usted?

Abid quedó algo perplejo por la pregunta, pero no mucho más que el propio Iván al oírse formularla. Ante el silencio generalizado, Mariano sintió un cierto cosquilleo. Había en su expresión un brillo de victoria, como si aquel silencio demostrara la profundidad de su pensamiento.

—Tal vez nosotros tengamos algo que usted necesita, y usted pueda a cambio ofrecernos su sabiduría. Yo conocí muy bien al doctor Morebro, y sé mucho sobre él... más de lo que imagina.

—Dice Mariano que lo que tenemos le va a hacer falta y se lo cambiamos por algo suyo. Que si usted sabe mucho, nosotros sabemos..., bueno, Mariano sabe más de lo que se imagina y conoce al doctor Morebro y todo.

Abid no entendía nada, parecían unos vendedores extremadamente insistentes, y con extrañas estrategias de márketing, pero la mención del profesor Morebro le hizo desistir de su intención inicial de escapar.

—¿De qué le conocían? ¿Él era un comprador habitual de ustedes?

Abid conocía el truco, algo como: “Todas sus vecinas han comprado ya esta magnífica enciclopedia, señora. ¿Será usted la única que no lo haga?”

—Dice que si él te intentó comprar lo que tú sabías.

La verdad es que el propio Iván estaba ya rellenando lo que se le escapaba de las frases de Abid con las ideas de Mariano. Cuanto más disparatadas, mejor. Y, efectivamente, esta última frase era la que mejor le había parecido al tipo raro. Hasta el punto de que en ese momento cambió su forma de mirar. Ya no tenía que hacer un esfuerzo para parecer enigmático. Ahora se creía poseedor de un codiciado secreto. El hecho de que él mismo ignorase de qué se trataba no parecía distraer su convicción.

—Venga por aquí.

Mariano tenía el coche en la puerta del hotel, y había omitido la intermediación de Iván para su última frase. Quizá no hubo telepatía pero el gesto habló por sí mismo y Abid se vio dentro del coche antes de pararse a reflexionar. Una vez allí sí que le vinieron a la memoria algunos de esos episodios que se suelen contar sobre personas raptadas en países remotos.

—¿Adónde vamos?

—Dice que adónde estamos yendo.

Llegaron enseguida a casa de Mariano. Su madre se había quedado dormida viendo la tele. Pasaron directamente a la biblioteca. Mientras subía por la escalera, Abid pensó que tal vez era su última oportunidad de salir corriendo; pero no era su natural. Echar a correr hubiese sido una reacción brusca que no iba con su estilo. A veces la gente se mueve por costumbres más incluso que por interés.

—Yo sé lo que usted está pensando, Míster Abid. Usted cree que no tenemos nada que ofrecerle, pero voy a ser generoso, y le voy a enseñar algo que usted no conoce. Ni siquiera Don Pascual que en paz descansa llegó a verlo.

La frase era demasiado larga y compleja, así que el pobre Iván vino a traducir algo como:

—Mariano sabe que usted está pensando que no tenemos nada para usted. Eso es porque usted es un ignorante. Así que le enseñaremos lo que no sabe. Don Pascual tampoco lo vio y se murió.

Abid contestó con una mirada de profunda perplejidad. Pero en este caso Mariano no esperaba respuesta. Sacó ceremoniosamente un folio mecanografiado con lo que parecía ser un poema. Lo interpuso entre él y Abid, y sin rebajar el gesto encendió un flexo sobre el folio, y señaló una silla.

—Siéntese, Abid.

Abid se sentó como si entendiera el español. Más aún, como si comprendiese algo de lo que allí estaba pasando.

—Iván, traduce.

Esto ya no pudo ser. Al menos no de una forma natural. Iván miró el texto y puso cara de carnero degollado, o al menos de corderillo a punto de degollar. El pobre Iván puso la única cara que tenía en ese momento.

—Que era la de un hombre hundido por el peso de la responsabilidad.

No, más bien era la de alguien que no podía explicarse cómo había llegado a esa situación. Le pasaba como a Abid, sólo que en su caso la historia de su problema era más antigua.

—Bueno, es normal que de niño le sorprendiesen las cosas que contaba su primo Mariano.

Supongo que sí, pero ahora lamentaba mucho todo eso. Los que no saben nada de inglés, como Mariano, no se dan cuenta de que en España la mayoría de los que saben inglés, en realidad

casi no saben inglés. Había empezado a hurgarse la nariz de forma automática. Ya no era del todo dueño de sus actos.

—¡Pobre chico! Si es que eso del inglés es complicado.

El caso es que además de que Iván no entendía casi nada de lo que decía Abid, y que tampoco sabía cómo pasar al inglés las frases de su primo, ahora resultaba, que le pedían traducir un poema.

—¿Un romance?

Eso, un romance que apenas contenía alguna palabra que Iván conociese en inglés.

—¿Y en español?

En español también desconocía muchas. Mariano se dio cuenta de que había olvidado un detalle, así que dio un respingo y sacó de una caja de cartón un paquete de varillas de sándalo. Encendió una y la unió al conjunto de objetos que estaba disponiendo en la mesa. Era una deferencia al maestro hindú. Sin embargo, era completamente absurdo para Abid, y el humo del sándalo le hacía toser. El papelito que les pusieron por delante a los dos pasmados bajo la luz del flejo, decía así:

«No otro que el Páter estaba  
por la puerta del sagrario.  
Allí guardaban reliquias  
del oro más codiciado.  
Y allá se pareció el moro  
con trescientos de a caballo.  
Nunca vieran sarracenos  
cuerpo tan desmesurado.  
Sus piernas son como robles,  
como carrascas sus brazos.  
El grandor de sus espaldas  
a los moros daba espanto.  
Mas como el moro viniera  
con trescientos de a caballo,  
dióle valor la compañía,  
que no el vigor de su brazo.  
Bien oiréis lo que allí habló  
Y cómo dájolo en alto:  
“Dejadme franca la entrada  
haceos a un lado, diablo”  
En hito mirolo el Páter,  
la cruz asida en sus manos.  
Picó el moro las espuelas  
así hicieron sus soldados.  
Mas no bien esto habían hecho  
viéronse descabalgados.  
Pues si moros eran ellos,  
los sus caballos, cristianos.

Llámalos al punto el moro  
Desde tierra y bien mancado:  
“no pleguéis a argucias viles;  
volved aquí mis soldados”  
Al correr por la floresta  
así los moros hablaron:  
“No tenemos de volver  
de donde Alá nos ha echado”»

Era verdad que Pascual no había visto ese romance, pero era uno de tantos muy parecidos, de los que hablaban de Gregorio de Berbería como una especie de héroe matamoros.

— ¿Matamoros o mata moros?

Más bien lo segundo, es decir, en sentido estricto un tipo que mataba moros. O al menos los ponía en fuga por más que fuesen trescientos.

— ¡Trescientos no serían! ¿no?

Bueno, el romance siempre exagera algo.

— ¡Ya! Es que, muchos moros me parecen a mí trescientos para un solo cristiano, por gigante que sea. Bueno, trescientos uno, contando al jefe.

Sí, pero en fin, que lo que los romances cuentan no aparece en el manuscrito por ninguna parte. Los romances hablan de un frailón enorme que custodia reliquias. Ni mencionan su grado de Magister en Teología Sagrada, que en aquel tiempo, suponía un nivel altísimo de estudios de Filosofía y de todas las ciencias. Vamos, un nivel de conocimientos que sólo alcanzaba un puñado de personas. Los más sabios de Occidente.

— ¡Hombre! ¡No me diga que eso le extraña! No querría que el trovador se muriera de hambre:

«Vengan los chicos y grandes  
a escuchar la historia heroica  
de quien supo de gramática  
tanto como de retórica»

Ya, tiene usted razón; los niveles de audiencia siempre han tenido su importancia. Eso no es un invento de la televisión. Pero parece que Fray Gregorio fue un predicador de fama. Bueno, ya sé lo que me va a decir, ¡si terminaremos estando de acuerdo! Al fin y al cabo, lo que reflejan los romances es seguramente también real en alguna medida. En el tiempo de la Peste Negra se abandonaron muchas iglesias porque los lugares quedaban despoblados, y hubo grandes saqueos. Seguramente hubo personajes heroicos que defendieron las reliquias. Es posible que el Páter encarnase a todos ellos en los romances, o al poder de la Iglesia de Cristo, simbolizada en un fraile descomunal.

— En eso sí que coinciden los dos relatos, en que el tipo era enorme.

“A lo que se dice, de hasta ocho pies de altura en medida castellana, lo que viene siendo una descomunal grandeza”. Si esto era así, estamos hablando de casi dos metros y veinte centímetros o algo por el estilo, según el pie castellano medieval. Realmente descomunal.

— Además, que en aquel tiempo eran todos bajitos, ¿no?

La estatura media era más baja que ahora, naturalmente, pero la media es un estadístico algo engañoso a veces.

—¡Ah, sí!, que si los españoles tienen una media de dos relaciones sexuales a la semana... alguien se está adjudicando las dos mías.

Más o menos es eso. En la antigüedad había mucha gente que moría joven, pero Platón vivió ochenta años. Una edad que sigue estando algo por encima de la esperanza de vida media del varón actual.

—Ya, con tres o cuatro que muriesen de niños tiraban de la media para abajo.

Tres o cuatro no, en la Edad Media, morir de niño era lo más normal que podía pasarle a cualquier nacido. Pero había ancianos de las mismas edades que ahora, sólo que muy pocos. Era menos frecuente llegar a viejo. De igual modo, la desnutrición y otros problemas hacían que la estatura media de la población fuese baja, pero había algunas personas altas. Sancho VII de Navarra medía más de dos metros veinte.

—Como Fray Gregorio.

Sí, como el Páter. Dicen que en la batalla de las Navas de Tolosa, Sancho el Fuerte podía empuñar el mandoble con una sola mano, y así descabezar moros a diestra y siniestra.

—¡Qué gusto!

Y el Moro Hariz, o Fariz, al que degolló el Cid con el mandoble a orillas del Jalón cerca de Medinaceli, en duelo singular, no debía de andar muy lejos de esa estatura.

—Claro, que el Cid cogería el mandoble a dos manos.

Seguramente. El Cid lo empuñaría como su propio nombre indica; vamos, que sería etimológicamente correcto.

—Pues sí, como debe ser.

Aunque también sería raro que los romances y las crónicas no exageraran un tanto en eso de las estaturas; pero, en fin, personas altas o altísimas como Fray Gregorio debió de haber varias. ¡Digo yo! Tanto la Biblia como los libros de caballería hablan continuamente de gigantes. Serían raros como para llamar la atención, pero alguno habría.



#### XIV

—Ustedes disculpen, es un poco tarde para mí...

Abid había renunciado a entender nada, y el olor del sándalo le estaba mareando. La traducción del romance se había visto especialmente perjudicada por la pronunciación de Iván. La palabra “moros” había pasado a significar “idiotas” en el oído de Abid por interferencia de “*morons*” en inglés.

—También es posible que Iván no se entretuviese en traducir muy bien.

Iván estaba desesperado, así que hizo una especie de traducción libre de lo que decía el romance, y Abid entendió algo como: “En la puerta de la iglesia estaba el padre. Se parecía mucho a un árbol. Entonces vinieron trescientos idiotas, pero se cayeron del caballo en que venían todos. Así que se fueron a recoger flores, y Dios los expulsó”.

—Pues es verdad que la traducción era más bien libre.

Abid hizo intención de levantarse. Antes de la traducción de Iván había conseguido relajarse un poco, pero aquella historia de los idiotas que recogían flores contra la opinión divina le había hecho pensar que tal vez estaba en casa de algún asesino en serie, o algo peor.

—¿Algo peor?

Bueno, tal vez no algo peor, pero que aquello era cosa de locos, o de miembros de alguna secta destructiva, y pensó que debía intentar marcharse, aunque sin insistir mucho, para no llevarles la contraria por si se ponían agresivos. Mariano seguía considerando a Abid como una especie de maestro de yoga o de meditación trascendental. Pensó que posiblemente había enseñado sus cartas demasiado pronto. Igual hubiese sido preferible reservar un poco el romance y empezar con la visita turística y cultural a su buhardilla, como hizo con Marta y su tío, aunque con ellos tampoco le fue muy bien. Uno nunca sabe.

—No se disguste. En esta tierra vamos al grano. Hablemos tranquilamente. ¿No se ofenderá si le ofrezco una bebida alcohólica? ¿O prefiere un té de Ceylán?

—Dice Mariano que no se preocupe. ¿Quiere beber alcohol o prefiere té?

Abid no solía beber. Como a cualquier americano normal, tampoco le gustaba el té caliente. Me refiero a cualquier americano que no fuese maestro de yoga, crítico de arte o profesor de literatura. Sólo lo tomaba con hielo. Mariano tampoco bebía casi nunca alcohol.

—¿Ni bebidas alcohólicas tampoco?

Sin embargo, el tipo raro tenía una botella de aguardiente de orujo. La sacó sin esperar la respuesta de Abid, que estaba como pasmado. Iván pensó que a él sí le gustaría tomarse algo, tenía la boca seca y temblaba. Se hubiese tomado con gusto una cerveza,... o cinco.

—Mire, con lo que yo sé y lo que usted sabe podríamos resolver este enigma. Podríamos terminar la labor que empezó Don Pascual, y honrar así su memoria. Es triste que su trabajo no haya dado fruto.

—Dice Mariano que usted y él saben que tenemos que terminar ya con este empleo. Así nos acordamos de que Don Pascual era honrado y no cogía fruta.

—No sé lo que buscan ustedes. Yo no sé nada de lo que hacía el profesor Morebro en este pueblo.

—Que no sabe lo que estamos mirando, pero que él no conoció al profesor Morebro en este pueblo.

Parece que Mariano había empezado a acostumbrarse a las traducciones extrañas de Iván, y en lugar de parecerle incomprensibles, las encontraba enigmáticas, es decir, que le parecían de perlas; como si reflejasen realmente la forma de hablar de alguien iniciado en extrañas sabidurías.

—¿Usted sabe cómo murió el profesor?

La frase era simple, y la traducción de Iván, bastante exacta esta vez. Incluso le quedó algo más tajante que en español. Abid lanzó hacia los ojos de Mariano una mirada densa. Seguramente había nacido para mirar así. Hubiera podido incluso vivir de ello, pero se dedicó a la ingeniería. Esta vez, la mirada parecía poder seguirse por el aire como un rayo laser.

—No, no lo sé.

—Pues fue el manuscrito el que acabó con él. Un texto que, para su desgracia, sólo él supo interpretar. Una carta de la que usted conoce algunas cosas y yo otras.

Esta vez no fue la pronunciación sino el parecido entre la palabra española “desgracia” y la inglesa “*disgrace*”, que significa algo como vergüenza o deshonor la que le jugó una mala pasada.

—En español también se usa a veces en ese sentido. “Desgraciado” sigue siendo un insulto, sobre todo en Andalucía. Yo creo que todo fue culpa de la etimología.

Bueno, unas veces de la etimología, otras de la prosodia, y otras del escaso léxico. La cuestión es que Abid entendía las cosas algo tergiversadas. Yo no hago más que contar lo que él venía interpretando

—Dice Mariano que lo que está escrito en la mano mató a Pascual, y que el intérprete es bochornoso. Por eso usted entiende unas cosas y él otras.

—No se preocupen, me hago cargo del problema de la traducción. Pero, ¿cómo dicen que murió Pascual?

—Dice que de qué murió Pascual.

Mariano volvió a fijar su mirada en Abid. Era obvio que él no había nacido para mirar de aquella forma. Sin quererlo, Abid confería una gran solemnidad a su mirada, o quizá era la mirada la que, actuando por su cuenta, se la otorgaba a él. Mariano se esforzaba en balde.

—Cada uno tiene sus habilidades.

De eso no cabe duda. El caso es que Mariano se echó hacia atrás en un intento de solemnizar el gesto. Lo hacía mucho.

—¿Usted sabe de alguien que lo acompañara en su entierro? Bueno, no fue entierro, sino incineración.

Iván se preguntaba cómo se diría entierro en inglés... lo de incineración ni se lo planteó.

—Dice Mariano que si usted sabe quién estaba con Pascual cuando lo quemaron.

—¿Perdone?

—Dice que lo siente.

—Sí, fue realmente triste, porque no vino nadie de su familia.

—Dice que no fue nadie de su familia.

—Sólo gente de este pueblo. Buena gente, que lo conocía desde hacía poco. Como yo.

—Estuvo Mariano y personas buenas del pueblo.

—¿Pero quién lo quemó? No entiendo lo que dice.

—Unos cuantos del pueblo, y Mariano.

Afortunadamente, Abid no estaba seguro de lo que estaba entendiendo. Aún así, se volvió a levantar, esta vez de una forma algo brusca.

—Tampoco es para menos.

En ese instante, Iván, consciente de no saber lo que decía en inglés ni lo que traducía al español, había abandonado el cuidado de sus gestos, y así fue a dar con una presa dentro de su nariz. Ante la inquietante mirada de Abid dejó las manos delante, donde se pudieran ver, pero encorvando el índice de la derecha con el recato necesario.

—¡Qué asco!

Mariano, por su parte, pretendía poner cara de interesante. Como ya está dicho que en materia de miradas Mariano no solía conseguir su objetivo, Abid creyó hallarse ante los ojos de un hombre altivo, peligroso, o al menos completamente loco. Además, el olor del sándalo contribuía al efecto de extrañeza.

—¿Y el orujo?

Abid no lo había probado, pero se sentía tan mareado como si lo hubiese hecho. Se tambaleó un poco hacia atrás y empezó a fijarse en los extraños objetos que decoraban el curioso aposento. Hasta ese momento sólo había obtenido una impresión general de desorden y extravagancia.

—¿Iván tampoco había probado el aguardiente?

Iván se había bebido un par de vasitos, y también estaba mirando los objetos extraños. Seguía disimulando a base de mantener las manos a la vista, como un tahúr del Misisipi. Parecía como si Abid e Iván se hubiesen contagiado de repente el interés por toda aquella quincalla, mientras Mariano se esforzaba por resultar sofisticado.

—Es que el tipo raro guardaba en aquella buhardilla todo tipo de cosas. La mayoría, tan raras como él mismo.

Pues sí, restos de cerámica, armas viejas, y algunas evidentes falsificaciones que había comprado, seguramente, a sabiendas de su origen.

—¿Está seguro de que esta cabeza jíbara reducida es auténtica?

—Hombre, en estas cosas nunca se sabe...

—Es que como es de goma...

A Abid todo aquello empezó de pronto a parecerle una colección de instrumentos de tortura de la época de la inquisición española. Bien mirado, había muchas cosas raras de hierro, y el pobre nunca había visto unas llaves ni unas trébedes, y su visión llegó a aterrarle. Es lo malo de colocar los objetos como adorno; sin contexto. Las llaves de hierro con sus toscos eslabones, sus ganchos y sus anillos, al mostrarse clavadas en la pared, y no sobre el hogar, parecían, efectivamente, un instrumento para colgar a alguien, y no para poner inocentemente al fuego un caldero.

—En estos contornos siempre se ha hablado de unos huesos de gigante. Aparecieron cerca de Medinaceli, y hoy nadie sabe dónde están. La historia oficial dice actualmente que tal vez fueran de elefantes prehistóricos.

Abid seguía aterrado, curiosamente le preocupaban más los instrumentos desconocidos de cocina que las armas viejas. De repente, sin embargo, fijó sus ojos en los pomos de las espadas del Cid, que asomaban de la pared.

—Dice Mariano que los huesos gigantes están en Medinaceli, pero nadie sabe dónde están. Ahora son de elefante. Lo dice la historia del oficial.

Hasta Mariano pudo darse cuenta de la turbación de Abid que ya ni escuchaba lo que se le decía.

—Entiendo que se ha hecho muy tarde, seguramente usted tendrá costumbre de madrugar para hacer sus ejercicios al amanecer. No se preocupe, no hay nada que no pueda esperar hasta mañana.

—Es tarde, usted puede ir a hacer deporte por la mañana. Podemos esperar.

—Tengo que marcharme, ¿podría pedir un taxi?

Aquí funcionó la telepatía, o tal vez algo tan simple como que “taxi” es una palabra bastante internacional, así que Mariano contestó sin traducción.

—Ahora mismo le llevamos al hotel y mañana le recogemos por la mañana para ir a buscar la tumba del gigante.

—Lo llevamos al hotel y por la mañana vemos dónde se tumba el gigante.

Abid había renunciado a entender, pero lo de que le llevasen al hotel le pareció mejor que seguir allí. Aunque hubiese preferido pagar un taxi pensó que igual a esa hora no había ninguno en el pueblo.

—¿Y qué era todo eso del gigante?

El tipo raro tenía una manera especial de pensar. Tal vez por eso era raro. Si se le ocurría una explicación estrambótica para algo, la prefería sobre cualquier otra.

—Eso no es tan raro, yo creo que eso le pasa a mucha gente.

Puede ser, el caso es que cualquier dato le parecía concordante con su extraña interpretación, sólo la iba matizando para hacerla cada vez más rara. Había asociado el romance con la tradición de los huesos de gigante que se dice que un pastor encontró en una cueva de la zona en el siglo XVIII.

—¿Pero esos huesos no están en el museo de Ambrona?

Tampoco se sabe si son los mismos. Los que hay allí son de animales.

—¿Y el tipo raro dice que son de cristiano?

Si algo no le cuadra, el tipo raro echa mano de alguna conspiración. En este caso, dice que los huesos no son los mismos y que alguien escondió los originales.

—¿Pero él no defendía que la tumba que estaban buscando era la de Almanzor?

Pues pensaba las dos cosas, ya le digo que nunca se retractaba de lo anterior, sino que iba añadiendo cualquier información nueva, con la única condición de que complicase la historia, si la simplificaba, no servía. Se ve que al empezar a oír hablar de Gregorio de Berbería, el Páter o el Gigante, decidió que este personaje daba alguna pista sobre la tumba de Almanzor y la mesa de Salomón, y todo aquel jaleo.

—¿Pero cuando oyó hablar de él?

Pues parece que el profesor Morebro nunca se lo mencionó. El profesor se lo quitaba de encima como podía, porque es evidente que además de raro era pesado.

—Don Pascual, ahí está otra vez el Mariano.

—Buenos días, Doctor Morebro, ¡Qué calor hace hoy!, ¿eh?

—Pues sí, mucho calor.

—Tiene que venir a mi casa para que le enseñe la maqueta, allí se está fresco, y se pueden tratar temas de mayor profundidad.

—Bueno, ahora tengo que irme a hacer unos trámites; aquí está uno todo el día de trámites.

—¿Y qué maqueta era aquélla?

La del templo de Salomón, Mariano la había comprado por Internet, y con ella delante quería explicarle a Don Pascual no sé qué cosas de “Geometría Sagrada” o “hermética”, que al profesor no le interesaban lo más mínimo. En la imaginación del tipo raro, la geometría del templo podía guiar las pesquisas del profesor.

—¿Pero Mariano sabía qué era lo que buscaba Pascual?

¡Por supuesto que no! No tenía ni idea, pero fuese lo que fuese, él tenía una pista importante. Ya digo que era raro y pensaba cosas raras, pero seguramente era feliz con eso. El caso es que a pesar de todo, en el pueblo mucha gente pensaba que Mariano era amigo de Don Pascual, y así llegó a enterarse de muchas cosas. Gracias a la opinión pública. Primero se interesó por Almanzor, y sólo mucho más tarde por Fray Gregorio, en realidad cuando Pascual ya estaba muerto.

—¿Y los legendarios huesos de gigante de Medinaceli serían los de Gregorio?

Ni él tenía claro lo que pensaba. A él todo le parecía misterioso, y cuanto menos lo entendiera, más misterioso, naturalmente. Era capaz de explicar todo sin entender nada. Eso se considera una virtud en el mundo esotérico.

—¿Qué te ha parecido el encuentro con el indio?

—No sé, Mariano, ¿tú crees que bajará mañana?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Mañana puede ser el gran día. Combinando nuestros conocimientos podemos llegar al gran hallazgo.

Iván ni siquiera preguntó cuál podía ser ese “gran hallazgo”. Seguramente Mariano tampoco lo sabía, tal vez por su optimismo, pensaba en la mesa de Salomón, pero se hubiese conformado con la tumba de Almanzor sin mesa ni nada, o hasta con la del gigante.

—¿Pero cuál pensaba Mariano que era el papel del gigante?

Pensaba que si el profesor Morebro se había interesado por él, por algo sería. ¿Y por qué iba a ser más que por algo relacionado con la mesa de Salomón? Él pensaba así. Su pensamiento era acumulativo; simplemente porque nunca desechaba sus ideas previas. Lo que se le había ocurrido en algún momento anterior, o lo que alguien le había contado, se quedaba pegado a su cerebro y cualquier información nueva tendría que buscar su espacio junto a lo que ya había. A veces, casi a codazos, o con cierta pérdida de verosimilitud, pero mucha ganancia de misterio. En resumen, que tenía un estilo sumatorio de análisis, lo que no deja de ser una curiosa contradicción.

Se había hecho idea de que aquel guardián de reliquias tan famoso había custodiado precisamente la más importante de todas las reliquias, la que contiene la llave que abre y cierra el mundo, y tal vez lo habían enterrado con ella, como a Almanzor.

—Mira Iván, yo creo que Abid se dio cuenta de inmediato: un destacamento de trescientos moros a caballo no se presenta para robar el cepillo de una iglesia. Está claro que buscaban algo grande. Un tesoro que fue suyo y ahora estaba en manos cristianas. Ya sabes que Tarik fue quien trajo la Mesa de Salomón. Además, se nota que el Páter dispone de un poder superior... Los moros dicen “de donde Alá nos ha echado”, es decir, el nombre de Dios los expulsa, el secreto de la mesa de Salomón. ¡Claro que vendrá mañana!

—Puede ser.

En realidad no podía ser. Iván se había encargado de evitarlo al despedirse del señor Dabolí en el hotel. No quería volver a pasar por el mismo mal rato. Había conseguido librarse del problema de su dedo índice en la intimidad del asiento de atrás del coche de Mariano. Pero sin darse cuenta, en la misma penumbra, y medio amodorrado por el efecto del orujo, aprovechó para renovar el género.

—Dile que por la mañana, a primera hora venimos a recogerle, si le viene bien.

—Dice que a qué hora se va usted mañana.

—Salgo en el tren de las once desde Arcos.

—Dice que no puede por la mañana porque tiene que ir a Arcos, que le recojamos por la tarde, sobre las seis.

—Pasaremos algo de calor, pero... como prefiera. Hasta mañana, entonces.

—Dice que tenga usted buen viaje.

Abid tendió la mano al tipo raro y luego a Iván, el cual hizo un leve ademán de retirarla, pero hubiese quedado muy feo. Es de mal gusto negar la mano a alguien, así que ya no podía disimular, tuvo que dejar que Abid la estrechase. Afortunadamente, en aquel momento, éste noto más el sudor que lo otro.

Abid se encontró a salvo al fin en su habitación. Sintió un gran alivio al cerrar la puerta. Miró de pronto su mano derecha, no recordaba haberse sacado un moco. Nunca llegó a entender nada de lo que había pasado esa noche.

«Diré a Vuestra Majestad que es el miedo el más cercano pariente de la ira, y aún a veces, y con el permiso de Dios, su único padre y criador. Y así fue que con mayor temor que entendimiento subieron a Gregorio hasta lo alto de la torre para desde allí mostrarlo a los que estaban en la atalaya del Aguilar; más de dos leguas del Almadeque. Pero puestas están las dos torres de tal forma que se pueda de la una dominar la otra. Y lo mostraban de esa manera, pues en aquel lugar de Aguilar se encontraba el jefe de su partida, y para hacerles señales a aquéllos de que habían capturado un grandísimo demonio.

Desde allá debió de ser el caso que lo viera algún buen cristiano, quien fue a avisar al abad de Santa María que los hombres del Conde habían prendido a Gregorio. Pidió luego el abad el caballo pues era hombre bien dispuesto, y cristiano de mucha resolución. Entre tanto, en medio de su desmayo y turbado por la calentura, habló así Aristóteles por boca de Gregorio: *“Si malum integrum sit, seipsum destruet”*, que quiere decir que si acaso existiese un mal completo, a sí mismo habríase de destruir. Oyendo esto, los que le tenían prendido, que eran gente de poca gramática, tomaronlo por algún conjuro de hechicería, y cegados de espanto arrojaron a Gregorio de la torre abajo. Al pie del Almadeque lo halló el abad agonizante, mas apiadoso Dios del alma de Gregorio y dio tiempo a que recibiera el Sacramento. Sólo pidió Gregorio al abad que no le enterrasen en el campo como a los muertos, mas lo hicieran en tierra consagrada y en parte donde los hombres y las bestias pisasen sobre su cuerpo, porque así se viera que no fue sino el más menguado de los hombres.

Aún pediré a Vuestra Cesárea Majestad, por vuestro amor a cuanto nos es sagrado, que no haga caso de romances. Que muchos hay que tratan del Padre Gregorio, mas todos son preñados de maledicencia. Pues si en ellos se mezcla la verdad con el engaño, resulta que sólo queda éste último. Que es la mentira como la pez, que flota sobre el agua clara para así ocultarla con su necritud, de forma que por más varas de agua cristalina que hubiese debajo, sólo aparecerá a nuestros ojos un negro pozo. Y son los romances especie de muy oscuro origen y parentesco. Pues si bien todo lo que existe en el mundo fue criado por Dios Nuestro Señor en un momento, y las más de las obras de los hombres siguieron este mandato de emular la del Criador, en lo que sus mínimas fuerzas pudieron, componiéndose en un cierto instante, los romances difieren de los hombres, las bestias y las mejores obras de los mortales en que no se crean en un punto, sino que unos juglares los pasan a otros, y cada uno toma de ellos lo que mejor le parece, o lo que mayormente cuadra con sus tiempos o con el gusto de la gente que les escucha. Y así, en clara divergencia con las criaturas de Naturaleza, los romances hacen mutación desde lo adquirido en una generación hacia la siguiente. Y para que se esparzan, hace más al caso que sean celebrados de quienes los llegaren a escuchar que el que glorien la verdad.

Dios y Vuestra Majestad habránme de perdonar por cuanto puedan tener de impertinentes las razones vertidas en esta carta. Las cuales sólo han sido puestas aquí para así haceros sabedor de cuán honrada y aun santa fue la vida del hombre con quien, se dice, está emparentada en los aspectos corporales buena parte de la cristiandad, y de quien pudiera ser que Vuestra Majestad descienda por línea recta de varón. Mas si fuera de este modo, nosotros podrémoslo decir y no afirmar, y dejarlo a sólo Dios que sabe la verdad. El Cual guarde la vida y el alto estado de Vuestra Sacra Majestad por tantos años cuantos es deseo de todos sus vasallos y la Cristiandad ha menester.»

Marta se acercó a la parroquia nada más levantarse. No había dormido bien, y sin saber por qué, siempre tuvo idea de que los curas madrugan. Efectivamente, el Padre Gutiérrez estaba en su despachito.

—Buenos días, Ernesto.

—¡Qué sorpresa! Me alegro de verla por la parroquia.

—Bueno, no vengo a confesarme, padre.

—Ni yo lo pensé, usted me disculpe.

El Padre Gutiérrez se azoró un poco.

—He resuelto lo del piso de su padre, que en paz descanse.

—Muchas gracias. Nos vamos hoy mismo.

—Al final se quedó usted mucho más de lo que esperaba.

—Pues ya ve, de eso quería hablarle.

—Cuénteme, hija.

De nuevo el Padre Gutiérrez notó que había usado de forma inapropiada el estilo pastoral.

—Me llamó la atención el interés que tuvo mi padre en los últimos tiempos, lo que le hizo venir aquí y quedarse tanto.

—¿Lo de la cripta?

—No sé.

—Bueno, usted sabe bien que su padre era un gran científico, pero la gente de campo es desconfiada.

—¿Y de qué desconfiaban?

—La mayoría de ellos nunca pensaron que las piedras y los huesos valieran para algo. Si alguien les hubiera propuesto hacer un polígono industrial encima del monasterio, nadie se hubiese opuesto. Pero si llega una persona de fuera a indagar lo que a ninguno se le ha ocurrido nunca... entonces desconfían.

—Ya veo, ¿pero qué fue lo que indagó mi padre?

—Buscó por todas partes, en seguida se vio que iba detrás de algo muy concreto. Además, ¡hablaba tan bien! Eso genera desconfianza, la gente de aquí decía: “¡cuidado con ése, que nos come la merienda!” Bueno, otros no; también hizo aquí amigos, y había gente que le apreciaba porque era un hombre muy educado, y su aire despistado y pensativo le daba fama de sabio.

—Pero, ¿usted sabe lo que él buscaba?

—Creo que buscaba los restos de un franciscano ¿no?

—Es posible.

—Me pidió que le ayudase en algunas gestiones. Para visitar la cripta de la colegiata de Medina y cosas así, pero en esos sitios no buscaba con mucha convicción. Y como le digo, tampoco le ponían muchas facilidades.

La verdad es que el profesor Morebro pensaba que los huesos de Gregorio no se enterraron en ninguna cripta, pero podía ser que alguien los trasladase en algún momento.

—Si el abad hizo caso a la última voluntad del Páter, tendrían que buscarlos “en tierra consagrada y en parte donde los hombres y las bestias pisasen sobre su cuerpo”.

No hay duda de que el abad le debió de hacer caso, es raro en un hombre piadoso desoir las últimas voluntades de alguien a quien admira. Pero habían pasado tantos siglos que... vaya usted a saber. Hay que tener en cuenta que mover huesos de unos sitios a otros ha sido siempre una actividad bastante común en el mundo.

—Su padre topó con unos problemas burocráticos tremendos. Parece que por eso decidió venir para acá.

—¿Dice que vino de América a resolver papeles?

—Él había contactado conmigo, y con el Abad, y nos había pedido que buscásemos esas cosas, pero él lo veía todo muy fácil. Aquí hay que pedir permisos hasta para arreglar un desagüe.

“Estimado señor:

Como complemento a las investigaciones biológicas que llevamos a cabo en este centro, estoy interesado en saber si en el entorno del monasterio que dirige se conoce la aparición de restos humanos del siglo XIV que correspondan a un varón de gran estatura (por ejemplo, podría constatarse la presencia de un fémur de más de 50 cm). Por si le sirve de ayuda, le diré que los restos que busco pertenecerían a un franciscano que fue acogido en aquel monasterio a finales del siglo XIV como hermano lego, y que probablemente fue enterrado en alguna zona exterior. Por haber muerto al caer de una cierta altura, es posible que algunos de esos huesos presenten fracturas pre-mortem.

Le agradecería enormemente cualquier información al respecto pues los datos pueden ser esenciales para nuestro trabajo. Igualmente, quedo a su entera disposición para cualquier aclaración adicional que necesite.

Atentamente,

Prof. Pascual Morebro

*Sloman Lab of Molecular Biology*”

Parece que el profesor Morebro se hartó de la burocracia y se presentó en el monasterio.

—¿Y tenía que renunciar a su cátedra para eso?

Renunció al poco de llegar a España. El viejo Sloman había muerto y la fundación llevaba años en manos de una gestora que pedía resultados inmediatos. Pascual había ralentizado mucho su ritmo de publicación al dedicarse casi exclusivamente al haplotipo estrella. Ninguno de los datos que había encontrado merecían aparecer en un artículo científico serio, todo dependía de poder identificar el origen del haplotipo ese, y para ello hacía falta encontrar los restos. Que pidiera un año sabático para irse a visitar un monasterio en vez de un centro de investigación de prestigio no fue muy bien acogido, como es lógico.

—¿Y después de tanto sacrificio no consiguió nada?

No encontró huesos a los que hacer la prueba del ADN, ni ninguna otra. Lo que encontró fue la indiferencia de la mayoría y la desconfianza de los que tenían algún interés o pensaban que podían tenerlo.

—¿Y dice usted que es profesor en los Estados Unidos?

—Sí, señor, me gustaría saber si tienen algún registro de los enterramientos de la cripta. Si hay una relación de los restos o algo así. Es con fines de investigación científica.

—¿Y los americanos no tienen nada que investigar allí que le mandan a usted para acá?

En la mayoría de los casos, quien le recibía era algún clérigo interesado en la Historia o la Arqueología como aficionado. Lo más probable es que no hubiese prestado nunca atención al asunto de la cripta, o el cementerio, o el osario... pero al ver que alguien importante se interesaba por ello, empezaba a recelar: “si éste lo busca... para algo valdrá”. Otras veces, la mayoría, Don Pascual se embarcaba en grandes expediciones guiado por su propio olfato o por cualquier cosa que leía.

—¿Olfato científico, o más bien corazonadas?

Bueno, consiguió información sobre el entorno de la mayor parte de los lugares sagrados tal como estarían en el siglo XIV. Muchos habían desaparecido, o se había construido encima. Pero afortunadamente, la zona no es de mucha expansión económica, y donde estuvo la entrada de una ermita podía haber ahora una simple huerta. A él le interesaban los lugares de paso porque pensó que si el abad cumplió la última voluntad del Páter: “Sólo pidió Gregorio al abad que no le enterrasen en el campo como a los moros, más lo hicieran en tierra sagrada y en parte donde los hombres y las bestias pisasen sobre su cuerpo, porque así se viera que no fue sino el más menudado de los hombres.” Gregorio estaría enterrado en el patio de algún cenobio.

—Supongo que lo más probable es que fuese en el de Santa María de Huerta.

Sin duda, pero el perímetro del monasterio había cambiado mucho desde la época. Pascual consultó varios planos antiguos, y los reconstruyó en su cabeza. Solía pasear por los alrededores tratando de identificar el lugar donde estarían las antiguas entradas. Pidió permiso para excavar en varios sitios, pero no tenía paciencia de arqueólogo.

—¿Cómo voy a esperar un año para mirar debajo de una losa?

En Biología Molecular, los experimentos se preparan rápido, si no sale nada, se tira todo, se lavan los cacharros y se vuelve a empezar de inmediato. Si para cada tentativa tenía que esperar un año, no le daba la vida para terminar de enterarse de algo, así que decidió hacer algunas incursiones clandestinas.

—¿Arqueología furtiva?

Pensó que mejor lo buscaba primero y luego pedía los permisos. Había lugares que no eran difíciles de excavar. Empezó por los fáciles

—En Ciencia siempre se hace así. Primero miramos donde hay más luz, y si no, pues ya buscaremos la linterna.

Su idea era echar un vistazo, y si veía que allí estaba lo que buscaba, pues pediría el permiso sobre seguro.

—Lo de pedirlo ya sería sólo para poder contar lo del hallazgo.

Hombre, claro, para hacer oficial el descubrimiento, pero los palos de ciego los daría furtivamente. Parece que una de las entradas antiguas del recinto del monasterio correspondía ahora a una huerta de regadío que quedaba por detrás del cenobio, así que se fue a hablar con el dueño.

—¿Huesos aquí? Todos los días. Mire, por allí asoman unos que deben de ser de perro.

Parece que el profesor Morebro empezó a excavar por todas partes, y de manera algo desordenada.

—¿No establecía cotas ni se preocupaba por la estratigrafía?

Bueno, lo de los estratos lo tenían un poco en cuenta; a bulto, para saber que aquello no era del año pasado; poco más. Pero más bien el método lo imponía Genaro (el chaornés), que era un vecino con un tractor al que había incorporado una pala.

—¡Qué barbaridad!

Sí, pero era rápido. Al fin y al cabo el profesor Sloman no estaba interesado en hacer un estudio riguroso de los yacimientos, sino en encontrar los huesos del fraile. Su desprecio hacia las disciplinas alejadas de las ciencias naturales le permitía omitir los métodos de la arqueología. Durante un año estuvo agujereando la zona. La Guardia Civil andaba un poco mosca.

—¿Para qué haces este hoyo Genaro?

—Nada, el Tío Felipe que quiere hacer adobes para un cercado.

—¡Pues sí que cavas hondo para hacer adobes!

—¡Bah!, con esta pala no cuesta meterse para abajo, y la tierra sale mucho mejor, con más arcilla y menos piedra.

—Ya.

—Tengan ustedes buen día, y buen servicio.

—Mira Genaro, muchos hoyos estás haciendo tú, y aquí no queremos problemas, así que ándate con ojo.

Entretanto Don Pascual seguía hablando con canónigos, abades, presbíteros... con todos los tipos de curas que uno se pueda imaginar. Esta era la vía pacífica, consultar archivos, inventarios, chismorreos parroquiales... Cualquier cosa. Paralelamente, Genaro ponía la comarca patas arriba.

—¿Y nadie los denunció?

Curiosamente, era frecuente que Pascual encontrase más dificultad para que le permitiesen mirar un libro en una sacristía que Genaro para darle la vuelta a una parcela. Al menos al principio. En el pueblo, todos hablaban ya de la tumba de Almanzor y de las cosas que contaba el tipo raro. Les salió hasta competencia. Un grupo de chicos se puso a excavar con pico y pala por las noches, no se sabe bien buscando qué.

—Se ve que todo se pega menos la hermosura.

Resultó que la idea del tesoro se hizo muy popular en el pueblo.

—Si tardan un poco más, seguro que se interesan los políticos.

Afortunadamente, Genaro no trabajaba siempre en el mismo pueblo. Cualquier lugar donde hubiese antaño tierra sagrada y quedara cerca del Castillo de Almadeque, más bien en el camino hacia el monasterio, podía ser objeto de su pala. Así que estuvo agujereando cerca de las iglesias de Sagides, Aguilar, Chaorna y Montuenga, y junto a algunas ermitas del contorno, siempre en el lugar en que podía haber estado el cementerio, o más bien la entrada del cementerio, hasta donde llegasen las bestias.

—¿Y desenterró muchos cristianos?

No tantos, porque no excavaba los cementerios. Todos los de la zona son muy posteriores a la época de Gregorio. Antes se enterraba a la gente junto a las iglesias y en los monasterios. Además a él le interesaban los alrededores, las zonas de entrada o cosas así.

—Si no sí que hubiese protestado alguien, supongo. La gente se enfada si le sacan los muertos al camino con una pala.

La idea era que el Abad podía haber enterrado a Gregorio en algún punto del recorrido hacia el monasterio. Tal vez donde hubiese lugar para oficiar una misa. Pero todo se terminó el día que Genaro se encontró cortados los tubos del hidráulico de su pala y una nota que decía: “Chaornés, no te lo diré otra vez”.

—¡Ah, otro poema!

Algo así, el caso es que en la comarca había mucha gente preocupada porque los restos arqueológicos les saliesen caros.

—Aquí los tesoros los terminamos pagando siempre los del pueblo. Mira cuando encontraron las vasijas y los cráneos esos en el “Henchidero”, en Aguilar. Si alguien pensaba invertir un duro en esta comarca, ahora se lo piensa dos veces. ¡Me río yo de los tesoros!

—Eso es verdad, ahora para hacer una nave hay que pedir permisos por todas partes. Y mira que esto está a mitad de camino de Madrid a Zaragoza, y sería un sitio cojonudo para cualquier negocio, pero si al meter la pala te sale un hueso viejo o un cacho de hierro oxidado, ¡la gaste!

En fin, que el ambiente no era bueno. Allí buscar tesoros estaba mal visto; eso sólo le parecía bien al tipo raro.

—Ya veo.

Se pararon las “excavaciones”, aunque tampoco parecía que así se pudiese encontrar nada.

—Mire Don Pascual, yo sé que usted no es como esa gente de la diputación, pero yo tengo que vivir en el pueblo...

—No te preocupes, Genaro, que creo que puedo seguir buscando por mi cuenta.

—Si le puedo ayudar en algo, me lo dice, que me sabe “malo” dejarle tirado.

La verdad es que en ese momento Pascual estaba ilusionado con alguna nueva pista.

—¿Y la siguió él solo?

Lo que nadie sabe, y ya les tengo dicho que yo a veces sé cosas que nadie sabe, es que Nando volvió a Santa María de Huerta, y volvió a ver al padre de Marta. Justo cuando para ella Nando ya estaba muerto, al poco de que todo el mundo empezase a hablar de él en pasado simple.

—¿Dice usted que Nando fue solo al pueblo?

Nando estaba una tarde en su casa y leyó una carta de Pascual a su hija mandada por correo electrónico. No le contaba nada de lo que hacía pero se refería en algún momento al monasterio. Con eso bastó para desatar la mística de Nando.

—¡El pobre!

Bueno, Nando se fue al pueblo sin dar parte a nadie. Cogió el tren porque cuando el médico desaconsejó que condujese, le habían quitado las llaves del coche.

—Antes tampoco se le daba bien la conducción. ¡Esa es la verdad!

Tampoco veía muy bien, ni con las gafas. Por la noche era una risa.

—¡Para!, que hay una señora cruzando por el paso de cebra.

—¡Ah!, perdona, pensé que era una papelera.

Durante todo el trayecto estuvo pegado a la ventanilla embelesado con el paisaje. Como pasmado, pero de forma trascendente y mística. Él se fue directo al monasterio con la fortuna de que a la entrada se encontró de frente a Don Pascual que salía algo eufórico.

—¡Nando, que sorpresa! ¿Dónde está Marta?

Como el profesor Morebro no se enteraba de nada, pues tampoco sabía lo del accidente de Nando, ni lo de la posterior separación de Marta; ese divorcio que ella entendía más bien como viudez.

—Se ha quedado en Madrid, pero yo quería darme una vuelta por este paraje.

Puede añadirse que si el profesor Morebro no hubiese tenido tan notable habilidad para no enterarse de nada, se hubiese dado cuenta de que a Nando se le saltaban las lágrimas. En cualquier caso, no era por el recuerdo de Marta, sino por la visión sosegada del monasterio. Él ahora era así. Por su parte, Pascual estaba esperanzado por lo que le acababan de contar en el monasterio. Para el tipo de pistas que obtenía últimamente, la conversación que acababa de mantener en el despacho del Abad era realmente alentadora.

—Es en la parte de la ampliación que se hizo de esta casa en el siglo XVI, auspiciada por el Emperador.

—¿Pero ahí qué había antes?

—Pues eso es lo curioso, yo empecé a pensar si había alguna posibilidad de que hombres y bestias pisasen dentro del monasterio. Si yo hubiese sido el abad en ese tiempo, no hubiera entrado a un personaje como ése en un camino.

—¿Y la había?

—Efectivamente, el “molino de sangre”.

—¿Cómo dice?

—Antiguamente había un molino de sangre dentro del monasterio, junto a la cilla. Uno de esos molinos en que un asno con los ojos tapados para no marearse da vueltas y vueltas haciendo girar la muela.

—¿Cree que pudieron enterrar al Páter en esa zona?

—Es lo que yo hubiera hecho.

—Pero Carlos V mandó remodelar toda esa parte. Seguro que se ha perdido cualquier cosa que hubiese ahí.

—Curiosamente, él mismo hizo que se incorporase a la zona noble del monasterio. Lo más normal es que antes el suelo fuese de tierra prensada, pero yo me he fijado que hay una lápida de la misma piedra que el resto de la solería y sin inscripción alguna. Una lápida grande... Es posible que el Emperador pidiera que la colocasen.

—¡Hostias!... ¡perdone, padre! Se me ha pegado en este pueblo.

—Como se puede imaginar, estoy más que acostumbrado.

—¿Cree que es la tumba de Fray Gregorio de Berbería?

—No sé, pero yo levantaría esa lápida antes de nada.

—Sí, ¡inmediatamente! ¡Es la primera hipótesis a descartar!

—Bueno, hay que pedir los oportunos permisos. Por mi parte, descuide que firmaré lo que me pida.

—Sí claro, mañana mismo estoy en Soria, trataré de agilizar todo.

—¿Y Don Pascual agilizó todo?

Lo agilizó muchísimo, por él hubiera salido corriendo a levantar la lápida. Y..., bueno, más o menos fue lo que hizo.

—La Ciencia terminará siendo una rama de la burocracia. Nos quejamos los biólogos de que nos ponen trabas en ciertos temas... Pues esto otro sí que tiene delito, ¡el papeleo que hay que hacer para mirar debajo de cualquier sitio!

—A veces basta tocar con la punta de los dedos los objetos para apreciar todo lo que tienen dentro. Podemos perforar el mundo, pero nunca alcanzaremos su esencia como a veces cuando sentimos las cosas desde la distancia.

Nando se había convertido de pronto, y tras la dimisión forzada de Genaro, en el ayudante del profesor Morebro. Ni siquiera pasó antes por el hotel, ni por ninguna parte. Tampoco traía equipaje. Nando se había subido al tren, y apareció en el monasterio a la hora justa en que salía Pascual.

—Pues sí que es casualidad.

Ya le digo.

—En cuanto cierren al público el monasterio podemos entrar. Sólo a ver la lápida esa. No nos vamos a liar con papeleos para que luego el que esté enterrado ahí sea el burro de la noria. Yo no estoy para perder el tiempo.

—El tiempo nunca se pierde, porque el tiempo no va todo seguido hacia alguna parte, sino que hace ¡pim pam!, ¡pim pam!, ¡pim pam! y vuelve siempre. Como el hambre. Por más que comamos, volveremos a tener hambre; y aunque creas perderlo, el tiempo volverá a buscarte.

—Es posible, pero dentro de un rato entramos a ver la lápida, ¿te apetece ayudarme?

—Yo soy tu amigo, Pascual. Yo sé que buscas lo que todos buscamos.

En la cara de Nando se reflejaba ahora una bondad que daba algo de miedo.

—Pues vamos a buscar dos pies de cabra.

—¡Cosas de brujería?

—¡Je, je, je! No, yo ahora tengo herramientas de todo tipo; me he convertido en un investigador muy artesano.

A las ocho y media, los dos arqueólogos improvisados estaban dentro de la sala. Pascual conocía el monasterio mucho mejor que su propia casa.

—Muchísimo mejor, ¡Dónde va a parar!

Quiero decir que casi tan bien como su laboratorio. Se movía por allí con una tremenda decisión. Ni siquiera pensaba en la posibilidad de estar haciendo algo malo, incluso cometiendo un delito. Por su parte, Nando parecía un niño en la mañana del día de reyes. Tenía las pupilas dilatadas, y si Pascual le hubiese mirado a la cara en algún momento se hubiese dado cuenta de que se hacía acompañar por un subalterno delirante.

—Desde luego formaban una pareja extraña.

¡Imagínese!, un biólogo ateo y una persona en pleno delirio místico colándose en un monasterio para buscar la tumba de un fraile. Uno que no creía más que en la Ciencia, y el otro que creía en Dios..., bueno, y en casi todo...

—Porque se cayó en el baño y se dio en la cabeza con un hierro.

Eso, y cada uno con su pie de cabra en la mano. Los dos muy decididos por razones bien distintas.

Una vez entornada la puerta de la estancia, sólo entraba la luz por las quebraduras de las viejas contraventanas en la parte alta del muro del fondo. Efectivamente había una losa mucho

más grande que las demás cerca de la entrada. Como variaban todas de tamaño, había que ser buen observador para darse cuenta si no te habían advertido.

—El que se lo contó a Pascual debía de haber pateado el monasterio a conciencia.

¡Qué remedio!, esta gente no sale mucho.

—Ya.

Pascual y Nando hicieron palanca con las herramientas. Les costó lo suyo, pero contra lo que más temía el profesor Morebro, fue posible. La piedra no era muy gruesa. Se les resbaló un par de veces porque ninguno de los dos era del todo mañoso.

—Seguramente lo suplían con perseverancia.

¡Exactamente!, y la consecuencia de la falta de maña y el exceso de empeño fue que acabaron rayando casi toda la solería.

—Mete tu pie de cabra más adentro, Nando, que yo empujo desde aquí a ver si podemos girar la piedra.

—Yo soy el punto de apoyo, y el profesor Morebro levantará el mundo.

—Saca el pie de ahí. ¡Joder! ¡Digo el tuyo, no el de cabra!, que como se caiga esto te lo corta. Y no hables tan fuerte que bastante ruido estamos haciendo.

—Dios perdona a quien blasfema mientras hace esfuerzos colosales con su cuerpo, y a quien usa Su santo nombre en vano al recibir grandes golpes, porque es el cuerpo y no el alma quien habla en esos casos, y además porque...

—¡Que te calles! ¡Hostias!

Giraron la losa y había un hueco. En el siguiente empujón quedó al descubierto una fosa de base rectangular en cuyo centro yacían los restos de un hombre altísimo. Aún podían apreciarse trazas de una cruz de madera de boj, y jirones de un basto sayal o trizas de arpillera.

—¡El Páter!

El profesor Morebro enmudeció completamente, y Nando corrió a abrir una ventana para que entrase la luz. Don Pascual se arrojó dentro de la tumba. Puso los pies a la altura de los del difunto y estiró el brazo. Efectivamente el hombre medía bastante más de dos metros. Con la luz, el profesor Morebro pudo ver el tono pardo ceniciento del sayal franciscano a escasos centímetros de su nariz, a la vez que notaba un fuerte olor a tierra que se colaba por la laringe dejando sabor en su boca, y hasta una cierta sensación de barro entre los dientes. Le pareció estar masticando su propio éxito.

Al cabo de unos segundos la imagen del difunto y la de sus ropas empezaron a difuminarse. Pascual sintió un leve mareo, y lo que veía parecía confirmar que estaba al borde del desfallecimiento. El contorno de la calavera se perdía, y todo el conjunto parecía achatarse en un instante. Se levantó de un salto.

—¡No es posible! ¡Joder! ¡Qué es esto?

Nando había abierto una de las ventanas que dan al Oeste para que entrase la luz, y la puerta se soltó creando una corriente de aire bastante fuerte. Los restos del presunto Fray Gregorio se deshacían y volaban como pavesas esparciéndose por la habitación.

—¡Cenizas a las cenizas! ¡Polvo al polvo!

Nando parecía encantado por el espectáculo, toda la estancia se había cubierto de una niebla extraña surcada por los últimos rayos del sol de la tarde moteados de un polvo finísimo, como cilindros de arena.

—¡Cierra la ventana! ¡Nando! ¡Cierra!

Pascual empezó a ahogarse, había inhalado una buena porción de aquellos restos. Aún así corrió hacia la ventana al ver que Nando seguía en éxtasis.

—“¡Su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán cenizas, mas tendrán sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado!”

Cuando Pascual volvió, en la fosa no quedaba nada salvo la cruz de boj. Podría pensarse que nunca hubo enterramiento alguno en ella. Le faltaba el aire, y tenía la garganta llena de aquella sustancia. Ahora empezaba a saberle a sangre, como si cobrara vida dentro de él. La misma vida que tantas veces sabe a muerte. Ni se fijó en si Nando le acompañaba, ni se preocupó por no dejar huellas de su visita clandestina. Al fin y al cabo, acababa de sentir con certeza que iba a morir.

—¿Y murió?

No llegó a casa. En el camino se encontró con el padre Gutiérrez, que no se pudo imaginar qué clase de polvo era el que cubría los cabellos y el rostro de Don Pascual. Con un hilillo de sangre saliendo de su nariz parecía un hombre que hubiese metido la cabeza en un saco de cocaína.

—¡Ataque al corazón!

Algo así, pero según el médico, murió de una insuficiencia cardiorrespiratoria.

—Como todo el mundo.

Pues sí, más o menos.

—Qué pena.

Bueno, ya se debería haber hecho usted a la idea, este personaje lleva muerto desde la primera página.

—Ya, pero aún así le coge uno cariño. ¡Ya ve usted!

Pues no se pudo hacer nada por salvarle, cuando llegó Don Manuel sólo tuvo ocasión de certificar la defunción.

—El pobre ya no estaba en edad de andar cavando zanjas. Mira que yo le tenía dicho que se tomase la vida con tranquilidad.

Esa noche nadie durmió en el pueblo. En el monasterio se enteraron antes de la defunción que del estropicio, así que pusieron la losa en su sitio y prefirieron no sacar los trapos sucios a pasear. La vida monástica consiste en proteger la tranquilidad.

—Por la mañana que empiecen limpiando por esta estancia. Hay que barrer y sacar todo este polvo antes de abrir al público.

Genaro se enteró en el bar. Acababa de pasar por casa de Pascual para darle el manuscrito, pero no le encontró.

—Claro, el hombre estaba abriendo una tumba.

Genaro estuvo sin saber qué hacer con el manuscrito hasta que se enteró de que la hija de Don Pascual iba a venir al pueblo. Ahora le parecía que aquel texto que el profesor Morebro dejó olvidado en su tractor daba mala sombra.

—Buenas tardes, señor cura.

—¿Hola hijo, qué te trae por aquí?

—Pues ya ve, que Don Pascual que en paz descansa se dejó esto en mi tractor, y como me han dicho que va a venir su hija por el pueblo, pues por si usted me quisiera hacer el favor.

—Yo se lo daré, no te preocupes.

—Pues nada más era eso. ¡Hala!, ¡a seguir bien!

El Padre Gutiérrez se fijó en que el sobre estaba cerrado, y que Genaro lo había consignado a su destinataria y todo.

—La gente del pueblo es desconfiada.

Supuso que era el manuscrito que había hojeado hacía tiempo. Ahora le hubiese gustado leerlo a fondo, después de todo lo que había pasado, pero no iba a violar la correspondencia ajena. Nunca fue un hombre a quien perdiese la curiosidad. Fue más bien algo soso toda su vida.

—¿Y qué fue de Nando?

Siguió su camino; intentó ingresar en algún monasterio. Para un hombre al que Dios hablaba hasta desde las telenovelas, la vida en un monasterio hubiese sido una fuente de continua fascinación, pero no le aceptaron.

—Pues vocación no le faltaba.

Ya, pero se ve que pensaban que estaba loco. Había recogido la cruz de madera de la tumba y la empuñaba con las dos manos. También iba algo polvoriento.

—¿No le dio por hablar con el Abad de Santa María?

Seguramente pensó que en aquel monasterio tenía pocas posibilidades después de la que habían liado. Deliraba con los asuntos místicos, pero por lo demás era consciente de la realidad.

—Si quieres puedes decirle a tu amigo el morito que lo llevo a Calatayud a coger el AVE antes de irnos nosotros. O si prefieres llevarlo tú...

—Ya me he despedido. Dice que coge el tren en Arcos.

—Bah, ese tren tarda una barbaridad, ya le digo yo lo del AVE.

—¡Pero si no habla español!

—Yo me entiendo con él, ¡ya verás!

Marta se despidió de Abid con una mirada tierna. Sin decirlo quedaron en verse en el recuerdo durante los próximos años.

El padre Gutiérrez le había dado un último documento a Marta. No es que antes se lo ocultase. Es sólo que no era un hombre apasionado. Ella lo leyó en el coche de su tío mientras éste, su madre y Martín discutían.

—¿Sobre qué discutían?

Creo que sobre poesía japonesa, o sobre el cambio secuencial del coche, o sobre la paternidad... Algo de eso, o todo revuelto. El papel decía así:

«De la torre de Almadeque  
al pie del risco, en la esquina  
hay una mancha bermeja  
que toda el agua no quita.  
Pues que hasta allí cayó muerto  
Gregorio, el de Berbería.  
Damas vienen a limpiarla,  
las más altas de Castilla.  
Vienen con trajes de seda,  
con holandas y almejas  
Vienen de todas las tierras,  
en sus manos traen reliquias  
de los santos más honrados,

y en los sus ojos, vigiliás.  
Desde el alto de la torre  
un trovador les decía  
“No se ha de limpiar con paño  
lo que manchose con ira”.  
Por eso de aquella torre,  
al pie del risco, en la esquina,  
hay una mancha bermeja;  
toda el agua no la quita;  
que aquella sangre pervive  
en las venas de Castilla.»

**[carsantama@gmail.com](mailto:carsantama@gmail.com)**